

**MANUEL BOBIS REINOSO**

**LA MUERTE  
DESDE EL CIELO**





*A mis padres y hermanos, quienes  
sufrieron la riada de 1961 y  
conocieron la tragedia de la  
Operación Clavel.*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2019

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía: SE-166-19

ISBN: 9798398192704



Corrección, maquetación, ilustración y diseño de portada:

**Drakkar Ediciones.**

Impresión y encuadernación: Amazon.

## **1961, recuerdos de un niño en el cuartel de La Calzada.**

Vivir en el cuartel de La Calzada era un privilegio. Para un niño de diez años significaba un estado de libertad absoluta, pues entrabas o salías del cuartel cuando querías, no solamente para ir al colegio. La plaza del Sacrificio, que estaba delante de la puerta, tenía un puestecillo de chucherías, tebeos y tabaco. Allí compraba los tebeos del Capitán Trueno, Roberto Alcázar..., y los primeros cigarrillos, mentolados para que los padres no te olieran y descubrieran que fumabas. En aquella plaza pasé horas y horas jugando al fútbol, mirando en un taller cómo rotulaban los isocarros, los carros de reparto de hielo y cómo pintaban las carteleras de tela para las fachadas de los cines.

Por las tardes, en verano, cuando estábamos de vacaciones, salíamos en plan aventura. Íbamos a las calles Saturno y Júpiter que estaban entre la estación de Santa Justa y mi colegio: Salesianos de la Trinidad. Íbamos cantando canciones tipo: «Un quinto en un campamento...», y nos gustaba incordiar a las prostitutas que ejercían su oficio por aquella zona. La calle Saturno era conocida como el callejón de las putas.

Nuestras «zonas de aventuras» eran la calle Bosque, en la que se encontraba una fábrica de corchos donde había muchos pavos reales sueltos; el huerto del francés, que nos

perseguía palo en mano porque entrábamos en sus sembrados a coger palmitos, espigas de trigo o en invierno a jugar a la lima, y la imprenta Zaragoza. Todos estos lugares estaban más o menos por la curva de los americanos, la famosa curva de la autopista donde volcaban los camiones y los niños íbamos a verlos caídos sobre el asfalto. En los terrenos de la imprenta Zaragoza ponían una batería de cañones cuando Franco venía a Sevilla para disparar salvas de honor. Y nosotros, claro, allí mirando.

También vimos llegar a Sevilla las primeras motos de la Guardia Civil de tráfico. Disolvieron el cuerpo de motoristas de tráfico, decían que por corrupción, y le dieron el servicio a la Guardia Civil. Las motos eran Royal Enfield y eran preciosas.

Un día, al cuartel trajeron preso a un guardia que había matado a un cabo en un pueblo cercano por un asunto de infidelidades. Iba a ser fusilado al día siguiente y en los calabozos le montaron lo que se llamaba capilla ardiente, que era como un velatorio, pero con el muerto aún vivo. El hombre lloró todo el día y toda la noche. El cuartel estaba desierto, nadie salió de su casa, pero se le oía gritar. Mi padre no durmió y estuvo toda la noche orinando. Desde entonces, cuando estoy nervioso, orino muchísimo. Se celebró un sorteo para que el destino dictase qué guardias se iban a encargar de ejecutar tan dolorosa orden, afortunadamente a mi padre no le tocó y pudo dormir aquella noche con nosotros en casa aliviado a medias. Los guardias que acompañarían de madrugada a su

compañero llevaban unos munición real y otros de fogueo. Al pobre hombre se lo llevaron a las cuatro de la madrugada hacia un campo de tiro, pero eso me lo imagino yo porque nadie contó nunca nada.

En Navidades formábamos un coro de campanilleros. Nos hacíamos nuestros propios instrumentos, yo platillos aplastados en la vía del tren y clavados en una tabla para que sonaran. Cantábamos por las casas de vecinos de los alrededores y en los pisos de Pinillo. Cogíamos algún dinerillo y lo gastábamos casi siempre en castañas, raíz de regaliz que entonces se llamaba *orozú*, y esas cosas.

Del día de la riada guardo pocos recuerdos, en realidad empezó a ser el día de la *arriá* a partir de primera hora de la tarde cuando los niños empezamos a notar cierto revuelo entre los mayores y un ir y venir de los guardias haciendo o preparando no sabíamos qué. A media tarde, el grupo de hombres que vigilaba la parte de atrás del cuartel tenía claro que el Tamarguillo había roto las contenciones. Los niños fuimos corriendo para avisar a nuestras madres de lo inminente.

El agua entró por la parte trasera del cuartel, la zona más baja, derribando las paredes de las viviendas. Apenas tuvimos tiempo de subir a lo que llamaban el pabellón de solteros, que estaba a unos cuatro metros de altura, habilitado con unas cuantas camas, mantas y nada más. Allí subimos sobre unas treinta familias. Mi madre llegó algo después con

mi hermano pequeño en brazos y posteriormente mi padre; que en su afán por rescatar algunos enseres, sobre todo una vajilla, cosa que nunca entendí, estuvo a punto de morir ahogado y ser, por lo tanto, la primera víctima oficial de la riada. Pudo llegar andando con el agua ya a la altura del pecho y se presentó completamente mojado y con la camisa hecha jirones. De eso sí me acuerdo bien. De eso y de que el agua de la riada no era agua, era un barro sucio y una ingente cantidad de ramas, ropa, muebles destrozados y sobre todo animales muertos: cerdos, perros y vacas.

Ya en el pabellón de solteros la vida se convirtió en una aventura. Algunos guardias hicieron un agujero en el techo para evacuarnos al tejado porque el agua seguía subiendo. Al final no hizo falta, se quedó a ras del último escalón.

Las barcas navegaban por la calle Bosque, sobre todo las fuera borda, que decían que eran las dos de la plaza de España, y por un ventanuco nos pasaban comida en lata y creo que pan. Lo hacían por esa ventana porque al cuartel no podían entrar, ya que el agua cubrió completamente el arco de entrada. El agua la traían en helicópteros americanos, botellas atadas a una cuerda que iban descolgando una a una. Las mujeres se reían y gastaban la broma de que agua ya teníamos mucha.

De esos días guardo imágenes más que vivencias. Como el día en el que un guardia, limpiando su arma, se dio un tiro en un pie. El disparo, la sangre, el pie envuelto en una sabana que se convirtió en roja y la evacuación en una barca de

remos, que ese día ya podía entrar porque el nivel de las aguas había bajado. También recuerdo a una niña que dormía en una cama cercana a la mía. Todas las noches se ponía un camisón blanco y su madre la peinaba antes de acostarla y darle un beso. Me gustaba la niña y me tranquilizaba verla dormir.

Un día, dos hombres en una barca de remos nos recogieron a mi hermana y a mí, nos llevaron a la estación de Córdoba donde nos esperaba nuestra tía y desde allí en tren fuimos hasta Carrión de los Céspedes. Mis dos hermanos pequeños se quedaron con mis padres. Así salí, y aquel fue el último día que viví en el cuartel de La Calzada.

Llegué a Carrión con las botas de agua, que entonces se llamaban katiuskas, anegadas. En pocos días mi abuela Rosario había arreglado el asunto y tenía más ropa y zapatos de los que me pudiera poner nunca. Eso sí, ropa y zapatos usados, o mejor dicho, muy usados, pues Carrión era un pueblo solidario pero pobre.

También solucionó lo de mi colegio que estaba en la plaza del Ayuntamiento, a la espalda de la iglesia junto al cine. Mi clase se encontraba en la planta primera. Creo que no aprendí mucho en el tiempo que estuve y que tampoco me echó mucha cuenta el maestro. Yo era el nieto de la Niña María Pérez, el de la *arriá*, pero nada más.

Los días que no iba a clase los pasaba con mi abuelo Manuel; hablaba poco pero era sabio. Sabía coger hojas de palmas, secarlas y hacer con ellas soplillos y cestas que luego

vendía puerta a puerta, también hacía escobas. Yo lo acompañaba al campo a coger las hojas y me sentaba junto a él mirando cómo les iba dando forma de cesta o de *aventaó*, según la demanda. Los dos en silencio, él inmerso en sus pensamientos, yo mirando.

Las noches eran otra cosa. Estaban reservadas a escuchar la radio desde la puesta del sol hasta la hora de cenar. Mientras la escuchábamos, mi tía, que estaba embarazada, recitaba una inacabable letanía rogando por la salud de su hijo no nacido y la radio recitaba otra igual de interminable solicitando ayuda para los damnificados por la riada. Un locutor de voz engolada que se llamaba Bobby Deglané estaba organizando una caravana de ayuda a la que le habían puesto por nombre Operación Clavel. Mi tía tuvo felizmente a su hijo, pero la Operación Clavel acabó en tragedia. Todos los muertos que no se cobró la *arriá* se los cobró una avioneta. «Se ve que se los debíamos», dijo mi abuelo.

Regresamos a Sevilla a principios de verano. A un piso nuevo, con los mismos muebles nuevos donados por la ayuda oficial a todos los damnificados: un aparador, una mesa, seis sillas y no sé si algún cabezal de cama o algún colchón. El piso tenía cuarto de aseo, ducha y termo eléctrico para el agua caliente.

Sin amigos y sin colegio. Aquel, el día de mi regreso a Sevilla para vivir en la barriada de Madre de Dios, fue el día que dejé de ser niño.

La riada, la *arriá*, se llevó para siempre un mundo, mi mundo, y trajo otro, incierto, pero nuevo.

Francisko Bobis



# LA MUERTE DESDE EL CIELO





# 1

## BAJO DOS BANDERAS

Conocí a Juan en el camión que nos trasladó desde la cárcel provincial de Ranilla hasta el campo de concentración de La Corchuela. Nos sentamos juntos sobre el banco de tablas de madera en aquel viaje incierto que nos acercaba a lo desconocido. Desde ese momento nos convertimos en compañeros inseparables, amigos, casi la misma persona. Esa unión absoluta que solo nace cuando se soporta y sufre cada minuto de la existencia y el único horizonte e ilusión es la mera supervivencia. Durante años, sentados uno junto al otro en los pocos momentos de descanso que podíamos disfrutar, nos contamos nuestras vidas una y otra vez, películas que pasaban ante nuestros ojos como único entretenimiento. Conozco tan bien su historia que puedo narrarla con tanto detalle como él mismo lo hubiera hecho.

Cuando Juan Martínez Sivianes y Nieves Palma Suárez se casaron, casi se podían escuchar todavía los ecos de los últimos disparos de la Guerra Civil. El 7 de enero de 1940 se unieron ante el altar de la parroquia de San Vicente los incipientes veinte años del novio con los infantiles dieciocho de la novia. Él, de estatura media, complexión fuerte, pelo negro, ojos castaños. Ella, delgada, de pelo trigueño y una mirada azul que a falta de flores iluminaba como único adorno el altar. La

primera vez que Nieves visitó a Juan tras la alambrada, pude contemplar la belleza de esos ojos de mar de los que tanto me hablaba Juan.

El banquete nupcial consistió en dos cafés con leche y dos magdalenas de chocolate en la confitería La Campana. El viaje de bodas, un paseo hasta el Coliseo España, donde disfrutaron de la película de la Twentieth Century Fox Film Corporation *Bajo dos banderas*, con Ronald Colman, Claudette Colbert, Victor McLageln y Rosalind Russell. Juan y Nieves siempre se sintieron olvidados y sometidos bajo dos enseñanzas: la republicana, que los condenó a la miseria, y la franquista, que los enterró en el sufrimiento.

Los jóvenes recién casados se instalaron en casa de los padres del novio, justo en la habitación de soltero de Juan. La casa, de dos plantas, pequeña y humilde, estaba situada en la calle San Julián, y debía mantenerse en pie gracias a que las Santas Justa y Rufina la sujetaban con sus manos, pues no había explicación física de que aquella mugrienta edificación no cayera en cualquier momento desplomada sobre sus moradores. Noche de boda de humildad. El lujo de una cena a base de revuelto de patatas con chorizo y postre de *poleá*, consumación de una atracción física que desde el primer segundo había soñado con aquel momento. Colchón de borra, ruido de muelles y cuerpos pegados al calor bajo una escasa manta que intentaba, sin lograrlo, protegerlos de los fríos de enero.

A la edad de catorce años, Juan comenzó a trabajar ayudando a su padre en el noble oficio de la albañilería. A tan corta mocedad, se acostumbró al esfuerzo diario y al sudor de la carga y descarga de materiales, de la carretilla, del cavado de zanjas y de la limpieza de escombros. Aprendió la disciplina del preparado de la obra y el valor de la ayuda a los compañeros en el levantamiento de andamios. Cuando se casó, ya dominaba el alzado de muros, paredes y tapias, el trabajo con el cemento y el hormigón, el techado y el arco, la mampostería, la plomada y los zócalos. Se había convertido en un buen oficial de primera. Extrovertido y hablador alegraba las obras donde trabajaba mientras las mujeres, disimuladamente, se fijaban en la fortaleza de su pecho y sus hombros.

La fama de las maravillosas manos costureras de Nieves pronto fue conocida en todo el norte de la ciudad. Nunca le faltaba el encargo de alguna blusa o vestido, pues había sido tocada con la varita del arte de cortar la tela, del cosido a mano y del acabado de los dobladillos. La cinta entre sus manos bailaba llena de gracia en mediciones exactas, hombros perfectos y simétricos, fijado de brazos que ni las monjas podían superar. Trabajos de magistral costura cobrados al precio que podían pagar aquellas personas pobres que pensaban antes en comer que en vestir.

En marzo, se instauraron en el país las cartillas de racionamiento: un Kilo de azúcar y medio Kilo de bacalao. Los

artículos de primera necesidad alcanzaron precios prohibitivos, un hambre ennegrecida se adueñó de los estómagos, de la mirada y del futuro de cientos de miles de personas de las clases media y baja de Sevilla. También se instauró la cartilla del fumador, solo para hombres, y para unos productos de cautivadores nombres: Ideales, Finos de Hebra, Superiores, que traían un papel de tan baja calidad que era preciso cambiarlos por otros mejores como Jean o Bambú. Aquella cartilla del fumador convirtió a Juan en colillero, pues además de su escaso trabajo como albañil, recogía del suelo las colillas de los cigarrillos de las que extraía el poco tabaco que quedaba para, después de liarlo, volverlo a vender. Cuando no eran requeridos sus servicios como albañil, recorría las calles del centro para ir guardando en un paquete hecho con papel de periódico aquellas colillas que encontraba tiradas. Después de cenar, bajo una tenue luz que desgastaba sus ojos, era capaz de liar hasta cinco nuevos cigarrillos que vendería al día siguiente. Noches de olor a tabaco ya quemado y ruido de tijeras costureras que acababan con una sesión de sexo atenuador, engañoso de las penurias económicas y la escasez de alimentos.

Entre la gris suciedad de una pintura de la que no se sabía adivinar el color que fue en sus principios, bajo el crujir nocturno de semidesmoronadas vigas y envuelta en olor a caldo de puchero sin sustancia y estraperlo, vio la luz el 23 de octubre de 1940 la pequeña Esperanza. No quisieron los santos que llegara con un pan debajo del brazo, pero sí con una alegría

que alumbraba desde sus primeros meses. No había heredado los intensos ojos azules de su madre, pero todo el mundo decía que era una niña muy bonita.

Andrés Lozano Arias era carnicero del mercado de La Encarnación. Residía en una casa de tres plantas de la plaza de Los Carros y, gracias al estraperlo, había contratado para reformarla a Juan y a su cuadrilla, un total de cuatro hombres. Cinco meses duró la obra: cambio de suelo, reafirmación de paredes, tirado de tabiques, levantamiento de nuevos muros, retrete, terraza y azotea. Durante el tiempo que duraron los trabajos, el carnicero fue entregando a los trabajadores pequeñas cantidades de dinero que en absoluto satisfacían las peticiones de estos, pero los obreros, en tiempos de hambre y escasez de trabajo, siguieron laborando hasta que en febrero de 1941 la obra quedó totalmente acabada.

Largas, cada vez que Juan y sus compañeros se acercaban a cobrar, el carnicero los aplazaba para quince días. Se enfadaba si aparecían por el puesto del mercado y en alguna ocasión los echó de casa con actitudes chulescas. Llegó un momento en el que, amparado bajo un tono bromista, les aseguró que no iban a cobrar. Desesperados, los albañiles entraron en la casa que habían reformado, una mañana de domingo de julio aprovechando que la puerta estaba abierta. Encontraron al carnicero en la azotea regando sus abundantes plantas y, cuando este se negó nuevamente a pagarles después de recriminarles a gritos el haber entrado en su casa sin su

permiso, se enzarzaron en una violenta discusión verbal plena de insultos que acabó con el carnicero colgando al vacío desde la azotea asido de los pies por los cuatro hombres. Al oír los gritos, de las tabernas de la plaza y de la calle Feria acudieron numerosos curiosos, que al ver el revolotear de brazos, la cara desencajada por el pánico y las súplicas, no sabían si preocuparse o reír con la comicidad y la ridiculez de la escena. La mujer del carnicero gritaba e insultaba, un niño de ocho años lloraba viendo a su padre colgado desde una tercera planta, hasta que los hombres izaron al aterrado que al ser colocado de nuevo sobre el suelo de la azotea rompió en un llanto nervioso presa de un ataque de ansiedad. Le faltaba el aire, se sintió mareado hasta que vomitó sobre el casi recién estrenado suelo de rojas losetas de barro el desayuno, la cena del día anterior y la merienda. Los hombres bajaron la escalera sin dejar de reír mientras la señora les gritaba insultos y bajaba detrás de ellos aporreando con sus puños cerrados la espalda del último albañil, que en ningún momento dejó de soltar carcajadas.

Durante semanas, el carnicero fue víctima del cachondeo popular de toda la calle Feria, de la plaza de Los Carros, de San Juan de la Palma, de San Martín, de la Alameda de Hércules y de La Encarnación. A su puesto se acercaban risitas que preguntaban si tenía colgado algún buen trozo de carne o si vendía solomillos voladores. También había quien preguntaba por carne de águila, u otros carniceros graciosos

que le ponían dos alitas de pollo a un buen trozo de ternera. Además, desde aquel día, cuando en la plaza alguien era llamado a voces, siempre respondía: «¡Voy volando!»

Andrés Lozano Arias, el carnicero, era miembro de Falange. Durante los últimos años de la República había tenido problemas con sus vecinos, pues residía en un barrio de mayoría de izquierdas. La tarde del 18 de julio de 1936, huyó y abandonó su casa acompañado de su mujer y su hijo para no ser linchado. Se instaló en casa de su hermana en la calle Zaragoza y se puso inmediatamente a las órdenes de los sublevados. El recién impuesto régimen franquista incitaba a denunciar a los contrarios del nuevo estado. Los periódicos facilitaban en sus páginas las direcciones donde acudir a presentar las acusaciones. Las personas que conocieran algún caso y no lo pusieran de manifiesto se hacían responsables de encubrimiento. Las autoridades las pedían públicamente: «La Justicia de Franco necesita y pide la colaboración de todos los españoles, se recuerda y encarece a todas las personas la obligación de coadyuvar a la acción de la Justicia en la labor de depurar y sancionar a los verdaderos culpables de toda clase de delitos, saqueos, profanaciones, incendios de conventos e iglesias y asesinatos. Se requiere para ello a todos aquellos que, teniendo conocimiento de tales delitos, puedan dar razón de los verdaderos culpables en las oficinas del juzgado militar».

Una tormenta de venganzas que no obedecían a un delito real descargó sobre una población atemorizada.

Eliminación de rivales en todos los ámbitos de la vida cotidiana, manera de conseguir puestos de trabajo deseados, desagravios por cuestiones amorosas o de honor, forma de conseguir vivienda. Gente que durante la República había simpatizado con las izquierdas y que se había convertido al nuevo régimen, se convirtieron en delatores sin escrúpulos para probar su recién estrenado amor y entrega a esa pregonada nueva España, así como personas que habían apoyado la sublevación desde el primer momento concurren también como acusadores coléricos. Rencillas personales, disputas por propiedades y viejas rivalidades se convirtieron en denuncias al finalizar la guerra. Denuncias que resultaban a menudo inexactas, pero podían conducir a la pena de muerte. Yo mismo fui víctima de esas acusaciones falsas, inmolado por la legendaria envidia que en España nos profesamos los escritores.

Andrés Lozano Arias, el carnicero, movido por el escarnio sufrido ante sus vecinos, su mujer y su hijo; y su deseo de no pagar la deuda adquirida, denunció en el juzgado militar a Juan y a sus tres compañeros de intento de linchamiento por motivos políticos. Los acusaba de fidelidad a la República, de subversión y propaganda contra el nuevo régimen establecido. Era la denuncia que hacía un falangista, aval absoluto para que los cuatro obreros fueran inmediatamente detenidos y encarcelados en la prisión de Ranilla a la espera de ser juzgados.

En la cárcel sufríamos de hacinamiento, hambre, hombros que se tocaban, continuos recuentos de presos, fregado de letrinas, recogida de excrementos, limpieza de celdas, piojos, chinches, sarna. Las dos semanas que pasó Juan en la atestada prisión fueron las peores de su vida, solo un mes antes del nacimiento de su segunda hija. Nieves lloraba cada día su impotencia rompiendo aquella serenidad que tanto la caracterizaba. Me lo contó cuando fui a visitarla después de salir del campo de concentración, con mi vida casi agotada y la ilusión arrastrada por los caminos.

A las nueve de la mañana del jueves 11 de septiembre de 1941, Juan fue subido a un camión que, junto a otros veinte presos, lo trasladó al juzgado militar. A las doce del mediodía, estaba sentado en el banquillo donde también esperaban su negra suerte diez personas más a las que no conocía de nada. Miradas, miedo en los ojos, malos tratos y desprecios, ambiente de nerviosismo y luto. Cuando llegó su turno, se hizo lectura de la acusación: «Intento de linchamiento de un miembro de Falange, coacciones, rebelión militar e injurias al jefe del Estado».

El fiscal estuvo casi media hora recitando, una detrás de otra, mentira tras mentira en un rosario de inventos sin prueba alguna que acabaron con la cruz de una petición de pena de muerte. Tras la exposición del fiscal, la defensa se limitó a reconocer los crímenes y pedir indulgencia para el reo debido a su corta edad y al hecho de tener una hija en el mundo

de solo un año y el estar esperando el muy cercano nacimiento de su segunda. En aquel momento, Juan solo veía el rostro de su esposa, la imagen de su vientre en gravidez y la preciosa cara de su niña, que pronto cumpliría un añito. En su garganta la amargura, en su pecho la impotencia. Treinta años de prisión fue la sentencia que el juez impuso ante la incredulidad de un fiscal y de una defensa que veían ya a Juan ante un pelotón de fusilamiento con la espalda apoyada sobre las frías tapias del cementerio de San Fernando. Nuevo ingreso en la cárcel provincial y vuelta a las letrinas, al hacinamiento de una prisión que casi reventaba, a las chinches, a los piojos y a un hambre que nos vaciaba de todo contenido humano. Aquel día volvió a nacer, a una vida de sufrimiento, pero vivo y dispuesto a luchar por la llegada de un amanecer en el que volviera a abrazar a su mujer y a beberse sus ojos azules.

Aquella tarde que fui a visitarla, Nieves me decía que en aquellos días cosía su amargura y la soledad de un señalamiento público mientras acariciaba con tristeza un vientre de luna llena. «¡Qué pocos encargos!, ¡qué vacío de vecinos!, ¡qué miseria absoluta se ha apoderado de la vida de mi familia!». El descanso inacabable que sintió su alma cuando se enteró de la sentencia la volvió a su casi eterno estado de entereza, calma, lucha, trabajo y esperanza, como el nombre que quiso darle a su primera hija.

El Día de los Muertos, a principios de noviembre, entre llantos y gritos de dolor, nació una niña muy baja de peso, a la

que se le puso por nombre el de su madre: Nieves. Vino al mundo con un aspecto tan enfermizo que todos temían que se deshiciera antes de que cumpliera un mes de vida. La noticia hizo que Juan sintiera una extraña mezcla de alegría y tristeza mientras recibía la enhorabuena de cientos de compañeros reclusos. Soñaba con poder ver algún día la cara de su pequeña, que según decían, era clavadita a su madre.

A mediados de diciembre, se le comunicó a Juan que, gracias a ser oficial de primera de la construcción, era destinado al servicio de colonias penitenciarias militarizadas, primera agrupación de colonias en la finca de La Corchuela en el término municipal de Dos Hermanas, y que gracias al sistema de redención de las penas por el trabajo podría reducir un día de condena por cada día de trabajo realizado. No sabía qué podía suponer aquello. Unos le decían que lo llevaban para hacer trabajos forzados y matarlo de hambre y cansancio, otros que la comida era mucho mejor que la de la cárcel y que trabajando duro podría conseguir en pocos años la libertad condicional, otros que iba a servir de cobaya humana para ciertos experimentos, otros que era fácil escapar de aquellos centros de trabajo, y otros que iba a un campo de concentración de donde no saldría vivo.

De la prisión provincial, partió el 20 de diciembre de 1941 un camión militar fuertemente custodiado que nos transportaba a Juan, a mí y a otros veinticinco reclusos a la colonia de La Corchuela. Obreros de la construcción, herreros,

fontaneros, carpinteros y administrativos nos preguntábamos unos a otros intentando adivinar nuestra inminente suerte. Miradas de miedo se cruzaban, semblante de preocupación en unos, de resignación en otros. Ninguno sabía qué iba a ser de nuestro destino. El camión depositó su carga de incertidumbre sobre el barro de la colonia, tomamos una cena escasa de agua que imaginaba ser caldo con algún fideo solitario a la deriva y postre de manzana casi podrida. Nos instalaron en una tienda de campaña militar, lecho de suelo y fina manta para tapar la noche de diciembre, que tras el toque de silencio en silencio quedó. Cientos de obreros que habíamos sido injustamente denunciados, simpatizantes de izquierdas o soldados vencidos que no pudimos conseguir un aval del jefe de Falange, del cura o del comandante de puesto de la Guardia Civil de nuestra localidad, intentábamos dormir esperando el nuevo día. ¿Qué ocurriría cuando cantara el gallo y la corneta lanzara al frío aire de la madrugada el toque de diana? Nadie lo sabía.

Las jornadas pasaban lentamente como si los días tuvieran cuarenta horas. Yo hacía funciones de administrativo, pero Juan trabajaba al aire libre con fríos de hielo que entumecían y amorataban las manos, y calor en el verano que deshidrataba el malnutrido cuerpo. De sol a sol, más de doce horas de trabajo a punta de fusil como peón de la brigada de tierra que a pico y pala excavaba la sección de un inacabable canal que en un futuro saciaría la sed de dinero y de venganza de los vencedores de la guerra. Dureza extrema, condiciones

higiénicas y sanitarias muy deficientes, sarna, pulgas, chinches, piojos, garrapatas y escasa comida de chícharos negros, mínimo trozo de pan, y manzana podrida.

Sí, los días pasaban muy lentamente bajo el peso de un trabajo que extraía de nuestros cuerpos más energía de la que podíamos aportar. No hacía falta que nos coaccionaran para lograr buena productividad, pues el castigo por la falta de esfuerzo era volver a una cárcel abarrotada donde el hambre, las epidemias, las torturas físicas y psíquicas y la muerte convivían a diario con los presos. En la colonia, a pesar de los trabajos forzados, la vida era mejor que en las cárceles, pues la comida, aunque escasa, era mínimamente comestible, se vivía al aire libre, aunque se tuviera que soportar las inclemencias del tiempo, se reducía tiempo de prisión y éramos tratados los forzados de una manera menos inhumana que en las cárceles. Los propios reos nos esforzábamos en mantener autodisciplina para seguir en la colonia. ¡Qué ironía del pensamiento humano! Nos sentíamos privilegiados hombres a los que la injusticia y el odio nos habían condenado a la desgracia.

Canto diario brazo en alto del *Cara al sol*, asistencia obligatoria a los servicios religiosos, obediencia a los militares que guardaban el perímetro de la colonia. Día tras día, tras día, tras día. Tiempo endulzado por las escasas visitas de nuestras esposas a las que solo podíamos tocar la punta de los dedos entre los huecos de la alambrada. La primera vez que Juan vio a Nieves desde que fuera apresado, la miraba como si fuera

mentira que alguna vez hubiera podido fundir su cuerpo desnudo con el de aquella mujer tan dulce, tan fina y tan calmada. La observaba con ojos de tristeza mientras ella hacía un grandísimo esfuerzo por retener unas lágrimas que sí corrían por el interior de su alma, porque quería ser reflejo de la fortaleza y la lucha, y para transmitirle a su marido el suficiente ánimo para soportar aquellos dolorosos años. Algún día, y ese día llegaría, volverían a estar juntos bajo el calor de un hogar en compañía de sus hijas. Dedos entrelazados, conversaciones sobre las niñas, que jugaban junto a la alambrada, desahogo de las penurias del campo, proyecto de ir a vivir más cerca de la colonia, preguntas sobre la salud del padre de Juan. Todo el sexo, todas las caricias, todo el amor concentrado en la punta de unos dedos que se tocaban. Muchos años más tarde, Nieves me decía que cuando terminaba la visita, se alejaba de la valla y se perdía del campo de visión de Juan, derramaba mejillas abajo todas las lágrimas y toda la frustración que se guardaba en presencia de su marido. No paraba de llorar en una semana hasta que el domingo volviera a verlo tras la valla.

A pico y pala, sudor y sangre, construíamos el canal del bajo Guadalquivir, obra descomunal destinada a llevar agua desde Peñaflores hasta el caño de Trebujena. Ciento cincuenta y ocho Kilómetros que, en la margen izquierda del Guadalquivir, convertirían ochenta mil hectáreas de terreno baldío de secano en fértiles latifundios de regadío de alta productividad como

premio a los terratenientes que apoyaron a los sublevados desde el primer momento de la rebelión. Utrera, Los Palacios, Las Cabezas, Lebrija y Trebujena. Colosal obra para único beneficio de los propietarios de las tierras que no pagaron absolutamente nada por una empresa de ingeniería construida bajo el sudor, la desgracia, la sangre y la muerte de miles de presos políticos que trabajábamos por un ínfimo jornal del cual se descontaba una parte para comida y gastos personales, y otra que iba destinada a la hacienda pública para el sostenimiento de la población penal. El resto se entregaba a nuestros parientes como subsidio familiar. Miseria fruto de la miseria.

A principios del mes de octubre de 1943, un compañero de penalidades llamado Pedro Vázquez Martín confesó a Juan su deseo y su decisión de fugarse de la colonia. Aseguraba que era muy fácil porque los soldados que custodiaban el perímetro, confiados, se despistaban continuamente, además sabía muy bien cómo hacerlo. Decía que había convencido a varios presos para que lo acompañara, y que si quería podía unirse al grupo. Juan lo pensó, pero no quería exponerse ni perjudicar a su mujer, quien ya estaba sufriendo un desierto de hambre y soledad similar al que él vivía día a día. Quería que los años, aunque duros, pasaran, y en un futuro disfrutar de la libertad junto a su familia. Me lo comentó, yo le aconsejé y le rogué que no lo hiciera. Le contestó a Pedro que no se fugaría con el grupo. No quería ser un fugitivo, su anhelo era vivir en

paz junto a su mujer y sus hijas, aunque ese sueño tardara en hacerse realidad.

En la mañana del 13 de octubre de 1943, Pedro Vázquez Martín, acompañado de los hermanos Rafael y Manuel Fernández, de Miguel López, de José Arenal y de Miguel Cardoso; consiguió evadirse de la colonia penitenciaria de La Corchuela. Un mes después, un amanecer de sangre fue anunciado en la colonia penitenciaria de La Corchuela por un gallo ronco. El frío de la mañana de noviembre nos hacía sufrir a los presos formados. Frente a nosotros, manos atadas a la espalda y ojos vendados, José López y José Arenal esperaban inexpresivos, vacíos y silenciosos la orden de romper el fuego. La descarga hizo estremecer sus cuerpos y nuestras almas. Como advertencia y escarmiento tuvimos que presenciar cómo caían al suelo como sacos de plomo ensangrentados. Nos obligaron a desfilas ante sus cuerpos y a mirar a los amigos masacrados.

Tras el espanto de noviembre, amaneció un gris diciembre que trajo consigo un traslado a la nueva colonia penitenciaria de Los Merinales, también en el término municipal de Dos Hermanas. Cuando nos bajamos del camión militar, dejamos ver una expresión de sorpresa en nuestros ojos. Las dimensiones de la nueva colonia eran espectaculares porque tenía capacidad para dos mil personas, con barracones amplios, abrevaderos para animales, lavaderos. Se trataba de la sexta agrupación destinada a hacer realidad el sifón del canal

para que pasara por debajo de tierra. La intervención más difícil.

Nieves quería vivir sus días más cerca de Dos Hermanas para poder visitar a su marido con más frecuencia de lo que lo hacía. Había escuchado que otros familiares de presos estaban construyendo chabolas en el barrio de Bellavista, que distaba dos kilómetros del campo. Habló con su suegro, el padre de Juan, quien, con paciencia y con la ayuda solidaria de otras familias ya asentadas en Bellavista, levantó una choza de una sola pieza donde Nieves se instaló con sus dos hijas pequeñas. Ladrillos recubiertos de cal con techo de chamizo. En el interior una cama de matrimonio donde dormir junto a sus dos hijas, y una hornilla de carbón.

Los domingos, cuando las mujeres nos visitaban, seguíamos sintiendo el martirio de apenas poder rozar nuestros dedos con los de nuestros amores separados por los alambres de la valla que cercaba el campo de trabajo. Cientos de esposas, madres, niños, hermanos y padres se abrazaban a aquel acero trenzado que los separaba de sus seres queridos. Conversaciones calmadas, llantos impotentes, canciones infantiles y toses de presos orquestaban las mañanas de los domingos mientras desde el apeadero del tren de Los Merinales, que se encontraba junto a la entrada del campo y que le daba nombre, a veces oíamos burlas de viajeros que reían diciendo: «¡Mira cómo ahora trabajan y lloran los rojillos!»

En el campo, entraban clandestinamente ejemplares del Mundo Obrero que se imprimían en un local de Dos Hermanas, pero nunca quisimos leer nada porque nos aterraba que nos pudieran ampliar la condena. Cada día que pasaba suponía uno menos de martirio. Cada día, el reencuentro, la libertad y la paz se sentían más cerca.

En el barrio de Bellavista, Nieves se sintió desde el primer momento amparada, ayudada y querida por sus vecinos, que en la mayoría de los casos se encontraban en su misma situación. Nunca faltó un pan que compartir, ni una olla comunal, ni unas manos amigas a la hora de realizar una tarea, ni juegos, ni besos, ni abrazos a sus hijas pequeñas. Mujeres unidas por un destino común que sentían unos lazos aún más fuertes que los familiares. Miseria con dignidad. Nieves nunca había sentido ni entregado tanto calor humano. Tardes de costura acariciada por una mesa de camilla que regalaba el aroma de la alhucema, noches de verano a la puerta de la calle en conversaciones animadas, primaveras de azahar y barro de otoño que aliviaron un alma dolida y cansada. Pronto, Bellavista y Dos Hermanas supieron de unas manos costureras dignas de reinas y emperatrices. Con la asignación mísera que el estado le entregaba por su marido preso, con su costura y con la ayuda de aquel barrio de unidad, Nieves sacaba adelante a su familia mientras veía a su marido los domingos siempre detrás de la valla.

Juan comprobaba cómo sus hijas crecían semana a semana. Nieves las llevaba cuando eran muy pequeñas para que su padre las viera, pero cuando ya fueron un poco más mayores y se daban cuenta de lo que ocurría, dejó de acercarlas a la colonia porque entendían ambos que podía hacerles daño el ver a su padre entre rejas. Cuando las volvió a ver, Esperanza, la mayor, ya alegraba con sus nueve años cada domingo el corazón de su padre, y Nieves, la pequeña, lo inundaba de ternura.

En el otoño de 1950, la fama de Nieves había llegado a la colonia. El comandante jefe del campo, don Tomás, hombre de gran humanidad, permitió que la costurera y mi mujer entraran en el recinto para visitarnos. Diez años tardamos en volver a abrazarnos y a besarnos. En aquel momento se paró la historia, se detuvo el mundo, se congeló la sangre en un sinfín de sensaciones que se confundían: tacto, olor, sabor, los leves pechos aplastados contra nuestros cuerpos y lágrimas saladas que eran bebidas con pasión. Cinco minutos en los que no existió la realidad, rotos por un amigable:

—¡Bueno, ya está bien!

En agradecimiento, Nieves comenzó a arreglar la ropa de funcionarios y de algunos presos, lo que le valió el permiso para entrar a menudo en el campo. Esperanza, que estaba aprendiendo las virtudes con la aguja y la tijera, acompañaba a su madre dos o tres tardes a la semana, visitaba a su padre a menudo y recibía el cariño de funcionarios y presos que

siempre le ofrecíamos una sonrisa o una caricia. Juan le comentaba a su esposa que en aquel infierno también había ángeles que se comportaban de una manera respetuosa y humana con los presos. Tal era el caso de don Manuel, el cura de Los Palacios, o de Rafael, el sargento de la Guardia Civil, o de Miguel, primer oficial del ayuntamiento de Los Palacios, y por supuesto don Tomás. Aquello que le relataba su marido ponía descanso en el ya casi eterno sufrimiento de Nieves. Humanidad en Bellavista y humanidad en la colonia. El bálsamo del calor humano.

Aquellos años pasaron más suaves, pero en febrero de 1953, Juan comenzó a sentirse mal. Sufría desde hacía más de un mes una tos intensa que le causaba un gran dolor en el pecho, se sentía débil y fatigado, estaba perdiendo peso porque no tenía apetito, sentía fiebre, escalofríos y sudores que le dificultaban el dormir de noche. Una mañana, acompañando a la tos, una flema sanguinolenta fue esputada desde el fondo de sus pulmones. Diagnóstico: tuberculosis. Le otorgaron la libertad condicional por los años de servicio en la colonia y por la enfermedad que padecía. Por primera vez en trece años, le dije adiós con la mano y el corazón cuando salió montado en una ambulancia militar de las colonias para recorrer ocho Kilómetros hasta pasar por debajo de un arco de entrada que sobre azulejos rezaba: «Sanatorio El Tomillar».

## 2

### DE AQUÍ A LA ETERNIDAD

Recuerdo perfectamente aquella fría mañana del mes de enero de 1949 cuando vi por primera vez el sanatorio del Tomillar. Éramos doce jóvenes hermanas de la Caridad de Santa Ana las que por la gracia de Nuestro Señor llegábamos para hacernos cargo de los distintos servicios del centro. Llevábamos la alegría de las casi niñas que florecíamos, y el blanco puro de nuestros hábitos conquistaba cada ala y cada sala. Lucíamos unos rostros ilusionados por los servicios que íbamos a prestar y dábamos gracias al Espíritu Santo por el duro y disciplinado trabajo que nos encomendaba.

La orden de encargarnos de los distintos departamentos del sanatorio había sido dada por el cardenal Segura porque, según sus palabras, se estaba produciendo en el centro un deterioro de la moral. Bastaron unos días para darnos cuenta de lo que ocurría: casi todos los enfermos eran muy jóvenes, las estancias muy largas, pues podían durar incluso años y, claro, los instintos se dejaban sentir en algunas salas solitarias donde el pecado acechaba la pureza de aquellas almas que penaban el Calvario de su enfermedad.

Fui destinada por la superiora a enfermería, otras hermanas a cocina, a laboratorio y a lavandería. El aire que se respiraba era fresco y limpio. En los jardines podíamos pasear

entre álamos, palmeras, cedros y cipreses. Era un lugar tranquilo, pero el trabajo resultaba muy duro, ya que el cuidado de los enfermos precisaba una dedicación continua sin descansos ni días festivos. Me costaba acostumbrarme a presenciar, impotente, cómo un enfermo moría ahogado en su propia sangre mientras hacíamos lo imposible para salvarle la vida. Alegría cuando un paciente recibía el alta, y hundimiento que me duraba semanas cuando salían del sanatorio dentro de un furgón fúnebre. Cuando un paciente moría, moría algo dentro de mí, y ponía a prueba mi vocación.

El riesgo de contagio era alto porque, aunque observábamos escrupulosamente las recomendaciones de los médicos, no dejábamos de estar en contacto con los enfermos siete días a la semana. Nunca tuve miedo, nunca me abandonó el Espíritu Santo, jamás sentí asco de un paciente y nunca me venció el duro trabajo.

El régimen interno solía ser severo para el enfermo: estancias interminables, convivencia con hospitalizados crónicos o desahuciados en su mayoría jóvenes. Un clima de desesperación y angustia. El sanatorio ponía a prueba día a día la capacidad de sufrimiento del ser humano.

Cuando Juan ingresó en El Tomillar, habían transcurrido ya cuatro años desde mi llegada al centro. Recuerdo que desde el primer momento sentí una profunda compasión al contemplar cómo aquel hombre joven a sus treinta y tres años aparentaba pasar de los cincuenta, y al

conocer su historia de sufrimiento en la colonia penitenciaria. Él parecía sentirse más seguro cuando se encontraba en mi compañía. Me hacía preguntas constantemente:

—Hermana María, ¿cuánto tiempo cree que voy a estar aquí?

—Eso nunca se sabe Juan, algunos pacientes mejoran rápidamente y solo están unos meses ingresados.

—¿Meses?

—Sí, al menos unos mesecitos va usted a pasar aquí.

—Verá hermana, ¡es que tengo tantas ganas de vivir con mi mujer y mis hijas!

—Sí, lo entiendo perfectamente, pero se tiene que curar bien para no contagiarlas.

—¿Cuándo podré ver a mi mujer?

—Las visitas se reciben en domingos y festivos — contestaba yo siempre con la dulzura especial que me inspiraba la historia de aquel hombre.

—¿Qué me van a hacer aquí?

—Pues aquí va usted sobre todo a tomar mucho sol, respirar aire puro, descansar tanto física como mentalmente, y, ¿sabe qué?, va a comer abundantemente.

Me miró con ojos incrédulos, parecía que pensaba que me burlaba de él.

—¡Sí, sí! —exclamé—. La sobrealimentación es un factor muy importante en el tratamiento, así como la toma de estreptomina.

Le expliqué aquello comprendiendo y leyendo en su mirada que había pasado hambre durante toda su vida.

—¿Y eso quien lo paga?

—El Patronato Nacional Antituberculoso y, sobre todo, la Junta de Damas.

—¿La Junta de Damas?

—Sí, Junta de Damas Protectoras del Sanatorio el Tomillar. ¡Casi *na!* ¿Eh? —Me miró asombrado—. Es un nutrido número de señoras que consiguen fondos para el centro, sobre todo el día de la Fiesta de la Flor, cuando con mucho esfuerzo humano y la ayuda de Dios consiguen que se haga realidad el milagro año tras año.

El primer domingo después de su llegada me presentó a Nieves. Era una mujer que poseía una belleza tranquila y humilde, aunque se notaba en el oscuro de sus ojeras que el golpe de la enfermedad de su marido la había sumido en una desesperación que pareciera no tener fin. Llamaban la atención sus ojos transparentes e intensos en los que se podía leer su incondicional determinación a seguir luchando.

Yo sentía un profundo amor por todos los pacientes ingresados movida por la piedad cristiana que me obligaba, pero el cariño que le había tomado a aquella familia era especial. Los días de visita paseábamos los tres por los jardines. Caminábamos hasta el primer pabellón dedicado al cuidado exclusivo del clero desde que se inaugurara el pabellón central.

Les contaba anécdotas del día a día, y también la historia del sanatorio:

—En 1920, la reina Victoria Eugenia colocó la primera piedra, y se inauguró en 1924 recibiendo a sus primeros enfermos. En un principio solo se construyó este primer pabellón, pronto un segundo edificio más pequeño y en 1947 el pabellón central que es donde tú estás hospitalizado Juan. El pabellón central consta de doscientas cincuenta camas. Es de estilo regionalista andaluz.

»Ahora tenemos el proyecto de construir una capilla. También un escenario donde poder proyectar películas de cine o celebrar sesiones de teatro o tocar música. Además, queremos tener una emisora de radio, pero no solo para cuestiones religiosas ¡eh!, sino para entretenimiento. Todo eso además de nuestra biblioteca y nuestra discoteca. Es muy importante que los pacientes disfruten de distracciones, algo que tenemos muy claro desde que llegamos aquí hace unos años. ¡Ah!, y unas bonitas pajareras que queremos construir en los jardines.

El entretenimiento del paciente se convirtió en una de las primeras misiones tanto de la Junta de Damas como de las hermanas de la Caridad de Santa Ana, dadas las largas estancias de ingresos que oscilaban desde meses hasta años. El estado de los pacientes solía ser de desánimo por padecer una enfermedad crónica, limitante, de mal pronóstico. Con compañeros que padecían cuadros clínicos aparatosos, cuando

no fallecían. Organizábamos concursos literarios, artesanía, labores, jardinería.

Les gustaba escucharme y yo sentía que me tenían cariño, confianza y agradecimiento. Aquellos paseos con el matrimonio me hacían olvidar el duro destino que Dios me había encomendado, y el triste pasado de sufrimiento de Juan.

La fiesta de la Flor del año 1953 se celebró en abril. Para nosotras, junto a la festividad de Santa Ana, era el día más importante del año, aunque no estuviéramos presentes en las mesas petitorias. Esos días también necesitaban cuidados los enfermos ingresados.

Las mesas petitorias se instalaban por toda la ciudad, cada una con su presidenta, varias vocales y un grupo de jóvenes señoritas que pedían con sus huchas y ponían sobre las solapas de las personas que ofrecían su donativo una pegatina con la doble cruz roja, símbolo de la lucha antituberculosa.

Aquella mañana, doña Isabel Arias Romero-Zuloaga, señora muy amiga mía y perteneciente a la Junta de Damas, iba a presidir la mesa petitoria de la calle O'Donnell. Antes, muy temprano, como todos los años, pasó por el sanatorio para agradecernos a las hermanas nuestra labor y nuestra entrega. Yo aproveché, confiada en nuestra amistad, para hablarle de Juan, de su familia y de las necesidades económicas que pasaban, ya que ni siquiera cobraban la asignación que recibían cuando era preso. Estuvo hablando con Juan antes de partir hacia Sevilla para hacerse cargo de la mesa, pero antes

prometió que el domingo volvería a venir al sanatorio para conocer a Nieves. Era prioridad para las damas de la Junta alcanzar objetivos sociales sin privilegios y sin distinción de nivel social.

Doña Isabel era una distinguida señora, esposa de don Antonio Cornet Somosierra, médico muy conocido por la sociedad sevillana. Residían en una gran casa en el barrio del Arenal donde don Antonio pasaba su consulta. Tenían una hija llamada Marisa. La familia al completo siempre había estado muy involucrada en la lucha antituberculosa.

El domingo, mientras Juan tomaba el tibio sol del mes de abril, pude presentarle a doña Isabel a Nieves.

—Ahora vivimos con lo poco que yo gano con la costura. Es cierto que no me falta trabajo y que no doy abasto, pero nos alcanza solamente para comer y poco más. Mi hija tiene ahora doce años, ha acabado los estudios primarios y me ayuda. Vivimos aquí cerca, en el barío de Bellavista. En un principio era una choza, pero ahora, poco a poco, se va pareciendo a una casa —explicó Nieves.

—Háblame más de tu hija, tiene la misma edad que la mía, ¿cómo es? —preguntó doña Isabel.

—Esperanza es una niña muy buena, siempre lo ha sido. Es un poco nerviosa y le ha costado siempre aprobar en el colegio, pero es muy trabajadora. Me ha ayudado desde pequeñita con la casa y con la costura a medida que le he ido enseñando. Siempre se está riendo y se encuentra alegre, y a

todo el mundo le llama la atención su sonrisa. Es muy juguetona, no para de saltar ni de correr y en casa no está ni un minuto quieta. Quiere muchísimo a su hermana. Nieves es mucho más retraída.

—Mira, no sé si esto te va a parecer bien. La muchacha que tenemos interna se casa ahora en mayo y se va a su pueblo. Si quieres podemos probar a ver si a Esperancita le gusta trabajar para nosotros. Yo podría hacer un esfuerzo y llegar a trescientas pesetas. Además, tendrá libre un día entre semana y los domingos, con lo que podrá ir a verte a menudo. La habitación donde se quedaría es amplia y soleada y, por supuesto, no le cobraría nada por la manutención. Vosotros lo pensáis y me decís si os conviene —propuso doña Isabel.

—Se lo agradezco muchísimo. La verdad es que nos ayudaría, pero no sé si ella va a querer. De todas formas, cuando Juan se ponga bien y pueda trabajar, ¿la niña podría volver verdad?

—¡Pues claro, mujer! No habría problema alguno, date cuenta de que muchachas siempre hay disponibles, además, que yo hago esto para beneficiarte. Es que la hermana María me influye mucho y sus deseos casi son órdenes para mí.

Le hice un gesto de agradecimiento a doña Isabel mientras tomaba las manos de Nieves entre las mías. Juan guardó silencio en todo momento, parecía como si hubiera perdido toda capacidad de decisión y las palabras de su esposa fueran para él el Evangelio.

Esperanza aceptó entusiasmada e ilusionada. La idea de aportar a la economía de su familia le hacía sentirse feliz, atraída también por las aventuras que en su mente de adolescente imaginaba iba a vivir. Siempre alegre, dispuesta, confiada y plena de vida, aun en las difíciles circunstancias en las que se encontraba.

A primeros de junio fuimos a recogerla a ella y a sus dos humildes maletas. El Mercedes-Benz W187 del doctor Cornet manchó sus llantas color verde y la franja blanca de sus neumáticos con el barro de las pobres calles de Bellavista. Esperanza, siempre sonriendo, eternamente entusiasmada, lanzaba besos y decía adiós por la ventanilla trasera a su madre y a sus vecinas. Los dos tonos de verde del automóvil nos llevaron rumbo al centro de la ciudad, el barrio de Bellavista quedó un poco más solo y más callado. Nieves lloró desconsoladamente durante horas la marcha de su hermana, a las vecinas les pareció que aquel automóvil se había llevado una buena parte de su alegría.

Esperanza era muy inocente, la primera vez que me veía y, sin embargo, no paraba de hablar conmigo. Sentada a mi lado en el asiento trasero parecía que me conocía de toda la vida. Reía con cualquier pequeña broma y demostraba con cada palabra lo feliz que se sentía por haber encontrado trabajo y poder ayudar a su familia. Hablaba sin parar de una manera nerviosa e ilusionada.

Esperanza se sintió inmediatamente integrada en la familia de doña Isabel. Habitación amplia, buena comida y exquisito trato. Se encargaba de la limpieza y de la cocina principalmente. Miércoles tarde y domingos libres para ir a ver a su familia, incluido a su padre, porque ya para entonces entraba en el sanatorio. Esos domingos me contaba todo lo que había hecho durante la semana.

Marisa, la hija del doctor Cornet y de doña Isabel, disfrutaba de la misma edad que Esperanza. Hija única, pronto se hizo tan amiga de la muchacha que la convirtió en su confidente íntima. De carácter tímido, casi sin amigas, se apoyaba en aquel reguero de risas, alegría y confianza que se hacía persona en su nueva amiga.

La primera vez que Esperanza visitó a su padre en el sanatorio fue en las fiestas de Santa Ana, un 26 de julio. Recorrió los puestos de chucherías, invitó a su madre a cerveza y disfrutó de los fuegos artificiales. Lo que más le gustó fue el concurso de feos, porque no paró de reír en todo el tiempo que duró la broma. Subían a un pequeño escenario familiares de enfermos con toda la buena intención de alegrar aquella fiesta. Algunos sí eran feos de verdad, otros no tanto, pero se esforzaban para hacer unas inverosímiles muecas con la cara. Aquello hacía que Esperanza no parara de reír, que yo creía que se iba a hacer pis encima. ¡La verdad es que era una niña maravillosa! El concurso lo ganó un señor, ya anciano, que se quitó la dentadura postiza y pudo enrollar su rostro de tal

manera que casi juntó su barbilla con su frente mientras el público aplaudía con entusiasmo.

Visitaba a su padre todos los domingos y aprovechaba para hablar conmigo. Lo contaba todo, parecía que necesitara expresar cada experiencia en un alocado torbellino de palabras. Me hablaba mucho de cine, le encantaba hasta tal punto que de los periódicos solo le interesaban la cartelera y las críticas. Recuerdo que en abril de 1954, el día 17 fue a ver la película recién estrenada en España *De aquí a la eternidad* al cine Florida.

—¿Esa película no es para mayores? —le pregunté.

—Sí —contestó riendo casi a carcajadas.

—¡Pues que sepas que eso me parece muy mal! —dije intentando ponerme seria mientras ella mantenía una mueca de pilla burlona—. ¿Cómo te han dejado colarte?

—Entramos por otra puerta con don Antonio.

—¿El doctor Cornet os ha llevado a Marisa y a ti a ver una película de mayores?

—Sí, y como conocía al portero nos ha pasado por otra puerta sin que nadie lo viera.

—¿Y doña Isabel lo sabía?

—Sí, ella no quería y se enfadó, pero como le habíamos rogado a don Antonio que nos llevara, pues acabó aceptando y luego doña Isabel se pasó tres días muy seria.

En otras ocasiones, plena de inocencia, me comentaba cómo le habían crecido los pechos, y es que se había hecho mujer en un santiamén. No se parecía físicamente ni a su madre

ni a su hermana, había sacado la cara de su padre, su color de pelo y su fortaleza física en cuerpo ondulado y femenino de mujer.

En la festividad de Reyes visitaron el sanatorio doña Isabel, como miembro destacado de la Junta de Damas, y también el arzobispo. Juan recibió una bolsa con regalos: una camisa, dos tabletas de turrón, una pastilla de jabón oloroso y un rosario.

Durante una de las últimas visitas que Esperanza hizo a su padre recuerdo que estuvo muy callada, seria y con la mirada como perdida. Nunca la había visto así y pensé que sería cosa de amores adolescentes.

Volvieron las fiestas de Santa Ana con sus festejos, pero Esperanza no era la misma chiquilla alegre y confiada que disfrutaba y reía hacía justamente un año, además Juan no mejoraba, no reaccionaba a la estreptomocina y hubo que someterlo a una cirugía mediante exéresis pulmonar. Me preocupaba mucho y rezaba por él a cada instante.

Una mañana del mes de agosto de 1954 Juan murió ahogado en su propia sangre, entre mis brazos impotentes y en compañía de los médicos que intentaban salvarle la vida. Aun acostumbrada a ver morir a muchos pacientes, aquello me produjo un intensísimo dolor. Me llenaba el alma de tristeza el pensar que nunca pudo volver a su hogar a convivir con su mujer y sus hijas por culpa de maldito bacilo de Koch. Me dolía aquella familia tan olvidada por la suerte, pero me aliviaba

creer que los caminos del Señor son inescrutables y que si lo había llamado a su lado era para que gozara de un merecido consuelo eterno.

Vi salir el furgón fúnebre y el coche detrás en el que viajaban Nieves y sus dos hijas. Muy abrazadas las tres, sus rostros reflejaban la incredulidad, el dolor, el miedo y la incertidumbre por aquel futuro incierto que se había abierto de golpe ante ellas.

Juan fue una víctima de su tiempo. De un tiempo en el que la humanidad enfermó arrancándose de raíz el más mínimo rastro de piedad. Un día de febrero llegó a este sanatorio, pero vino para viajar directamente de aquí a la eternidad.



3

## ENTRE DOS PASIONES

El 22 de enero de 1961 era domingo. Aquella mañana Esperanza y su amiga Marisa habían salido como muchos festivos para pasear e ir al cine, pero aquel día no lo iban a hacer solas porque esperaban la llegada a Sevilla procedente de Madrid de un joven fotógrafo y periodista de veinticinco años.

Entre los hermosos arabescos de la estación de Córdoba se mezclaban el olor metálico a trenes y a vías con el aromático que la cafetería premiaba a viandantes y pasajeros. Chirridos casi como silbidos, murmullos de conversaciones, pasar de hojas de periódicos y resonar de tacones sobre el andén. Ambas muchachas cogidas del brazo miraban hacia donde se perdían las vías esperando la llegada del tren que desde Madrid traía a aquel joven entonces casi desconocido para ellas.

—Niña, ¿de quién dices que es hijo? —preguntó Esperanza.

—De un médico muy amigo de mi padre. Estudiaron juntos la carrera de medicina aquí, pero cuando terminaron, este hombre se fue a ejercer a Madrid. De esto hará ya treinta años —respondió Marisa mientras se colocaba el rubio y perfumado cabello que había lavado aquella misma mañana

con una bolsita de champú de huevo, con los dedos índice y corazón detrás de las pequeñas orejas.

—¿Y han seguido manteniendo el contacto?

—Sí, se siguen escribiendo, nunca han dejado de hacerlo, varias cartas cada año van y vienen, y en Navidad nunca han faltado las felicitaciones. Además, ellos han venido a Sevilla varias veces y nosotros hemos estado en Madrid.

—¡Qué me gustaría a mí ir a Madrid! Bueno, o a cualquier sitio, que lo más lejos que he llegado es a Lebrija. Niña, ¿y el muchacho este es guapo?

—Hace ya varios años que no lo veo, pero yo lo recuerdo muy normalito, de altura mediana, ni guapo ni feo.

—¡Pues te has puesto muy bonita hoy!

—¡Arregladita de domingo, hija! Aunque a mis padres les encantaría que nos hiciéramos novios. Tú también estás muy guapa Esperanza.

—Me está muy bien el abrigo, ¿verdad? Te agradezco mucho que me lo dieras cuando te compraste el azul.

—¡Que sí pesada, que ya me has dado muchas veces las gracias!

—¿Y a qué dices que viene?

—Ya te he dicho que es periodista y fotógrafo, trabaja en el ABC, y viene para cubrir el juicio por el robo de las joyas de la Virgen de los Reyes, y a quedarse unas semanas con nosotros para visitar a mis padres y conocer bien Sevilla —

respondió Marisa en un tono que dejaba entender cierta impaciencia.

—¡Hija! ¡Que tú sabes que yo no me entero bien de las cosas!

—No pasa nada, ¡mira, ya viene el tren!

Personas con cara de sueño bajaban al andén, oteaban buscando a familiares y se abrazaban con ellos. De entre el humo propio del tren emergió Amancio. Bien vestido, con abrigo marrón y pantalón gris marengo, el joven se acercó, maleta en mano y sonrisa discreta, a Marisa que le dio dos besos en las mejillas con una leve mueca que parecía querer ser también sonrisa.

—Mira Amancio, te presento a Esperanza. Es la muchacha que tenemos contratada en casa, y además es amiga mía.

—¡Encantada!

Esperanza, brillo en los ojos y sonrisa sincera y real, besó a Amancio acercando sus pechos al cuerpo del hombre más de lo que le hubiera gustado a Marisa, que le hizo un gesto. Esperanza le respondió en voz baja al oído:

—¡Hija! ¡Que tú sabes que yo soy así de despistada siempre, que no me doy cuenta!, ¡y con estas tetas que tengo!

—¡Que sí tonta! —respondió también al oído Marisa.

—Bueno, vamos a coger un taxi, que me estarán esperando tus padres —manifestó Amancio con una expresión facial mezcla de cansancio, alegría e ilusión.

El taxi recorrió un breve trayecto hasta llegar al barrio del Arenal, donde sentados en el salón de su amplia casa de tres plantas, don Antonio y doña Isabel aguardaban al joven. Besos y abrazos, tiempo para acomodarse en la habitación que Esperanza había preparado el día anterior, almuerzo en el comedor servido también por la muchacha, sobremesa de dulces y copa de coñac con charla al amor de la chimenea.

Por la tarde, los tres jóvenes dieron un paseo por el centro de la ciudad. Se dirigieron a la cafetería Riviera, la más moderna de Sevilla, que su dueño, el gran hostelero Pedro Torres, había instalado en La Campana. Acristalada como las cafeterías de Madrid, los sevillanos, acostumbrados a los visillos de casino, no acababan de ver con buenos ojos que desde fuera se viera beber a los clientes. Al entrar contemplaron, boquiabiertas las chicas, cómo al pie de la barra una cinta deslizante hacía desaparecer los papeles y colillas que tiraban los clientes. Detrás de la barra, camareras uniformadas servían cafés vespertinos y humeantes entre paredes pintadas por Maireles.

Los jóvenes querían tomar café, pero quisieron visitar las tres plantas de aquel cuidado local que no parecía propio de aquella Sevilla que conocían las muchachas. En la primera planta restaurante para ochenta personas donde se servía vichyssoise, canelones, espaguetis, langosta termidor, foie, salsa cumberlan, cocina internacional y, cómo no, gazpacho y *pescaíto* frito. Con su cocina abierta que permitía ver cómo se

preparaba la comida delante del cliente, el local retaba las apulgaradas y provincianas mentes hispalenses.

En la segunda planta, visitaron los salones reservados para banquetes antes de bajar de nuevo a la cafetería en la planta baja.

Sentados para degustar su café, Marisa y Esperanza no hacían más que referir su entusiasmo por aquel local que no conocían.

—Yo había oído hablar del Riviera en Madrid y he leído críticas muy buenas, por eso os he querido traer. Dicen que por primera vez se hace gastronomía de verdad en Sevilla, que ha enseñado a la gente a comer y que este señor Torres cuida mucho la calidad y la presentación de los platos, que son espectaculares. Se dice además que ha traído a un chef húngaro y que ha tenido a unos pasteleros catalanes seis meses en Italia aprendiendo cómo se hacen los helados italianos. Aquí ponen uno con forma de plátano que la gente se vuelve loca con él — explicó Amancio.

—¡Pues vamos a probarlo, y luego al cine! —exclamó con entusiasmo Esperanza.

—Amancio, como tú eres el invitado, tú eliges la película, menos las que hayamos visto nosotras. ¿Vale? — propuso Marisa disponiéndose a leer.

—Gracias por dejarme elegir. Si yo elijo, yo invito.

—¡Qué bien! —exclamó Esperanza.

—Eso ya veremos. Bueno comienzo a leer: salas de estreno, en el Álvarez Quintero *Los dientes del Diablo*, con Anthony Quinn.

—¡Esa no! —dijo Esperanza con ojos redondos de miedo clavados en el periódico y ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Amancio.

—Es que Esperanza está convencida de que los títulos de las películas que ve se reproducen en acontecimientos de su vida. Le da miedo ir a ver una película que se llame *Los dientes del diablo*, no vaya a ser que el demonio le dé un buen mordisco —respondió burlona Marisa.

—¡No te burles! A mí me parece que lo que dicen los títulos de las películas que veo me pasa luego a mí. No sé, será que estoy loca.

Amancio miró a Esperanza con una sonrisa que expresaba una gran ternura.

—Sigo leyendo —prosiguió Marisa—. En el Cervantes ponen *Entre dos pasiones*, con Robert Mitchum. En el Coliseo *Escala prohibida* con Orson Welles. En el Imperial *Ben Hur*, con Charltons Heston. En Los Remedios *La ciudad frente a mí*, con Paul Newman. Esa no que ya la vimos el domingo pasado y además en ese cine. En el Palacio Central *Un trono para Cristi*, con Zully Moreno. En el San Fernando *Un grito en la niebla*, con Doris Day.

»Otros cines: En el Alcázar *Labios sellados*, con Richard Wildmark. En el Avenida *El bandido generoso*, con Manolo

Morán. El cine Bosque no que ya la hemos visto, *Delicias No soy para ti*. Emperador, *Guerra y paz*, con Audrey Hepburn y Henry Fonda. En el Esperanza...

—Sí, Amancio, es que me gusta tanto el cine que aquí hay uno que se llama como yo en mi honor —bromeó Esperanza mientras reía a carcajadas.

—Sigo: en el Esperanza *De entre los muertos*, de Alfred Hitchcock, con James Stewart y Kim Novak. En el Felipe II no. En el Heliópolis *Luces de candilejas*, con Marilyn Monroe. En el Juan de la Cueva no. En el Nervión, *Chicago años treinta*, con Robert Taylor. El Regina no, el Rialto no, el San Vicente no, en el Trajano *Un rayo de Luz*, con Marisol. El Triana Cinema no, y en el Victoria *Amor bajo cero*, con Toni Leblanc y Conchita Velasco. Muy bien Amancio, tú eliges.

—Bueno, pues teniendo en cuenta lo que Esperanza piensa sobre los títulos de las películas, no voy a elegir *Los dientes del diablo* ni *De entre los muertos*.

—¡No por Dios! —exclamó Esperanza.

—Tampoco *Labios sellados*, pues no te imagino callada —rieron los tres—. ¡Ah!, y tampoco quiero elegir *No soy para ti* —dijo Amancio mirando a los ojos a Esperanza con mueca de complicidad—. Así que si os parece bien me gustaría elegir un título bonito y agradable, quiero ver a Robert Mitchum en *Entre dos pasiones*.

—De acuerdo, pues entonces nos vamos dando un paseíto a la calle Amor de Dios —dijo Marisa con semblante un poco serio.

Tras ver la película, los tres jóvenes volvieron a la casa de don Antonio y doña Isabel para tomar la cena. Amancio estaba muy cansado y tenía que acostarse pronto, pues al día siguiente comenzaba la vista por el caso del robo de las joyas de la Virgen de los Reyes.

El lunes por la noche, durante la cena, Amancio comentó con don Antonio, doña Isabel y Marisa lo ocurrido en la vista del primer día del juicio y, sobre todo, la gran expectación que había levantado en el pueblo sevillano. Charlaron, comentaron los pormenores y dieron sus opiniones. Tras la cena, una vez que Esperanza lo había recogido todo, los tres jóvenes se encontraban sentados frente a la chimenea.

—Niña, ¿tú sabías eso de las joyas? —preguntó Esperanza con asombro.

—Sí mujer, de hecho, acompañé a mi madre a todos los actos de desagravio a la Virgen de los Reyes que se organizaron. Debes de ser la única persona de Sevilla que no conoce esa historia.

—¡Hija! Es que yo era muy chica.

—Tenías doce o trece años, igual que yo —respondió Marisa.

—¡Pues yo no me enteré de nada!

—¿No conoces la historia? Pues yo te la voy a contar con todo lujo de detalles, así que ponte cómoda y agárrate porque no te vas a creer lo que ocurrió. Te gusta mucho el cine, pues de aquí saldría un guion propio del mismo Alfred Hitchcock — dijo Amancio entusiasmado mientras Marisa hacía una mueca de cansancio.

—Sí, venga, cuéntamelo —contestó Esperanza.

—De acuerdo. El robo ocurrió el domingo 15 de marzo de 1953. Al parecer el autor, Emilio García, escuchó misa en la Capilla Real que es donde se encuentra la Virgen de los Reyes. Al terminar la misa de once y media se escondió en la sacristía y esperó a que se cerrara la catedral. Una vez que supo que se había quedado solo fue a la sala de cabildos, que es donde se encuentra la vitrina que guarda y expone el tesoro de la Virgen.

—Y ese Emilio, ¿cómo sabía que se iba a cerrar la catedral, y por qué sabía dónde estaba ese tesoro? —preguntó Marisa.

—Lo sabía muy bien porque era muy amigo del sacristán, que por cierto también está imputado como colaborador. Forzó la cerradura de la caja de madera y rompió la urna con un candelabro. Una vez roto el cristal se llenó los bolsillos con las ochenta alhajas y esperó a que volviera a abrir el templo a las cuatro de la tarde. Una vez abierto, Emilio, escondiéndose, burló al sacristán y salió al exterior con todas las joyas.

—Yo creo que el sacristán debe de estar implicado —  
aseveró Marisa.

—Bueno, hoy Emilio ha declarado que el sacristán no  
sabía nada y que él actuó por su cuenta.

—¿Y Emilio qué edad tenía cuando cometió el robo? —  
preguntó Esperanza.

—Pues muy jovencito, diecisiete.

—¿Nada más? ¡Vaya! —exclamó en voz bastante alta  
Esperanza.

—Fue a su casa, escondió el tesoro y esperó hasta el mes  
de mayo. Contactó con el platero José Ruiz y le entregó diversas  
joyas para su arreglo. El platero sabía de su procedencia, pero  
quiso también ganar dinero con la operación y vendió alguna  
pieza por un valor muy por debajo del real, e incluso fundió  
algún anillo de oro para utilizar en sus propios trabajos. José  
Ruiz sabía que no podían seguir dando salida a las joyas en  
España, pues tarde o temprano serían detenidos, así que  
aconsejó a Emilio que saliera del país con las joyas y que fuera  
a París, donde residía un primo suyo.

»Prepararon la escapada con dinero que suministró el  
propio platero y con el ganado con la venta de algunas piezas.  
Algunas personas compraron sin saber de su procedencia.

»En junio, Emilio tomó un avión para llegar a Madrid.  
Las joyas las llevaba escondidas en un termo y en un pan  
ahuecado, y todo ello en un portafolios. En la capital se

hospedó en casa de unos amigos sudamericanos que conoció en la Feria de Abril, y siguió vendiendo joyas.

»El 11 de junio tomó un tren Talgo hacia Irún. En un momento del viaje, un brigada móvil le pidió la documentación, tras comprobarla se la devolvió sin más y la casualidad quiso que se sentara a su lado. Emilio se puso nervioso, fue al servicio y tiró por el retrete las joyas que llevaba en el termo.

—¿Por el retrete?! —exclamaron ambas muchachas a la vez.

—Sí, y las joyas quedaron esparcidas cerca del túnel de Ezquerococha en la provincia de Álava. Él se quedó solo con las que llevaba en el pan.

»Al intentar pasar la frontera tuvo un problema con el pasaporte, que no cumplía con los requisitos legales. Fue retenido, y al intentar eludir el control detenido por las autoridades españolas. En el calabozo, antes de ser registrado, entró en el servicio y escondió las joyas que le quedaban en los calzoncillos en la zona de la entrepierna. Cuando los gendarmes lo registraron lo hicieron superficialmente y no notaron nada raro. Emilio esperó unos días para arreglar lo que le faltaba del pasaporte y, por fin, el día 22 de junio pudo pasar la frontera.

—¡Qué aventura! —exclamó Esperanza.

—Ya te lo he dicho, digno de un guion de cine. Pero espérate que esto sigue. Una vez en París, Emilio fue a visitar a

un amigo personal que era primo del platero: Alberto Domínguez, que trabajaba en una tintorería. Le dijo que estaba en la ciudad de turismo. Alberto comenzó a sospechar de Emilio porque para estar de turismo no tenía dinero ninguno y además no aportaba nada ni para su alojamiento ni para la comida. Emilio cometió la torpeza de regalarle a la Señora Aranovici, una polaca que era la dueña de la tintorería, una sortija de la Virgen. La dueña de la tintorería y Alberto no pararon de saetear a Emilio con preguntas hasta que acabó confesando lo que había hecho y entregándoles las pocas joyas que le quedaban guardadas en un pañuelo.

»En su estancia en París, Emilio conoció a un inglés: Kennetk George Brayley, con el que hizo amistad y con el que quedó para que lo esperara en Inglaterra. Mientras preparaba su salida de Francia, Alberto y la señora Aranovici denunciaron a Emilio a la policía y devolvieron las alhajas a las autoridades del país. Emilio fue detenido e ingresado en prisión un mes después de su llegada a París.

—¿Y qué pasó con el resto de las joyas? —preguntó Esperanza.

—Es que la historia no acaba aquí tampoco. Un guardavía nocturno de Renfe, Máximo Gómez, encontró las joyas que habían sido tiradas al retrete cerca del túnel de Ezquerecocha en Álava. Diseminadas por el campo, tardó varios días en encontrarlas todas.

»Máximo escondió las joyas, pero antes había vendido algunas y regalado otras a familiares y amigos, y claro, uno de ellos se dio cuenta de que aquello no podía ser legal, pues olía demasiado a prácticas poco recomendables. Ese amigo le aconsejó que entregara las joyas a la policía cuanto antes mejor para no empeorar la situación. El guardavía le hizo caso a su amigo. Entregó las joyas a la policía, pero no mencionó las que había regalado o vendido, además se guardó para sí un buen número de alhajas.

»Una semana después, Máximo visitó en Irún al joyero Antonio Quesada Uzcanga para ofrecerle las joyas que aún conservaba. El joyero sabía muy bien el alto valor de las piezas que se ofrecían y aceptó comprarlas: una de platino y oro con brillantes, otras tres sortijas de oro, un solitario de caballero, dos aretas de oro y dos broches. Pagó por todo setecientas setenta y cinco pesetas.

—Eso es mucho dinero —comentó Esperanza.

—Pero muchísimo menos que su valor real —contestó Amancio con un gesto tierno y sonriente—. El joyero desmontó y transformó las alhajas.

»Pocos días después se dio a conocer en la prensa la detención de Emilio en Francia, así que el joyero se puso nervioso y fue a declarar a la policía, pero ocultó gran parte de lo que había comprado al guardavía y solo entregó algunas alhajas. La policía sospechó del joyero e intervino en el taller de

este parte de las joyas robadas que fueron valoradas en nueve mil cien pesetas, y eso solo las que quedaban en el taller.

—¡Vaya lío! —exclamó Marisa.

—¿Lío?, ¡que todavía queda más! —respondió Amancio volviendo a sonreír—. ¡Que ya te digo que es digno de un guion de cine!

»Máximo, el guardavía, también había vendido a un joyero de Salvatierra una montura de oro, un rosario, un broche de oro con perlas y turquesas, dos barritas con diamantes, un anillo de oro y unos pendientes de oro y platino con diamantes. Pagó por todo ochocientos ochenta y siete pesetas. Más tarde, los peritos tasaron solo los pendientes en diez mil pesetas.

—¡Pues vaya el negocio que quería hacer el joyero de Salvatierra! —volvió a exclamar Marisa.

—No, eso es en lo que tasaron los expertos los pendientes. Él los vendió por mil cien pesetas a una corredora de alhajas llamada Filomena Mendoza, que a su vez los revendió en mil setecientas pesetas.

—¡Qué lío! —Exclamó Esperanza.

—Filomena se arrepintió de haber vendido los pendientes por tan bajo precio e intentó convencer a la persona a la que se los había vendido: José Sciortino, para que se los devolviera. José se los volvió a vender por dos mil pesetas.

»En fin, que uno tras otro fueron siendo detenidos y hoy, ocho años después, ha comenzado el juicio, y que aquí estoy yo para contarle en la prensa, y que mañana prosigue, y

que me tengo que levantar temprano, y que con el permiso de tan bellas señoritas me voy a acostar.

Se ahogó el fuego que ardía en la chimenea, se apagaron las luces y los jóvenes se retiraron a sus dormitorios.

Una vez en su habitación cerrada con llave, Esperanza cogió el periódico del día abierto por la cartelera de cine y lo puso sobre el escritorio. De una cajita fuerte pequeña que guardaba en un cajón del escritorio sacó una cuchilla muy afilada que puso sobre el periódico. De un rincón escondido y secreto del armario extrajo una botella de brandy Fundador y llenó medio vaso que reposaba en un pequeño lavabo con el licor ámbar y aromático. Sentada frente al periódico, vaso de licor compañero, Esperanza se miraba las caras internas de sus antebrazos surcadas con las cicatrices de mil cortes en los que se podía adivinar su antigüedad según el estado de cicatrización en el que se encontraban.

Trago largo de brandy, la cuchilla abrió la piel y la sangre comenzó a gotear sobre el diario. Intenso dolor, gran alivio, porque sentía que era preferible el sufrimiento físico al emocional. En aquel momento adictivo se sentía aislada del mundo, y con cada gota de sangre que corría por su piel se alejaban los problemas y llegaba el descanso, se olvidaba la tristeza y se abrazaba la intensa relajación. Se iba la vergüenza, el no sentirse comprendida, la soledad, el no importarle a nadie, y se adueñaban de ella la felicidad y la calma. Expresaba de aquella manera lo que ni podía ni sabía con las palabras. En

aquel instante controlaba sus sentimientos, se liberaba del daño psicológico y emocional, sentía dolor, pero al menos sentía. ¡Qué ironía eso de sentirse más viva con el dolor! Con el autocastigo aliviaba el enorme sentimiento de culpa, descargaba su rabia, tristeza, frustración, su vergüenza, vergüenza, vergüenza, y se adentraba en un estado de serena tranquilidad. Cuatro profundos cortes en ambos antebrazos y dos vasos de brandy después, Esperanza se acostó con el deseo de no sufrir pesadillas aquella noche.

El sábado 28 de enero, Amancio quiso invitar a almorzar a las dos muchachas, y quiso hacerlo en un establecimiento del que había oído hablar muy bien: Baturones en la Ronda de Capuchinos. Se trataba de un gran caserón, al entrar los tres jóvenes pudieron contemplar la larga barra con sus tiradores de cerveza La Cruz del Campo, y los grandes espejos que colgaban detrás de aquella barra en la pared. Mesas con tapas de mármol que pesaban un mundo, sillas de hierro forjado. A la izquierda se encontraba un quiosquillo donde una señora con hábito del Carmen y delantal blanco vendía cartuchos de patatas fritas y picos de aceite de tres ochos. Al fondo un amplio patio con suelo de albero.

Se sentaron en una de las mesas de mármol. Amancio pidió un sevillano de cerveza, Esperanza un tanque y Marisa una gaseosa Bética. En el quiosquillo, Amancio compró un cartucho de patatas y picos largos de tres ochos, y al camarero le pidió un papelón de *pescaíto* frito, un plato de pimientos

fritos y una ración de langostinos. Mientras, el olor de los pollos asados y de la cerveza se apoderaba del ambiente y de cada olfato de los parroquianos.

—¡Qué curioso, gaseosa Bética, con su etiqueta de rayas verdes y blancas! ¿Del Sevilla no las hay? —preguntó Amancio.

—Sí, mira, aquel señor se está tomando una, aquella botella con etiqueta a rayas rojas y blancas —contestó Esperanza.

—Y tú te la has pedido de la Bética porque simpatizas con el Betis —dedujo Amancio mientras degustaba su sevillano de cerveza acompañado de cacahuetes tostados.

—¡Pues claro! —exclamó Marisa—. De beber también me suelo pedir Mirinda.

—¿Tú también simpatizas con el Betis Esperanza?

—No, a mí me gusta más el Sevilla, pero simpatizo aún más con La Cruz del Campo. —Los tres jóvenes rieron con la ocurrencia.

—Yo pienso que hoy debéis elegir vosotras la película de esta tarde.

—A mí me da igual, que la elija Esperanza —respondió Marisa mientras pelaba un langostino.

—Pues entonces a mí me gustaría ver *Un rayo de luz*, que actúa Marisol, la ponen en el cine Trajano —propuso Esperanza mientras le pedía a Amancio que le pidiera otro tanque de cerveza.

—¡Hija, no te parece un poco infantil y cursi! —exclamó Marisa mientras le daba un sorbo rápido y leve a su vaso de gaseosa que permanecía casi lleno.

—Es que yo creo que el título es muy bonito y que solo me puede traer cosas buenas —respondió Esperanza antes de dar un buen trago a su tanque de cerveza fresco y recién servido.

—¡Qué obsesión has cogido con eso, hija! —volvió a exclamar Marisa.

En aquel momento varios camareros levantaron la tapa del mostrador dejando ver las tuberías por donde corría la rica cerveza, introdujeron enormes barras de hielo que fueron picando, con cuidado, con grandes picahielos. Al acabar volvieron a cerrar la tapa del mostrador.

Cuando salieron de Baturones, a Esperanza se le trababa un poco la lengua, pues había tomado tres tanques, Amancio reía encantado con las ocurrencias de la chica y Marisa mantenía su eterna seriedad de mirada por encima del hombro.

En el cine Trajano, mientras disfrutaban de la graciosa Marisol y su rayo de luz, Amancio, sentado entre las dos muchachas y protegido con la oscuridad de la sala, cogió la mano de Esperanza que quedó rígida y fría mirando una pantalla que en aquel momento no veía. El joven sostuvo y acarició la mano todo el tiempo que duró la película. Marisa no se percató de nada. La expresión de Esperanza recordaba a las

barras de hielo que habían visto introducir en las entrañas del mostrador de Baturones.

Quiso la suerte que por la noche, en la plática diaria junto a la chimenea, Amancio y Esperanza quedaran solos. El joven, jugándose una inmediata expulsión de la casa si era sorprendido, tomó de la cintura a Esperanza y la besó en la boca. La muchacha, brazos caídos en paralelo apuntando al suelo, mantenía una rigidez de cristal que podía quebrarse en cualquier momento. Amancio preguntó al oído:

—¿Qué te pasa, es que no te gusto?

—Sí, sí me gustas, me gustas muchísimo, ¡pero es que esto me coge tan de sorpresa! —respondió Esperanza tras unos segundos que parecieron siglos en los que tardó en reaccionar.

—Si no quieres que te siga cortejando me lo dices, yo no quiero molestarte, pero es que estoy loco por ti, es que en solo una semana me he enamorado como un niño de catorce años.

—No quiero que lo dejes, quiero que sigas, aunque yo te pueda parecer fría, pero no es por ti.

En aquel momento se oyeron los pasos de Marisa y de doña Isabel que se reincorporaban a la tertulia. Amancio soltó a la muchacha y se sentaron antes de que las dos mujeres entraran en la sala. Durante la conversación posterior, Amancio intentó disimular lo acelerado de su corazón y Esperanza no dijo ni una sola palabra. Aquella noche, en su habitación, no se cortó con la cuchilla y solo bebió una copa de brandy.

Al día siguiente, domingo, tras almorzar en la casa, volvieron a ir al cine. En aquella ocasión le tocaba elegir a Marisa y escogió una película que proyectaban en el Coliseo: *Los que no perdonan*, dirigida por Jhon Huston e interpretada por Burt Lancaster y Audrey Hepburn.

El lunes 30 de enero, la Audiencia Territorial de Sevilla dictaba sentencia sobre el robo de las joyas de la Virgen de los Reyes. Amancio, después de cenar, la leyó al doctor Cornet, a doña Isabel, a Marisa y a Esperanza.

—Bueno, vamos allá: Domingo Padilla, sacristán de la Catedral, queda absuelto.

—¡Qué alegría, porque ese hombre no tuvo nada que ver con el robo! —exclamó doña Isabel.

—A ti todo lo que tiene que ver con la Iglesia te parece inmaculado —respondió el doctor Cornet.

—Bueno, prosigo. Emilio García Gómez. Condenado como autor de un delito de robo, con una circunstancia de atenuación, a seis años de presidio menor. Ha sido considerado una atenuante que los hechos los cometiera siendo menor de edad al contar con diecisiete años. A la condena se le ha añadido la suspensión de sus cargos públicos, profesión u oficio, así como el derecho de sufragio durante su estancia en prisión. También se le requiere pagar cien mil pesetas a la Capilla Real de la Catedral de Sevilla, doscientas cincuenta a María Cansino García y mil cuatrocientas pesetas a Macario del Santo Alcalde.

—Pues ese Emilio tendría que pudrirse en la cárcel, lo que pasa es que la justicia en España es así de suavita —dijo Marisa.

—José Ruiz Domínguez, el platero que ayudó a escapar a Emilio, además de comprarle joyas. Ha sido condenado como autor de un delito de encubrimiento a dos años de presidio menor y multa conjunta de cinco mil pesetas. A la condena se le añade la suspensión de sus cargos públicos, profesión u oficio, así como el derecho de sufragio durante su estancia en prisión. También ha sido condenado a indemnizar a María Liñán con siete mil pesetas. Su defensa había solicitado la absolución al no encontrar hecho delictivo alguno.

»Máximo Gómez Fontanal, guardavías de Renfe. Ha sido condenado como autor de un delito de hurto a seis años y un día de presidio mayor. También se procede a la inhabilitación en su oficio durante el tiempo que durara la condena. La sentencia también le obliga a indemnizar a José Sciortino Crisi con siete mil pesetas. Su defensa había negado en el juicio todos los hechos que se le imputaban, por lo que solicitó su absolución.

»Enrique Antonio Quesada Uzcanga, el joyero de Irún que negoció con las joyas que le vendió el guardavía. Ha sido condenado como autor de un delito de receptación a la pena de seis años y un día de presidio mayor y veinticinco mil pesetas de multa. También se procede a la inhabilitación en su oficio

durante el tiempo que durara la condena. Durante el juicio, su defensa negaba la participación de este en los hechos.

—Menos el sacristán están cayendo todos —dijo con tono burlón el doctor.

—Por algo será —contestó con cara de desprecio doña Isabel.

—Máximo Preciados Míguez de Nanclares, el que le compró las joyas al guardavía y las vendió a Filomena, la corredora de alhajas. Ha sido condenado como autor de un delito de encubrimiento a la pena de dos años, cuatro meses y un día de presidio menor y cinco mil pesetas de multa. A la condena se le añade la suspensión de sus cargos públicos, profesión u oficio, así como el derecho de sufragio durante su estancia en prisión. También se le condena a indemnizar a José Sciortino Crisi con siete mil pesetas. Su defensa alegó que los hechos que se le imputaban no estaban probados, por lo que le solicitaba la absolución.

»Filomena Mendoza Pereda. Corredora de joyas vitoriana. Ha sido condenada como autora de un delito de encubrimiento a la pena de seis meses y un día de prisión menor, y una multa de cinco mil pesetas. A la condena se le añade la suspensión de sus cargos públicos, profesión u oficio, así como el derecho de sufragio durante su estancia en prisión. A todo ello, se le une la condena a indemnizar a José Sciortino Crisi con siete mil pesetas. Su defensa alegó que el sumario del

juicio no demostraba culpabilidad alguna de la procesada y solicitaba su absolución. Y esto es todo. ¿Qué tal?

Tras la lectura de la sentencia se argumentó de una manera vehemente sobre la justicia, sobre si era adecuada o no dicha sentencia y se volvieron a recordar los hechos, los actos y misas en desagravio a la patrona y la imposición de la medalla de la ciudad a la Virgen en 1958, en cuyos actos estuvieron muy presentes doña Isabel y Marisa. Se debatió con vivacidad, igual que se hizo en toda Sevilla y en toda España.

Amancio y Esperanza se besaban en secreto cada vez que tenían oportunidad, aunque la muchacha seguía manteniendo los brazos caídos y solo se dejaba acariciar la cara, la cintura y los brazos. Cada vez que Amancio, lentamente, acercaba su mano hacia algún lugar delicado, la muchacha la apartaba con brusquedad, no sin decirle dulcemente al oído:

—No te enfades, es que todavía no puedo. —El hombre sonreía, la comprendía y más se enamoraba de ella.

El sábado 4 de febrero, Amancio tomó un tren con destino a Madrid y se reincorporó a su trabajo. No lo hubiera imaginado antes de llegar a Sevilla, pero se había enamorado de Esperanza con una atracción tan fuerte que en su mente no cabía más pensamiento que el delicioso recuerdo de aquella preciosa, graciosa, humilde e inocente muchacha. Camino de Madrid, su vida cantaba con colores que nunca había sentido, y en su olfato y sus camisas viajaba el recuerdo del perfume de Esperanza.



4

UN RAYO DE LUZ

*Madrid, martes 7 de febrero de 1961.*

*Hola, Esperanza:*

*Espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.*

*Quiero decirte por escrito lo que en Sevilla te susurré al oído: que estoy enamorado de ti casi desde el primer momento que te vi con tu lindo abrigo marrón prestado, de tu preciosa cara y de tu cuerpo tan bonito y femenino. De tu pelo largo, moreno y lacio, de tus ojos castaños, de tu risa, de tus ocurrencias, de tu alegría, de tu inocencia, de esa lengua que se te traba con la cerveza, del cariño con que hablas de tu madre y tu hermana.*

*Quiero que sepas que no he dejado de pensar en ti ni un solo momento desde que os dije adiós en la estación, y que siempre he querido respetarte en todo. Yo sé, aunque tú no me lo has dicho, que quieres llegar virgen al matrimonio y esa virtud hace que me enamore más de ti. Si pensabas que*

me podía molestar tu aparente frialdad debes desechar ese pensamiento, pues para mí es clara muestra de la condición que deseo en mi compañera.

He pasado unos días maravillosos junto a ti, y ahora sé con absoluta claridad y convencimiento que me gustaría que fueras la mujer de mi vida, y por eso quiero preguntarte si aceptarías ser mi novia con la idea de casarnos en un espacio de tiempo no superior a dos años.

No sé, en caso de que aceptaras casarte conmigo, si querrías venir a vivir a Madrid, ya que sé que no quieres separarte de tu familia, pero a mí no me importaría que viviéramos en Sevilla, ciudad que me encanta, porque yo podría pedir traslado a ABC de Sevilla.

Tú sabes que mi posición económica es muy buena y no te faltaría de nada. Podríamos comprar un piso amplio en una buena zona, y tu hermana y tu madre podrían vivir con nosotros.

Estoy deseando verte, voy a intentar ir a Sevilla en Semana Santa, pero si no me fuera

posible seguro que las vacaciones de verano sí las pasaremos juntos.

Sin otro particular y esperando con impaciencia y anhelo tu respuesta, se despide este que te adora y te ama:

Amancio Andrade de la Hoz.

Sevilla, lunes 27 de febrero de 1961

*Querido Amancio:*

*Espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.*

*Amancio, tu carta me ha llenado de alegría y de ilusión porque tú sabes que yo también te quiero y que nada me haría más feliz que ser tu novia. La respuesta bien alta y bien clara es que sí quiero ser tu futura esposa.*

*¡Si te pudieras imaginar lo que he sentido al leer tus palabras! Ahora parece que mi vida se ha llenado de color y de ilusión por el futuro. Cuando se lo he dicho a mi madre y a mi hermana, ellas también han saltado de alegría porque ven el brillo de mis ojos más vivo que nunca. Mi madre dice que ese brillo yo lo había perdido hacía años, pero es muy exagerada. Dice también que ahora vuelvo a ser yo misma, que he vuelto a cantar coplas y a reírme de todo. Me imagino que se refiere a que vuelvo a ser un poco cabra loca como cuando era pequeña.*

*Quiero decirte que para mí lo importante es casarme y vivir contigo, dónde es algo que me da igual porque iría donde tú me dijeras. Si es Madrid, pues Madrid, y si es Sevilla o el Congo Belga me da igual.*

*No le he dicho nada todavía a Marisa, me da un poco de vergüenza porque, aunque ella no me haya dicho nada y*

se haya mostrado un poco distante, yo sé que siente algo por ti. La conozco bien, es casi mi hermana, y sé que no le va a hacer ninguna gracia el que te hayas enamorado de mí. Al fin y al cabo yo solo soy la criada que trabaja en su casa y ella una señorita de la alta sociedad sevillana. Tampoco sé cómo se lo va a tomar doña Isabel. Me va a costar mucho decírselo, por eso te pediría, si no te importa, que se lo comunicaras tú.

Plena de alegría, cada día que pase sin verte se me hará interminable deseando a cada minuto volver a estar junto a ti. He vuelto a nacer a la vida y a la ilusión.

Quiero pedirte excusas si me he mostrado fría mientras me besabas, porque ese hielo ha podido estar en mis manos y mi semblante, pero nunca en mi corazón. Me han confortado tus palabras en las que me has dicho que no te ha importado esa frialdad y que lo tomas como muestra de virtud.

Sin otro particular y contando cada día que falta para volverte a ver, se despide esta que te ama:

Esperanza Martínez Palma.

Manuel Bobis Reinoso

Madrid, viernes 17 de marzo de 1961.

Estimada Marisa:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

En primer lugar, quisiera reiterar lo que ya os dije personalmente a ti y a tus padres: daros las gracias por el cariño y la entrega con que me habéis acogido durante mi estancia en vuestra hermosa ciudad de Sevilla. Me he sentido cómodo y agasajado por vuestro buen trato, además lo he pasado muy bien saliendo contigo y con Esperanza.

Me imagino que ya te habrías dado cuenta de lo que te voy a comentar a continuación: durante mi estancia en tu querida casa me he sentido atraído por Esperanza. Ha sido un sentimiento que ha surgido sin yo buscarlo, de una manera natural, y por supuesto no ha sido fruto de insinuaciones por parte de Esperanza que en todo momento ha mantenido una actitud respetuosa hacia mí, hacia tu persona y hacia tu familia. También quiero asegurarte que en ningún

momento he estado a solas con ella, ni en su habitación ni en la mía, y que nuestro comportamiento ha sido en todo momento recto, respetuoso, pudoroso y cristiano.

Quiero comunicarte que le he pedido a Esperanza que sea mi novia con la intención de casarnos en breve, y que ella me ha contestado afirmativamente. Sé que esta noticia te colmará de alegría a ti y también a tus padres, ya que habéis acogido a Esperanza en vuestro hogar como un miembro más.

Te pediría por favor que no te enfadaras con Esperanza porque no te lo haya comunicado ella de palabra, pero es que le da vergüenza porque piensa que vais a pensar que ella se ha insinuado, hecho que, como te he comentado en líneas anteriores, no ha ocurrido en ningún momento.

Sin otro particular se despide este que os quiere:

Amancio Andrade de la Hoz.

Manuel Bobis Reinoso

Sevilla, sábado 8 de abril de 1961

Estimado Amancio:

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Como bien me decías en tu carta de 17 de marzo, la noticia de tu futuro enlace con Esperanza nos ha llenado de alegría tanto a mí como a mis queridos padres. Estamos seguros de que vais a ser muy felices y os deseamos todo tipo de parabienes.

Efectivamente, para nosotros Esperanza es un miembro más de la familia que se lo merece todo, y además estamos seguros de que vuestra diferencia cultural y de estatus económico y social no va a representar ningún obstáculo en vuestro entendimiento ni en vuestra entrega amorosa.

Queremos muchísimo a Esperanza y como he dicho anteriormente se merece ser feliz, ya que ella no tiene la culpa de que su padre no fuera afecto a la causa de nuestro Generalísimo, ni a pesar de algunas conductas que tiene que podríamos denominar como un tanto raras. Es una chica maravillosa.

*Queremos darte las gracias por las explicaciones que nos das en tu carta, aunque no eran necesarias, ya que sabemos que nuestro comportamiento es siempre decente y cristiano.*

*Sin otro particular se despide esta que te estima:*

*María Isabel Cornet Aria.*



5

LOS QUE NO PERDONAN

—Pasa Esperanza, siéntate.

—¡Qué misteriosa y qué seria te pones Marisa! Me siento, pero todavía tengo que ir a la plaza y hacer la comida, que tu madre me riñe si no la tengo a tiempo hecha.

—Esperanza, esto que te voy a decir ha salido de mi madre, pero ella ha pensado que es mejor que te lo comunique yo.

—¿Qué?

—Tú sabes que desde que eras una niña te hemos acogido en esta casa como si fueras un miembro más de la familia, que se te ha pagado bien para que pudieras ayudar en tu casa, que yo he sido tu amiga sin importarme ni tu escasa cultura ni tu procedencia social, que tienes una habitación que es poco menos que un palacio, que se te ha alimentado bien y que se te ha tratado siempre con respeto.

—Sí, yo lo sé, pero, ¿por qué me dices eso?

—Sabes también que esta es una familia muy cristiana y muy piadosa, por eso no logramos entender ciertas prácticas que realizas cuando estás sola en la habitación.

—Yo no sé de qué me hablas.

—Ahora nos explicamos por qué has llevado siempre manga larga incluso en verano. ¿Quieres enseñarme los antebrazos por favor?

—Yo no entiendo nada de lo que me dices.

—Hemos encontrado en tu habitación cuchillas, sabemos que te cortas, pero lo peor es que escribes en una libreta con un plumín impregnado en tu propia sangre unas cosas muy raras y muy tristes sobre un diablo interior que te devora. Mira, esta es la libreta, que yo no sé cómo no me da asco de cogerla.

—¿Habéis registrado mi habitación?

—Sí, porque hace tiempo que sospechábamos que hacías cosas muy raras. Callas y me miras preocupada e incrédula, pero tú sabes que lo que estoy diciendo es cierto. ¿Quieres decirme qué es esto de escribir relatos con tu propia sangre? ¿Qué es esto de cortarte? ¡No me quieres enseñar los antebrazos! Yo sé que no me los vas a mostrar. ¿Un fantasma interior, un demonio que te devora por dentro, un deseo de escapar de todo? No entiendo que quieras escapar de la vida que te hemos dado y me da la impresión de que no tienes agradecimiento ninguno.

—Eso no es verdad, yo os agradezco todo lo que habéis hecho por mí y os quiero como si fuerais mi familia, y a ti te considero como mi hermana. No, me podrás llamar muchas cosas, pero desagradecida no.

—Pero es que hay más, también sospechábamos que bebías a solas, hemos encontrado en tu habitación una botella de brandy de Jerez.

—Le doy un sorbito muy pequeño cuando hace frío. Vosotros no me habéis visto nunca borracha. No podéis decir eso.

—Tú sabes que cuando bebes cerveza la lengua se te traba un poco.

—¡Hija! Porque en cuanto me tomo una cervecita no hablo muy bien. ¡Pero vamos! Que yo no hablo bien nunca. No soy como tú que tan bien te explicas.

—No se trata de explicar, se trata de pronunciar. Mi madre está muy asustada con todo esto, tú sabes que es muy temerosa de Dios y dice que estas prácticas le parecen cosas de adoración del diablo o algo así. Ya te digo, tiene mucho miedo y quiere que abandones la casa y dejes de trabajar con nosotros. ¡Con decirte que ya ha hablado con el sacerdote para que venga y rocíe bien la casa con agua bendita una vez que salgas! Lo sentimos mucho, pero tienes que irte.

—¿Cómo?

—No llores, ya lo has oído, te queremos muchísimo, pero esto es absolutamente intolerable.

—Pero es que en mi casa se vive de lo que yo gano, lo que mi madre y mi hermana ingresan por la costura no da para alimentar tres bocas. Además, yo siempre he cumplido con mi trabajo y nunca he recibido ninguna queja.

—Por eso no te debes de preocupar porque mi padre, nuevamente magnánimo contigo, ya te ha buscado un nuevo trabajo.

—¿Dónde?

—No lo sé muy bien, creo que de limpiadora en una empresa hostelera.

—¿Tú también quieres que me vaya?

—Sí, aunque me duele en el alma porque tú has sido la mejor amiga que he tenido en la vida, la mejor y prácticamente la única. Pero sabes que yo también soy piadosa y temerosa de Dios y no quiero estas cosas en casa.

—Esto es por lo de Amancio, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver Amancio con todo esto? ¡Sabía que me íbas a salir con esas!

—Te conozco muy bien, y por eso intuía que te habías sentido atraída por él.

—¿Yo? ¡En ningún momento! Esas cosas son invenciones de tu imaginación.

—Sí, lo sé muy bien, aunque tú nunca muestres tus sentimientos a nadie secuestrados bajo ese manto de corrección y timidez.

—Yo me he alegrado mucho de tu compromiso con Amancio, y mis padres también. No entiendo que puedas pensar lo contrario.

—Yo sé que eso en el fondo no es verdad. Cierto es que me habéis tratado muy bien, pero tú me has mirado siempre

por encima del hombro y te has mostrado superior a mí, algo que yo asumía con naturalidad, pues eres la hija de los dueños de esta casa rica y yo no soy más que una criada inculta y pobre cuya familia vive en una choza de Bellavista. Además, siempre tuviste envidia de mi físico cuando a los hombres se les iba la mirada detrás de mí, y también te desagrada que yo sea una persona más abierta y natural que tú, que te escondes detrás de ese caparazón de buenos pero aburridos modales.

—Efectivamente, eres una desagradecida, además me estás insultando al llamarme envidiosa. No puedo creer lo que me estás diciendo, con todo lo que hemos hecho por ti. Me estoy quedando de piedra, pero esto que está ocurriendo me da la certeza de que estamos obrando correctamente.

—Siempre has sido más inteligente que yo, infinitamente más elegante, fina y correcta, pero no soportas y te llevan los demonios que la fregona se haya llevado al príncipe azul de buena familia y buena posición. Además, yo sé que tus padres soñaban con que Amancio y tú os casarais uniendo así dos familias tan amigas.

—Te he dicho que eso no es verdad. Amancio no tiene nada que ver con esto, así que por favor quiero que terminemos ya la conversación y que vayas haciendo las maletas para que te vayas cuanto antes. Mi padre me ha dicho que te pases por su despacho para darte una carta de recomendación y las señas de tu nuevo trabajo. Muchas gracias por todo Esperanza y que tengas mucha suerte.

Manuel Bobis Reinoso

—Nunca hubiera podido imaginar una despedida tan fría después de tantos años de íntima amistad.

—¡Adiós!

6

## LA CIUDAD FRENTE A MÍ

El lunes 10 de abril salí del despacho del doctor Antonio Cornet con una carta de recomendación que debía entregar al empresario hostelero Agapito Calvo. La carta la llevaba en mi bolso, de mi mano derecha colgaba, pesada, una vieja maleta de cuadros escoceses rojos y azules sobre fondo crema donde no cabían los recuerdos de tantos años. Con vestido estampado, siempre de manga larga, zapatos baratos de medio tacón y ojos mitad llorosos, mitad ilusionados, me volvía a enfrentar sola al mundo tras años de seguridad económica e infierno mental. Recuerdos y recuerdos me acompañaban camino del autobús que me iba a llevar a Bellavista para pasar dos días en compañía de mi madre y mi hermana. Mis dos Nieves y mi alma de hielo se iban a abrazar. Mi madre, llevada por su eterna y exquisita prudencia, no me preguntó qué había ocurrido, esperó a que yo se lo contara.

El barrio de juegos infantiles que había estado visitando una vez en semana, con mis queridísimas vecinas solidarias, quienes ya, muchas de ellas, gozaban de la presencia en casa de su hombre. Mi padre no lo conoció nunca y yo maldije mil veces el día que fuimos a ver *De aquí a la eternidad*, porque fue cuando empezó todo.

Dos días de visitas, besos, cafés, gaseosas y paseos cogida del brazo de mi hermana mientras los hombres me miraban con descaro y me piropeaban. Nieves me hacía un gesto burlón de envidia y reíamos las dos. Costura, de nuevo la costura junto a aquellas dos artistas de la tijera y la aguja, oliendo las telas recién compradas que me recordaban aquellos años de pobre felicidad en los que yo era un festival de alegría y en los que la eterna sonrisa en mi cara no era forzada como la que me acompaña ahora. Costura frente a los intensos ojos azules de mi madre y los más suaves de mi hermana. Azules dulces y relajantes que me acunaban en mi infancia y me siguen colmando de tranquilidad.

Ramón, el hijo de nuestra queridísima vecina de al lado, Pepa, quiso pedir permiso a mi madre para pasear conmigo e invitarme a gaseosa o Mirinda:

—Ramoncito, no puede ser. ¿No sabías que Esperanza ya tiene novio? ¡Pero si tu madre lo sabe! Lo que pasa es que él está en Madrid —contestó mi madre mientras miraba cómo disimuladamente mi hermana Nieves le hacía un gesto que quería expresar claramente que no se le ocurriera proponerle que saliera con ella.

Cuando Ramón, nuestro querido vecino casi de la familia, de esa familia que formaron aquellas valientes mujeres hermanadas por una tragedia común; se fue, yo reía a carcajadas con la ocurrencia de mi hermana, pero pronto me di cuenta, pues nunca antes lo había pensado, de que no me hacía

ninguna gracia la posibilidad de que en algún momento ella pudiera echarse novio, aunque su extremada timidez me decía que aquello, en caso de que se diera, tardaría todavía mucho tiempo en llegar.

Pasaron los dos días como si hubieran sido dos minutos, de nuevo me veía pegada al cristal del autobús con mis pensamientos puestos en Amancio, en las películas y en los actores. Mi maleta limpia, con alguna blusa nueva salida de las manos maestras de mi madre y hueco nuevo para seguir guardando recuerdos ilusionados. En mi mano, una carta cuyo sobre dejaba ver una dirección escrita en tinta azul de estilográfica cara: «*Agapito Calvo, P. del general Franco 5. Teléfono 26232*». La ciudad frente a mí, pero no la sentía amenazadora, sino acogedora y alegre.

Don Agapito me recibió en su despacho. Era un hombre muy simpático que se comportó de una manera muy amable conmigo. Se notaba que le tenía mucha estima al doctor Cornet y que se sentía agradablemente obligado de hacerle el favor de darme trabajo, y así lo hizo. Iba a trabajar de limpiadora en sus bares, restaurantes y cafeterías, pues don Agapito era dueño de varios establecimientos. Me comentó que una camarera empleada en La Marina, un bar restaurante de su propiedad, buscaba una muchacha para compartir piso, y me aconsejó que fuera a verla y ya de camino preguntara por el encargado para que comenzara mi trabajo allí.

Me dirigí andando al paseo de Colón, lugar donde se encontraba La Marina. Por el camino, un hombre quiso acompañarme y llevarme la maleta, yo rechacé su ofrecimiento y seguí caminando en aquella soleada mañana del mes de abril. Sevilla me parecía más brillante y más risueña que nunca.

El restaurante era amplio y agradable, pregunté por el encargado y al momento salió de la cocina un hombre alto, con gafas, de mediana edad, que amablemente me explicó cuál iba a ser mi trabajo y me enseñó el local. Pregunté también por Manuela y se me informó que entraba a trabajar por la tarde. El día transcurrió tranquilo, entre productos de limpieza, en aquella nueva oportunidad que la vida me ofrecía. Me sentí cómoda.

Por la tarde, el encargado me comentó que Manuela había llegado y quería que subiera a hablar con ella.

—¿Subir? —pregunté extrañada.

Se me abrió una puerta que no me habían enseñado previamente. Daba a una segunda entrada que el establecimiento tenía por la calle de atrás, la calle Velarde. De allí partía una escalera larga, alta y estrecha que subí y que me llevó a un local espacioso, diáfano y lujoso que albergaba una barra americana donde conversaban unas mujeres muy pintadas y maquilladas que sin duda esperaban la llegada de clientes. Pregunté por Manuela, una mujer morena, de grandes ojos oscuros, de mirada penetrante y expresión serena, me contestó:

—Soy yo, me imagino que tú eres la muchacha nueva que manda don Agapito para la limpieza.

—Sí, él me dijo que necesitabas una compañera para compartir piso.

—Es que el apartamento es muy grande para mí sola, además yo no sirvo para vivir sin compañía, hasta que no me case con mi novio, me gustaría compartir el piso y los gastos.

—Bueno, no sé cuánto me cobrarías al mes y si podría pagarlo —contesté.

—Por eso no te preocupes mujer, ajustamos el precio a lo que puedas pagar y ya está. Eso no es problema, yo necesito más una compañía que alguien que me ayude a pagar los gastos. Mira, esta noche, cuando acabe los servicios, nos vamos juntas a mi casa, ¿te parece?

—A mí me parece bien, ¿dónde está el piso?

—¡Muy bien situado! Te va a gustar, al principio de la calle Oriente, frente a la parroquia de San Benito.

—¡Ah, muy bien!

—Pues esta noche me esperas y nos vamos juntas. Una cosa, aquí en el trabajo no me llamo Manuela, me llamo Sara.

—Vale, entendido.

Entre aquella mujer, a la vez amable, expresiva y fuerte; y yo, afloró al momento una simpatía y una compenetración que no entendía, pero que sentía sin saber por qué. Sin duda aquel era un local de trato y mi nueva amiga una prostituta, pero en vez de asustarme me sentía segura y relajada. No tuve

la más mínima duda en seguir trabajando allí y de ir a vivir con aquella mujer. Un mundo absolutamente opuesto al que había conocido, pero en el que, sin saber la razón, me sentía segura y cobijada por gente cercana. Había pasado solo un día de trabajo, sin embargo, algo en mi corazón me decía que me iba a sentir muy bien desempeñando mi nueva ocupación.

Aquella misma madrugada me instalé en casa de Manuela, en un piso grande y en una habitación decorada con papel pintado en tonos celestes y rosas sobre fondo blanco con motivos japoneses: unas señoritas ataviadas con el traje típico y sombrilla abierta paseaban sobre puentes curvos de madera. Un buen armario, una mesa y una silla, coqueta con su espejo y su juego de tocador, cama con cabecero de tubos de hierro negro con remates dorados, colchón de borra. En la pared colgaba un corazón de Jesús de escayola pintada, en un rincón reposaba un mueblecito de madera que soportaba una palangana y una jarra de cerámica de la Cartuja de Sevilla.

Al día siguiente me esperaba mucha limpieza en La Marina, pues era jueves de la semana previa a la Feria de Abril. Los festejos taurinos habían comenzado, en el restaurante y en el local no faltaba clientela. Durante la feria también tuve mucho trabajo porque visitaron la ciudad y la fiesta Franco y doña Carmen y estaba todo el mundo un poco revolucionado. No faltó un momento para pasear con Manuela por el real en el prado de San Sebastián. Reíamos sin parar como dos niñas cuando nos montamos en los cochecitos locos y en la noria.

Aprendí a moverme en autobús por Sevilla, ya que no siempre limpiaba en La Marina. Lo más molesto era cuando estaba abarrotado de viajeros y en la plataforma trasera esperaba a que el cobrador me diera el billete para poder pasar a la parte delantera, porque allí era donde los hombres se pegaban con disimulo e intentaban rozarme cuando alargaban la mano para entregar el dinero y recibir el billete.

Otras veces trabajaba en la cafetería La Punta del Diamante, otras en el American Bar Restaurante Siete Puertas, al principio de la Alameda, que también era un local de trato donde se ofrecían espectáculos flamencos. Era frecuentado por soldados americanos de la base de Morón que residían en el barrio de Santa Clara. Estaba muy bien puesto, delante de la barra, doce taburetes altos de escay como los de las películas, vitrinas preciosas para guardar los licores más caros, cientos de botellas en los estantes, jarrones con flores, lámpara de araña, banderitas pequeñas de muchos países colgadas en la pared cerca del techo, y una enorme cañera con capacidad para no sé cuántos catavinos.

En otras ocasiones limpiaba en el bar Casa Luis, o en el Pasaje La Europa, o en el bar Magdalena. Todos eran propiedad de don Agapito y en todos me trataban muy bien. Me llamaba la atención que en algunos de sus establecimientos, como en su despacho, tenía colgadas fotos del doctor Fleming, rostro que yo conocía de verlo en los periódicos. Pronto comprendí lo agradecido que le estaba al inventor de la

penicilina. Al parecer él decía que era por haber salvado a una hija de una infección que en otros tiempos hubiera sido mortal, pero todo el mundo se imaginaba cuál era la verdadera causa de tan gráfico agradecimiento.

Manuela también alternaba sus «servicios» en las Siete Puertas. Mujer de una belleza casi agresiva, se había criado pobre en Sanlúcar la Mayor ayudando a sus padres en las tareas del campo. Había aprendido a leer y a escribir ella sola, y a la edad de dieciocho años vino a Sevilla a servir en una casa, pero pronto, cansada de las tareas domésticas, contactó con el ambiente de la prostitución sevillana. Comenzó en sucias e infectas casas de la Alameda, pero su belleza la llevó a salas de más categoría: primero en la Venta Marcelino en la carretera de Cádiz, luego en el Viña Blanca en la calle Feria, donde descorchó tantas botellas de cava pagadas a precio de oro en sus plateas, reservados en la práctica, que era conocida como la «Codorniu».

Tenía novio, que por supuesto sabía y consentía de su profesión con absoluta naturalidad, se llamaba Antonio, pero no sé por qué todos le llamaban Curri. El Curri trabajaba como repartidor con el carro del hielo. Precisamente el día que lo conocí venía de su reparto en Triana manejando las riendas de las mulas con su carro de color amarillo. Bajó, se puso su tela de saco sobre el hombro derecho, sacó una enorme barra de hielo que debía medir por lo menos un metro y la cargó sobre su hombro para meterla en nuestro piso, la rompió con el

picahielos y cargó la nevera. En primavera tenía trabajo, pero nada comparable con la faena que le esperaba en verano, aunque estaba preocupado porque la gente estaba empezando a comprar frigoríficos eléctricos y sabía que su labor estaba condenada a la desaparición. Repartía en domicilios y bares. Un trabajo duro físicamente, pero agradecido porque el público recibía siempre con alegría la llegada del hielo, sobre todo en los días duros de cuarenta grados en los meses de julio y agosto.

El Curri era una persona que mostraba una emotividad excesiva, dese luego servía para el teatro porque era muy exagerado en sus gestos. En una ocasión me vio por la calle, se bajó del carro y me dio dos besos tan sonoros que pudieron oírse en todo el barrio. En otra ocasión lo vi llorar desesperadamente porque su madre había sido ingresada por una dolencia que no tenía mucha importancia.

Era alto y muy guapo, cuando no estaba trabajando vestía impecablemente con trajes, corbatas de seda, camisas de algodón, zapatos caros y pañuelo al bolsillo. Llamaba la atención por donde pasaba y eso lo hacía absolutamente feliz porque no había nada que le gustara más que ser el centro de atención. Imagino que sería Manuela la que le compraría la ropa, pues aquel gasto se escapaba claramente de las posibilidades de un repartidor de hielo. La verdad es que tan guapo y tan bien vestido impresionaba.

El Curri siempre era el alma de las reuniones. Extrovertido, lo llenaba todo con su entusiasmo. Su ego se derretía si se le hacía algún piropo y cuando Manuela no se percataba se mostraba seductor y provocador con otras mujeres. Yo misma tuve que pararle los pies en más de una ocasión. Si lo hubiera dejado me habría sobado hasta en lo más íntimo y me hubiera metido la lengua hasta la campanilla.

En solo dos semanas, Manuela me había contado su vida de cabo a rabo y también todas las anécdotas y aventuras vividas en ocho años de profesión. Aventuras que no acababan, porque una noche llegó a casa de madrugada llorando y llorando tanto que le tuve que hacer dos tazas de tila doble. Al parecer, en las Siete Puertas, un soldado americano, un negraco enorme, y otro rubio se habían peleado borrachos de whisky por acceder a sus encantos y habían hecho algunos destrozos en el local. La policía militar americana había llegado en jeeps y había estado dando porrazos sin miramiento alguno a todos los soldados que allí se encontraban y se los habían llevado detenidos.

Al día siguiente, vino el médico a casa para tratar a Manuela, que no se había repuesto aún del susto. Me llevé una sorpresa al abrir la puerta y ver que era el doctor Cornet quien, con su maletín, se disponía a entrar en el piso. Al verme sonrió, me hizo una caricia en la cara y me preguntó que si estaba bien. Manuela me explicó más tarde que el doctor era quien trataba siempre a las muchachas de alterne de don Agapito y que todas

ellas le estaban muy agradecidas. Reconoció a mi amiga, comprobó que solo había sufrido un ataque de nervios y al irse me volvió a sonreír y me dijo que se alegraba mucho de que estuviera bien.

Solo dos semanas y había entablado una íntima amistad con Manuela plena de compenetración y de cariño. Tal vez echaba de menos a Marisa, pero el recuerdo de lo que había ocurrido me dolía muchísimo en el corazón. Me consolaba anclando mi pensamiento de manera constante en Amancio, en la imagen de su persona y en las palabras de la carta que le estaba escribiendo. El trabajo me gustaba, nadie me decía nada malo y mientras limpiaba podían volar mis pensamientos en busca de mis ilusiones. Veía con todo detalle mi futura casa, las preciosas caras de mis hijos, los rostros felices de mi hermana y mi madre visitándonos. También imaginaba a mi esposo sentado en su sillón leyendo el periódico un domingo a mediodía, y hasta planeaba el color que tendría el coche familiar. Los vestidos que me iba a hacer, el televisor para ver películas...

En ocasiones, Manuela me comentaba que con mi cuerpo podía ganar mucho dinero trabajando en la barra, pero yo le explicaba que eso mataría a mi madre, además no podía soportar que ningún hombre me pusiera la mano encima. No me gustaba ni que me rozaran, por lo que Manuela me miraba con ojos sorprendidos y me decía:

—¡Pero tienes novio! ¿Todavía no te ha tocado?

—Me besa, eso sí lo puedo soportar solo con él, pero en cuanto acerca una mano al culo o a las tetas la retiro inmediatamente.

—¿Todavía no os habéis acostado?

—Él piensa que es que quiero llegar virgen al matrimonio, a mí eso me da igual, te aseguro que me sentiría feliz si pudiera acostarme con él. Además, nos conocimos y estuvimos juntos solo unos días, y encima medio a escondidas. Desde entonces no lo he vuelto a ver porque trabaja en Madrid. Intentó venir para Semana Santa pero no pudo. En agosto viene seguro a pasar las vacaciones.

—Pues eso te lo tienes que arreglar si quieres casarte.

—Sí, lo sé, y voy a poner todo mi empeño.

Amistad, unión y cariño. En el trabajo, respeto y buen ambiente. En aquellas semanas no tuve ni siquiera el impulso de sacar la cuchilla de la maleta, aunque sí, al volver de la dura labor diaria, me daba mis buenos sorbos de brandy. Eran tiempos de paz, amistad e ilusión.

A Manuela no le llamaba la atención el cine, pero la convencí para que me acompañara el día 7 de mayo al Coliseo para ver una película de la Metro cuyo título yo había escogido con mucho cuidado: *Todas las mujeres quieren casarse*, con David Niven y Shirley McLaine.

## TODAS LAS MUJERES QUIEREN CASARSE

*Sevilla, lunes 8 de mayo de 1961*

*Querido Amancio, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.*

*Amancio, no sabes cuánto te echo de menos. Como te digo en mis cartas cuento cada día que falta para que llegue el mes de agosto y nos volvamos a ver. Pienso en ti en cada momento del día.*

*En la última ya te di noticias de mi nuevo trabajo, hoy ya han pasado varias semanas y quiero contarte muchas cosas. Como te dije me había instalado con una compañera que es camarera en el restaurante. Pues bien, te alegrará saber que nos llevamos estupendamente y que tenemos una amistad que parece de toda la vida, y que la casa donde vivimos está muy bien situada y es muy alegre, y mi habitación es muy bonita. Manuela y yo hablamos de todo, nos entendemos muy bien y nos reímos mucho. Ya la he*

convencido para que me acompañe al cine y ayer fuimos por primera vez. ¿Sabes qué película escogí? Te vas a reír sabiendo de mi obsesión por el título de las películas que veo, pero elegí Todas las mujeres quieren casarse. Por mí y también por Manuela, que tiene novio y se quiere casar. Es una comedia muy bonita que me ha gustado mucho.

En el trabajo también estoy bien, tengo mucho que limpiar, pero el trato es muy bueno por parte de todos. El ambiente es muy alegre en todos los establecimientos, pues ya sabes que no solo limpio en el restaurante, también lo hago en los otros bares de la empresa. Casi todos los empleados recitan, burlándose un poco de las dotes poéticas de don Agapito, lo siguiente:

«Seis bares de Sevilla con fama en el mundo entero.

Para su almuerzo o su cena bar Luis o el Magdalena.

Para tapas de cocina, bar La Europa o La Marina.

Para una juerga calé las Siete Puertas, con cante, guitarras, palmas, ¡y olé!

Y para tomar buen café a la Punta del Diamante.»

Ya ves Amancio lo ocurrente que es don Agapito en su publicidad.

*Estoy muy bien con todos los compañeros, pero no te pongas celoso que yo solo te quiero a ti y no miro a ningún hombre. Ahora en serio, en ese sentido nadie me ha molestado en absoluto, por la calle ya es otra cosa. ¡Que no tonto, que no pasa nada!*

*Mi hermana y mi madre están muy bien, siguen con su costura, aunque a la más viejita ya le falla un poco la vista. Yo estoy contentísima de poder seguir ayudándoles.*

*Te agradezco mucho el que no le hayas escrito a Marisa y a doña Isabel. Yo sé que te enfadaste mucho por lo de mi despido y que el cuerpo te pedía decirles cuatro cosas. Me ha gustado el que me hayas hecho caso en ese sentido porque yo ya no quiero remover nada más.*

*No dejes de escribirme, porque cada carta tuya me da la vida y es un goce el leer cada palabra. Me gusta cuando me comentas los planes de boda que se te pasan por la cabeza.*

*He ido al fotógrafo y me he hecho una foto de medio cuerpo, te la envío para que la tengas en la cartera y te acuerdes de la novia tan guapa que tienes y así no te fijas en ninguna muchachita. Me gustaría que me mandarás una foto tuya para presumir de novio.*

Manuel Bobis Reinoso

*Sin otro motivo se despide esta que te manda mil besos  
y que te dice que te quiere:*

*Esperanza Martínez Palma*

Madrid, lunes 15 de mayo de 1961

Querida Esperanza, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Quiero decirte que yo también pienso en ti en cada momento y que cuento hasta las horas que faltan para que nos volvamos a ver en el mes de agosto.

Me alegro mucho de que te encuentres bien en tu nuevo trabajo, creo que te lo mereces por lo trabajadora que eres. También me gusta mucho y me tranquiliza el que te lleves tan bien con tu compañera y que te sientas cómoda en el piso. Todo me conforta y hace que pasen mis días tranquilos e incluso con más ilusión si cabe.

Me he reído mucho con la ocurrencia de la película, parece que esa manía no te la vas a quitar nunca. No debes preocuparte, nos vamos a casar con toda seguridad y mucho antes de lo que esperas. Sueño con esos deliciosos días en los que tras una jornada de duro trabajo en el periódico llegue a casa a disfrutar de tus cuidados y de unos platos

que tú habrás cocinado con cariño, tiempo y dedicación. Esperarás ilusionada mi llegada tras dulce labor de cuidado de la casa y de los niños, preciosos hijos de la raza. Sé que vamos a ser muy felices. La Sección Femenina da unos cursos muy buenos para futuras esposas, no sé si te has planteado hacer alguno.

Me dices que te gusta que te hable de lo que voy planeando para nuestro futuro, pues agárrate porque te voy a dar una noticia que te puede tirar de espalda de alegría: ¡he pedido el traslado a ABC de Sevilla! Sí, tal como lo lees, y me han contestado que con toda seguridad estaré allí en menos de un año. Así que señorita, desde el día que me trasladen al día de nuestra boda, no quiero que pasen más de tres meses.

Quiero que vayas viendo para comprar un piso en una zona buena y moderna de Sevilla. Tú me vas comentando para en un futuro poder realizar la compra. A mí no me importará vivir de alquiler algún tiempo, pero como tengo dinero ahorrado cuanto antes vayamos viendo lo de

comprar el piso mejor. Por supuesto, tu madre y tu hermana vendrán a vivir con nosotros si ellas quieren.

He recibido tu foto, estás guapísima. La enseñé a los compañeros, se quedan de piedra y yo presumo muchísimo de novia. ¡Eres la más guapa y graciosa del mundo! Yo también me he hecho una, pero todavía no está, la recojo dentro de tres días. En cuanto la tenga te mando otra carta y te la envío.

Me pediste que no escribiera a Marisa y como ves no lo he hecho, aunque ganas no me han faltado. No me parece bien lo que te han hecho por mucho que el doctor Cornet te haya recomendado y hayas encontrado un buen trabajo tan pronto. Tus deseos están antes que mis impulsos.

No dejaré de escribirte, pues tus cartas también me dan a mí la vida.

Sin otro particular se despide de ti este que te ama y futuro esposo:

Amancio Andrade de la Hoz.

Sevilla, martes 23 de mayo de 1961

Querido Amancio, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Amancio, no paro de llorar, estoy como loca, desesperada, no sabía qué hacer y he cogido un papel y un bolígrafo y me he puesto a escribirte.

Tú dices que esta obsesión que tengo por el título de las películas que veo y el miedo que tengo a que ocurran en la vida real es solo una superstición que está solo en mi mente y no en la realidad. He querido afrontar mis miedos y he ido a ver una película que me interesaba porque trabajaban Olivia de Haviland y Dirk Bogarde, que son dos actores que me gustan mucho, aunque el título daba un poco de miedo: La noche es mi enemiga. Fui a verla el pasado domingo 21 al cine Imperial, como ya te digo, sobreponiéndome a la inquietud que me causaba el título.

Amancio, he sido una idiota, ahora me culpo, y es algo que no me lo puedo quitar de la cabeza. La vi el domingo por la tarde y esa misma madrugada se produjo el horroroso accidente del camión que se dirigía al Rocío cargado de personas. Supongo que ya te habrás enterado por las noticias.

Desde que supe del accidente no paro de llorar. Amancio, han sido veinte muertos y cuarenta y tres heridos, y todo por mi culpa que no he sabido ver el peligro que tiene un título como *La noche es mi enemiga*. Ahora tengo en mis manos el ABC de hoy donde explican todo lo ocurrido. Me imagino que en ABC de Madrid se ha publicado también, pero yo necesito comentarlo contigo porque me está atormentando esta culpabilidad.

Amancio, dice el periódico que el camión era ilegal y que no estaba autorizado para el transporte de viajeros, pero que habían puesto en la zona de la carga unos tablones en forma de asientos y que transportaba sesenta y tres personas, niños incluidos. Eran vecinos de la Macarena la mayoría, aunque también viajaban vecinos de Triana. Partieron a las tres de la mañana de la bodega La Bolera, de la calle Parra, y cada persona pagó cien pesetas por el transporte. ¡Pobrecitos, con la ilusión que tendrían! Dice aquí que las muchachas llevaban trajes de flamenca y que cantaban sin cesar y que en el ambiente había mucha animación y alegría.

Dice que en la cuesta de Las Doblas está muy bien señalizado el peligro, pero que el camión iba en cuarta y que,

al parecer, le fallaron los frenos, que tomó mucha velocidad y que se salió de la carretera en la curva, arrancó de cuajo un gran eucalipto, destrozó las protecciones metálicas, rompió los postes del teléfono, voló cuarenta y tres metros y cayó a un barranco profundo quedando casi desintegrado. ¡Amancio, un horror!, ¡cómo no sería el golpe que unos peones camineros que se encontraban cerca creyeron que era un avión que se había estrellado!, y dice aquí que cuando llegaron vieron trozos del camión, muchos cadáveres y heridos, que todo eran lamentos y peticiones de socorro.

Al parecer una moto y un coche que llegaron estuvieron alumbrando con sus focos los primeros auxilios, pronto llegó desde Sanlúcar la Guardia Civil y requisó los coches de quienes pasaban por allí camino del Rocío, para trasladar a los heridos a Sanlúcar y a Sevilla.

Amancio, aquí aparece una interminable lista de fallecidos y de heridos. A mí esto me destroza el alma porque no se me va del pensamiento que he tenido yo la culpa. Al parecer, los heridos están en el hospital de Sanlúcar, en el hospital Central de Sevilla, en la casa de socorro de Triana y en el Equipo Quirúrgico del Prado. Se han hecho

transfusiones en las que se ha utilizado quince litros de sangre y siete de plasma.

Aparece también un artículo titulado «Ni casualidad ni fatalidad», en el que se echa toda la culpa a la ilegalidad y a la irresponsabilidad de los organizadores, pero yo me pregunto: ¿no es demasiada casualidad que por la tarde vaya yo al cine Imperial a ver una película titulada La noche es mi enemiga y que esa misma madrugada ocurra este desastre aquí en la misma provincia de Sevilla?

Amancio, ojalá estuvieras aquí para consolarme y hacerme cambiar de idea porque aunque lo intento, no consigo convencerme de lo contrario. ¡Tengo tantas ganas de verte!

Sin otro particular se despide esta que te adora:

Esperanza Martínez Palma

Manuel Bobis Reinoso

Madrid, lunes 5 de junio de 1961

Querida Esperanza, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Amor mío, me ha preocupado mucho tu carta de 23 de mayo porque denota un gran sufrimiento, y lo que es peor, por algo que no tiene ninguna base y que está solo en tu imaginación. Son casualidades que se dan en la vida, pero nada más, el resto lo hace tu propia mente.

Como bien has leído en ABC, las únicas personas responsables del desastre han sido los organizadores, que saltándose toda legalidad han puesto en servicio un camión que no era idóneo para el transporte de pasajeros. No ha sido una fatalidad, ha sido una irresponsabilidad. Tú no has tenido ni la más mínima culpa, es un absurdo absoluto que me gustaría que olvidaras rápidamente. Al principio me hacía gracia y me parecía una deliciosa manía de tu tierna persona, pero compruebo que esa obsesión te está llevando a

un estado de ansiedad y a un desconsuelo inútil e infundado.

No quiero que el tono de esta carta te parezca de riña, en absoluto, es que te quiero tanto que no me gusta verte padecer por algo tan absurdo, y quiero ponerme un poco serio, pero solo con la intención de ayudarte.

Yo también lo pasé muy mal con la noticia, ha sido una pena y un auténtico horror. Cuánto más habrás sufrido tú, que eres una persona tan sensible, y encima culpándote injustamente por lo sucedido.

A mí también me gustaría encontrarme allí contigo para consolarte, pero me ilusiono pensando que ya quedan menos de dos meses para volvernos a ver. A primeros de agosto estaremos juntos y pasaremos doce maravillosos días uno al lado del otro. Me gustaría que fueras apalabrando una pensión que sepas que esté limpia y bien situada, para esos días que pasaré en Sevilla.

Me han hablado de una zona nueva y moderna donde se están construyendo pisos amplios

y de buena calidad. Creo recordar que el barrio se llama Los Remedios o algo así. No sé si lo conoces, pero me gustaría, como te dije en mi anterior carta, que fueras viendo las ofertas de pisos si te parece bien esa zona de la que te hablo. Dicen que son construcciones de categoría y que el nivel económico del barrio es alto.

Espero que te haya gustado la foto que te envié. La tuya se la he enseñado a mis padres, que por cierto no están nada de acuerdo con que haya pedido el traslado a Sevilla, pero mi vida es mi vida y soy yo quien debe decidir sobre ella. Imagino que si fuera para ser novio de Marisa no pondrían ninguna pega, pero tú no te preocupes, porque te aceptan bien.

Mi vida transcurre plácidamente, del trabajo a casa y de casa al trabajo, con sábados por la tarde de vinos con amigos por el Madrid de los Austria y domingos de paella y tardes de fútbol viendo al Real Madrid cuando juega en casa. Por cierto, ¡qué gran equipo tenemos!

*Ya falta muy poco para que nos veamos, me gustaría que fuéramos a la playa. En Sevilla quiero invitar a tu amiga y a su novio en los veladores de las cervecerías. Quiero, además, que les digas que me gustaría mucho que saliéramos juntos las dos parejas.*

*Sin otro particular se despide este que queda preocupado por ti y que te quiere:*

*Amancio Andrade de la Hoz*

Sevilla, lunes 17 de julio de 1961

Querido Amancio, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

¡Amor mío, ya solo quedan quince días para volvernos a ver! Ya sueño con el martes día 1 a las ocho de la tarde en que vaya a recogerte a la estación de trenes.

Como ya te he comentado en cartas anteriores, a Manuela y a mí nos gustaría que te quedaras en nuestro piso, que es muy amplio y tiene una habitación vacía, pero respeto tu decisión de alojarte en una pensión. Dices que no te parece bien quedarte en nuestra casa porque aún no estamos casados y quieres respetarme, y te preocupa que la gente pueda murmurar. Como tú quieras, a mí me parece bien todo lo que pienses.

Amancio, ayer fui con Manuela al cine de verano de la Alameda. No quiero que te enfades, pero, ¿sabes qué película vi? ¡Agárrate! Se llama Viviré siempre contigo. Quiero que se cumpla y quiero vivir siempre contigo.

Tengo preparadas algunas visitas a pisos y obras de Los Remedios para que vayamos juntos a verlos, y también me he enterado del horario del autobús a Matalascañas para que

vayamos a la playa. Me he comprado ya el bañador, es precioso, y mi madre y mi hermana me han hecho dos vestidos de verano que son divinos. Manuela también se ha comprado el bañador y le ha pagado uno a su novio. También he comprado una nevera de colores alegres, y fiambreras.

Ya te comenté que mi madre y mi hermana no quieren irse de Bellavista. Ellas son felices allí porque es donde tienen a sus amigas, que se han portado siempre muy bien. Además, mi madre dice que no quiere irse lejos ni de Los Merinales ni del sanatorio del Tomillar, pues eso sería empezar a olvidarse de mi padre. En fin, son mentalidades antiguas. Todavía está de luto riguroso, icon los vestidos tan preciosos que hace! Parece que disfruta con que el buen gusto divino que tiene para los colores lo utilice con dedicación para los demás, pero nunca para ella misma.

En mi trabajo sigue todo muy bien, estoy cada día más contenta, y con Manuela ya ves que somos uña y carne.

Sin otro particular se despide de ti esta que cuenta las horas que faltan para verte.

Esperanza Martínez Palma



8

## VIVIRÉ SIEMPRE CONTIGO

Cuando el tren estaba entrando en la estación de Córdoba el corazón ya me saltaba en el pecho. Olvidándome del cansancio del largo viaje desde Madrid, hacía ya diez minutos que estaba de pie, junto a la puerta del vagón, con mi maleta de piel prendida de mi mano derecha. Camisa blanca remangada por encima del codo, pantalón gris marengo y zapatos negros limpios y brillantes para dar buena impresión a Esperanza. Me acompañaba, como siempre, mi preciosa y carísima cámara de fotos Leica M3, divina, de aluminio revestida de cuero negro, con su montura de bayoneta y la marca grabada en bonitas letras sobre la tapa de metal del objetivo. Salté al andén casi antes de que el tren hubiera parado del todo, la vi a cincuenta metros con su encantadora sonrisa haciéndome señales con la mano.

Estaba más guapa que nunca, radiante, impresionante, con su melena larga cayendo sobre un vestido de fondo blanco con flores verdes y rojas y subida en sus zapatos de tacón. Corrí hacia ella, la abracé fuertemente por su deliciosa cintura y le di un beso en los labios lo suficientemente corto para que nadie nos llamara la atención. La besé reiteradamente en su perfumada y sensual cara.

Esperanza se agarró fuertemente con ambas manos de mi brazo izquierdo y posó su cabeza sobre mi hombro, salimos de la estación, cogimos un taxi que nos llevó a una pensión en la calle Oriente muy cerca de donde se encontraba su piso. Parecía que toda la felicidad que pudiera haber en mi corta vida se concentraba en aquel paseo en taxi por las calles de Sevilla, con el perfume y la cabeza de Esperanza apoyados sobre mi hombro.

La señora, a la que todo el mundo llamaba doña Tere, era muy amable. Nos enseñó la que iba a ser mi habitación durante quince días, el baño, el patio donde podría sentarme al fresco si así lo deseaba, y el comedor donde según ella se servía la más exquisita comida de todas las pensiones de Sevilla. Me agradó el trato de aquella mujer y la limpieza que se podía oler en toda la casa. Caserón bien cuidado y profesionalidad, me dio muy buena impresión y pude comprobar que Esperanza se sintió contenta de haber acertado con la pensión que había elegido para mí.

Salimos a pasear, a tomar cerveza y a cenar. Sentados en un velador de tiras de madera, mesas y sillas plegables, sobre albero recién regado y con cartuchos de estraza abiertos que contenían trozos de choco frito, pescada, soldaditos de Pavía y picos. Jarras de cerveza de La Cruz del Campo que contemplaron cómo los ojos de Esperanza lloraron de emoción al abrir el estuche que guardaba el precioso reloj Omega de

mujer que me había costado en Madrid mis buenas siete mil quinientas pesetas.

Yo también abrí mi regalo, era una estilográfica Parker modelo Embajador, negra con capuchón dorado. Ella me comentó que la había pedido por carta a Estudios América, al apartado de correos 8075 de Madrid, que le había costado cincuenta pesetas, que la había pagado contra reembolso y que en caso de que no me agradara tendría facilidad de devolución. Y es que era así, todo lo comentaba, hasta el más mínimo detalle, con tanta ilusión que incluso me decía, inocente, lo que le había costado, y me enamoraba más y más. Cuando se acordó de lo que había gastado en la pluma, sacó impaciente de su bolso el cupón de los ciegos del día anterior poniendo un gesto burlón de desilusión al ver que no llevaba el 279, que fue el número premiado.

Me enseñaría su piso al día siguiente, cuando me pudiera presentar a Manuela, ya que en aquel momento estaba trabajando. Al volver la acompañé a su casa y en el portal, aprovechando que nadie nos veía, la tomé fuertemente por la cintura y la besé con pasión, pero ella mantenía sus brazos caídos y en su cara se adivinaba un reflejo de desesperanza que se tornó en sonrisa cuando me comentó que en el trabajo le habían dado libres los fines de semana y todas las tardes mientras yo estuviera en Sevilla. Yo también sonreí un segundo antes de seguir besándola envuelto en su fragancia de mujer.

El miércoles 2 de agosto, segundo día de mis vacaciones en Sevilla, me desperté en la limpia habitación de la pensión oliendo todavía al dulce aroma de Esperanza. Feliz, después de degustar el delicioso desayuno que doña Tere me había preparado, salí a pasear por la ciudad. Lectura del periódico sentado en una terraza donde el camarero me miró muy extrañado cuando pedí ginebra Burdons con Coca Cola.

Recogí a Esperanza a las dos y media de la tarde en la puerta de La Marina. Nos dirigimos a su casa, donde íbamos a almorzar junto a Manuela y su novio Curri. Me resultó muy agradable conocer a la pareja, y aunque su nivel cultural estaba, lógicamente, pues no tenían estudios, muy por debajo del mío, no me sentí muy fuera de lugar, pues eran personas muy amables e intentaban ofrecerme todo lo que tenían.

Manuela era una mujer muy atractiva, pero había en ella algo que yo no lograba entender: aunque no de muy buen gusto, la casa, sus vestidos y sus joyas no me parecían propios de una camarera de restaurante. Sin duda, la muy buena economía que parecía disfrutar aquella mujer no era propia ni de su categoría social ni de su puesto de trabajo. Mi nivel de vida tampoco era propio de un periodista, pero se podía explicar por el alto estatus social de mi familia, algo que en ella no ocurría, pues muy pronto me contó la humildad de su procedencia.

El Curri era un hombre muy simpático y gracioso. Me comentaba en qué consistía su curioso trabajo no sin intercalar

constantemente chistes y gracietas, algunas subidas de tono. No cabía duda de que le gustaban mucho las mujeres y que le encantaba presumir. Demasiado bien vestido, tampoco parecía llevar un atuendo acorde con su trabajo. Manuela, sin embargo, no me daba muchos detalles de su día a día en el trabajo.

Esperanza reía y se sentía feliz, aquello me reconfortaba, no quería recordar que por mi culpa perdió su puesto en casa de los Cornet. Cuando la veía así, quería que se parara el tiempo y no avanzara ni un segundo.

Por la tarde, Manuela acudió a su trabajo. Al parecer cubría el turno de tarde noche. El Curri siguió repartiendo grandes barras de hielo conduciendo su carro color amarillo. Yo acompañé a Esperanza a comprar comida para llenar el frigorífico, sí, el frigorífico. Hacía tiempo que el Curri había dejado de llevar barras de hielo a casa de Manuela porque allí ya no se usaba nevera. Acababan de comprar un frigorífico, un lujo que no se entendía en casa de una camarera.

Fuimos a una famosa tienda de ultramarinos en el centro de la ciudad, en la calle Lineros, que se llamaba Marciano. Ya desde la calle se podía oler el intenso olor a chacina de tal manera que si hubiera ido solo hubiera podido orientarme para llegar gracias al sentido del olfato.

Al llegar contemplé que en el exterior del establecimiento, que estaba totalmente cubierto de placas de mármol, grandes letras metálicas dejaban muy claro al paseante lo que se comercializaba en su interior: «*Marciano*,

*ultramarinos, jamones serranos, embutidos, quesos, mantecas finas, coloniales, cafés, aceites, vinos, licores y conservas*». En su escaparate, colmado de distintos productos, se exponía un gigantesco jamón junto a una fotografía del descomunal cerdo al que perteneció la pata.

En el interior, solo un cliente charlaba con uno de los tenderos. Me comentó Esperanza que no había mucha gente porque era verano, pero que en fechas próximas a la Navidad el establecimiento estaba siempre abarrotado de clientes y que era famosa su cesta de Nochebuena, tan grande que se montaba en casa del cliente porque no cabía por las puertas. Solía estar compuesta por varios jamones, una infinidad de chacinas variadas y latas de conservas. Su precio rondaba las diez mil pesetas.

El mostrador dibujaba la forma de la letra zeta, estaba fabricado en madera y disponía de una tapa de mármol. Algunas sillas invitaban a los clientes a sentarse contemplando una peculiar, pero muy agradable decoración con columnas de mármol y muebles con madera de caoba. Morcones, cañas de lomo, licores, aceitunas, conservas, estupendas legumbres a granel, vino, champán, cava, caviar, dulces y marrón glasé, bacalao, caramelos, especias, barricas de sardinas arenques, botes de melocotón en almíbar. Todo de primera calidad. En el techo, junto a la eléctrica, se conservaba la antigua lámpara de gas que ya iluminara el establecimiento cuando se inauguró en 1928.

Si por Esperanza, entusiasmada, hubiera sido nos hubiéramos llevado toda la tienda. Pregunté por el jamón del escaparate, pero entre sonrisas amables me explicaron que llevaba décadas expuesto y que ya no era comestible aunque se conservaba incorrupto. Medía un metro y ocho centímetros de largo y pesaba veintiún kilos.

Realmente me quedé impresionado con aquel establecimiento de tanto arraigo, de tanto sabor y tanta calidad. Estaba totalmente convencido de que aquel sería uno de esos negocios eternos que nunca cierran y pasan de unos siglos a otros sin cambios porque pertenecen al tesoro social de una ciudad.

Cargamos entre los dos cuatro bolsas de tela bien cargadas hasta la plaza de la Encarnación, donde tomamos un taxi. Era el regalo que yo le quería hacer a Manuela por el trato que desde el primer día había regalado a Esperanza. El frigorífico y la alacena iban a saltar de gozo, aunque en aquella casa no faltaba de nada.

El jueves 3, de mañana, visité al doctor Cornet, a doña Isabel y a Marisa. Tenía la obligación debido a la gran amistad que unía a las dos familias, pero no me apetecía en absoluto. Café y pastas en un ambiente tenso de hipocresía sonriente en el que en ningún momento se preguntó por Esperanza, para acabar con una despedida fría. Creo que yo lo preferí así y me pareció bien que hubiera durado tan poco tiempo aquel ritual vacío.

Por la tarde fuimos a Bellavista para que yo conociera a mis futuras suegra y cuñada. En el maletero del negro y amarillo taxi, que comenzaba a encarar las pobres calles del barrio, viajaban una máquina de coser Sigma y un juego de colonias perfumadas de Mirurgia: Joya, Embrujo, Promesa, Maderas de Oriente y Maja. La máquina de coser la había comprado en la calle Imagen al contado, aunque la publicidad rezaba: «Cómprala entera y páguela a trozos. Hoy mismo usted puede estar cosiendo y bordando con su Sigma pagándola en largos plazos. ¡Ella sola se amortiza! Pudiendo tener una Sigma por qué conformarse con menos».

Cuando bajamos del taxi, las puertas de aquellas casas de una planta se poblaron de mujeres que me miraban curiosas como si fuera un extraterrestre, con una leve sonrisa en los labios hacían un tímido gesto de saludo a Esperanza. Nunca me había sentido más observado, al entrar en la casa sentía decenas de ojos clavados en mi cogote.

Aquellas dos mujeres no se parecían físicamente a mi novia. Eran bastante delgadas, pelo trigueño y ojos azules, más intenso en los de la madre y más suave en los de la hermana. Nada que ver con las preciosas curvas y el pelo lacio, largo y moreno de Esperanza. Habían gastado en aquella cena lo que no tenían, pero me agradaba contemplar tan claramente en sus ojos brillantes la ilusión por el futuro que le esperaba a su hija y hermana. Casi lloraron cuando abrieron la enorme caja de cartón que contenía la máquina de coser.

De vuelta a su casa, Esperanza se sentía absolutamente feliz y, como de costumbre, había bebido más cerveza de la cuenta. Creía que aquella noche, que extrañamente me dejó subir a su casa, iba al menos a conseguir que nos acariciáramos en lo más íntimo, pero de nuevo me topé con su cara de tristeza y desesperanza que no me permitió ni siquiera acariciarle un pecho por encima del vestido. Volví a la pensión preocupado porque sabía que cuando ella se quedara sola lloraría con amargura.

El viernes la recogí de nuevo en la puerta de La Marina tras haber pasado la mañana visitando distintos monumentos de la ciudad. Almuerzo en la cafetería Niza en calle Reyes Católicos a base de platos combinados, compra de retales en Galerías Preciados al frescor de su aire acondicionado. Gafas de sol para su preciosa cara en Queraltó en calle Cerrajería, bolso góndola de Casal en calle Jovellanos, lotería en el Gato Negro en la avenida de José Antonio y cena en La Reja. No paramos.

Aquella noche me pidió de nuevo que subiera al piso. Accedí, aunque estaba decidido a no intentar nada. Nos sentamos en sendos sillones orejeros después de que ella trajese de su habitación un grueso cuaderno. Comenzó a hablar sin parar con una sonrisa ilusionada:

—¡Mira Amancio! ¿Recuerdas que me dijiste en una de tus cartas que fuera mirando tranquilamente anuncios de pisos? Pues he ido recortando los anuncios que me han gustado

y los he ido pegando aquí para ir a verlos. A este cuaderno lo he llamado *Viviré siempre contigo*, como la película que fui a ver, mira, lo tengo escrito en la primera página. ¡Qué tonta! ¿Verdad?

»Me comentaste que habías oído hablar de un barrio nuevo y moderno llamado Los Remedios, pues tengo varios, mira: «Pisos de lujo, en las mejores zonas de Los Remedios, desde cinco a dieciséis habitaciones más servicios. Ascensores y montacargas, al increíble precio que empieza desde doscientas veinticinco mil pesetas más hipoteca en adelante. Informes personales en Maese Rodrigo 16. Teléfonos 13287 y 21939 Cristóbal Sánchez».

Como siempre, me leía hasta la última letra con tanta rapidez que las palabras se pisaban unas a otras:

—Y este mira: «En Los Remedios, calle Montecarmelo, magníficos pisos desde cinco habitaciones. Terraza, antena de televisión, servicios. Por doscientas veinticinco mil pesetas más banco. Con muchísimas facilidades. Informes venta en exclusiva: Miguel A. Bermudo de la Rosa. Plaza Nueva 19, edificio Banco Vitalicio».

Siguió leyéndome anuncios de pisos en Los Remedios, también de otras zonas como calle San Jacinto, San Luis, Alhelí o Marqués de Nervión. Pero en su cuaderno no solo había pegado anuncios de pisos, también los había de electrodomésticos, antenas de televisión, muebles Rodri, Turmix, crema de arroz para niños, detergente Omo que lavaba

más blanco y que saltaba a la vista, Ceregumil que en los vómitos del embarazo era siempre bien tolerado, televisores de Radio Citi. Lo que más me llamó la atención es que en su colección de anuncios para después de una boda se exhibía uno muy curioso en el que aparecía la foto de varios niños con una copa vacía y una botella de cerveza llena, que rezaba de la siguiente manera:

«Mamá lleva siempre a casa Cruzcampo. Con Cruzcampo la comida resulta siempre más grata y digestiva que con cualquier otro tipo de bebida. La cerveza más fina que siempre sienta bien».

Los últimos anuncios eran de viajes a Europa y de anillos de esponsales. Le comenté que iríamos considerándolo todo poco a poco. Ella sonrió, se sentó en el brazo de mi sillón y puso su cabeza en mi hombro. Yo la besé, le deseé buenos sueños y me retiré a la pensión. Aquella noche me sentí un poco desconcertado, pero la desmedida atracción que sentía por aquella mujer hizo desaparecer al instante las dudas que pudieran aparecer en mi mente.

El sábado compramos una nevera, bañadores para ella y para mí, un flotador, toallas y fiambreras. Ella ya había comprado material de playa, pero yo tuve el deseo de regalarle alguna chuchería.

Comimos en la venta de los Reyes porque en su publicidad en el periódico se resaltaba que era un local con aire acondicionado, con menús por sesenta pesetas. El dinero no me

importaba, pero sí el aire acondicionado pues Esperanza se empeñaba en llevar sobre su vestido una fina rebeca de hilo que no se quitaba nunca.

Mientras tomábamos café repasamos la cartelera en el ABC porque aquella tarde teníamos previsto acudir al cine:

—Bueno, te leo: en el Cervantes, aire acondicionado, ponen *La sospecha*.

—¡No, esa no! —exclamó Esperanza al instante.

—¿Por qué no?

—¡Ya sabes de mi manía!

—Palacio Central, refrigeración electroautomática, *La bella mentirosa*.

—¡No, no, no! ¡Esa sí que no! —casi gritó mientras se le ponía el color de la cara como el mármol blanco y fijaba su mirada en el suelo.

—Cine Pathe, *Los cuatrocientos golpes*.

—¡Vaya por Dios! ¿No hay ninguna más normalita, hijo?

—Álvarez Quintero, refrigerado, *Historia de dos ciudades*, con Dirk Bogarde.

—Bueno, esa puede ser.

—Voy a ser un poco aguafiestas. ¿Tú sabes que la novela que escribió Dickens en realidad se llama *Una historia en dos ciudades*?

—¡Ah, pues entonces tampoco! Yo no quiero que estemos separados en dos ciudades. Quiero que vivamos juntos cuanto antes.

—San Fernando, *Cruce de destinos*. Con Stewart Granger y Ava Gardner.

—¡Esa, esa, esa! Exclamó Esperanza con entusiasmo.

Domingo muy temprano, comenzamos nuestra excursión a Valdelagrana, una playa del Puerto de Santa María. Ciento cuarenta pesetas por persona. En la nevera viajaban con nosotros una sandía, pan y dos botellas de gaseosa La Juncal. También, bien guardaditos en fiambreras metálicas: filetes empanados, tortilla de patatas y pimientos aliñados. En un principio teníamos pensado ir a Matalascañas, pero tenía yo interés en conocer El Puerto. Aquel era el viaje más largo que había realizado Esperanza en su vida.

Alquilamos una casetilla pintada en rayas blancas y azules para cambiarnos de ropa. Primero yo me puse en bañador, cuando salí entró ella para aparecer veinte minutos más tarde con un bañador negro que recubría en su parte superior con una camisa blanca de manga larga anudada a la altura del ombligo. Yo no entendía su manía de llevar siempre los brazos cubiertos, pero lo cierto es que estaba más sensual que nunca y mi atracción hacia ella cada vez era más apasionada.

Pasamos un día de playa muy divertido y volvimos en el autobús cansados y quemados por el sol. Camino de su casa

y mi pensión casi no podía con mi cuerpo mientras arrastraba la nevera ya vacía.

El lunes el color de mi piel, sobre todo en la espalda, era de un rojo intenso. Me dolía si me tocaba y casi no me podía poner la camisa. En la farmacia me recomendaron que me pusiera Bálsamo Azul o una crema blanca llamada Nivea.

Aquella semana transcurrió igual que la anterior: paseos de mañana, lectura del periódico, vinos de Jerez en la taberna La Mina, recoger a Esperanza a la salida del trabajo en La Punta del Diamante, almuerzo en restaurantes que tuvieran aire acondicionado, siesta en la pensión, cerveza y *pescái*to frito de noche, besos en su casa, brazos caídos y vuelta a la pensión con un ya cotidiano dolor de testículos.

El viernes compré un libro para leer en el tren de vuelta. El dependiente de la librería me recomendó uno que estaba teniendo mucho éxito, se titulaba *El retorno de los brujos*. El sábado lo pasamos en Piscinas Sevilla, aunque todavía me dolía todo el cuerpo debido a las quemaduras, pero al menos los pellejitos de la espalda ya se desprendían con facilidad. Esperanza se empeñaba en quitármelos porque decía que le gustaba tirar con cuidado para que saliera una larga tira.

Como siempre, cuando me quería comentar algo del periódico me lo leía todo letra a letra.

—Mira Amancio este anuncio lo que dice: «SEAT, continúa abierta la admisión de solicitudes de coches modelos 600 y 1400 C. Las entregas de coches 1400 C se realizarán en un

plazo inferior a seis meses. Taller autorizado número 401. Garaje La Florida. Menéndez Pelayo 44. Teléfonos 54327....»

Aquello me hizo comprender que Esperanza sabía realmente el nivel económico del que disfrutaría conmigo. Me preocupó por un momento el pensar que tal vez quisiera estar a mi lado solo por el dinero ya que me demostraba tanta frialdad sexual. Rápidamente reflexioné porque su cariño hacia mí era claramente real y verdadero, y su ilusión no se podía fingir de ninguna manera. Sí, yo le gustaba, se sentía atraída por mí como hombre, no había duda, pero, ¿a qué se debía aquel hielo en lo sexual? Sabía de otras mujeres de amigos que llegaron al matrimonio vírgenes, pero que de novios no le habían hecho nada de ascos a buenas sesiones masturbatorias, era lo normal. Dudaba.

Me volví a Madrid más enamorado que nunca, pero con preguntas en mi cabeza que la lógica no sabía contestar. Delante de mí un futuro que no tenía claro, una pasión desmesurada por una mujer enigmática, un seguir adelante más llevado por el corazón que por la lógica, una familia que no aprobaba mi relación y un episodio de mi vida que se había convertido en eso: en una aventura más apasionada que racional, pero que en ningún momento pensé en ponerle fin.



9

## UNA CARA CON ÁNGEL

Aquella semana acabé bastante harta de tíos babosos que me sobaran las tetas, de borrachos asquerosos, de militares americanos y de cabrones *estiraos* a los que les gustaba refregarme su dinero por el coño. Y encima, cuando estábamos en faena me hablaban de que querían mucho a sus mujeres, pero que estas no los entendían o que no le hacían esto o lo otro o que si el método Ogino. Fue una semana dificilita y decidí tomarme el domingo libre. ¡Acabé hasta el mismísimo!

Tenía ganas de ir al cine, así que en la tarde del 10 de septiembre me fui con mi novio Curri y mi amiga Esperanza al Álvarez Quintero a ver una película preciosa que se llamaba *Una cara con ángel*, en la que trabajaban nada menos que Audrey Hepburn y Fred Astaire. ¡Qué bonita! ¡Como me gustó!, ¡y lo guapa que se veía la Audrey y los peinados y los vestidos preciosos que sacaba! Yo sé que yo también soy muy guapa, pero no es una guapura así tan elegante y tan fina. ¡Bueno, es que así tan finolis no podría ser puta!, o a lo mejor querida de algún ministro o algo así. ¡Qué me gustó la película! La eligió la Esperanza, y como está un poco *chala* decía que la quería ver solo por el título que era muy bonito. Yo quería muchísimo a la Esperanza, pero la pobrecita estaba como una *regaera*, con su naranjazo bien *pegao*.

Me acuerdo muy bien de aquella tarde porque la Esperanza estaba muy triste y se le notaba en los ojos que había tenido que estar llorando una *jartá*. Cuando acabó el cine, fuimos a tomarnos un café con tostada a la calle Puente y Pellón, pero ella estaba cada vez más apenada y hundida. Por la noche, cuando el Curri se fue a su casa, me enfadé y me puse muy pesada porque no me quería contar lo que le ocurría y decía que no le pasaba nada. ¡Hija puta! ¿Que no le pasaba nada?, ¡y tenía los ojos como dos tomates y una cara más larga que la de un caballo y totalmente *avinagrá*! ¡A mí me iba a engañar!

Me puse más pesada que una vaca en brazos y llegó un momento en que empezó a llorar y a llorar que pudo estar casi una hora sin decir ni palabra y soltando nada más que *jipíos*. Me senté a su lado y le dije que de allí no me movía hasta que no me contara lo que le ocurría. Se levantó, fue a su habitación, trajo dos copas y una botella de brandy Caballero y empezó a echarse tragos y a bebérselos tan de *seguíó* que yo me vi que la tía iba a coger una *tajá* como un mulo y que no iba a poder ir a trabajar a la mañana siguiente.

Y a la tercera o cuarta copa empezó a hablar. ¡Madre de mi vida!, ¿que qué le pasaba?, ¡que estaba de tres faltas!, y por los síntomas que me contaba estaba *preñá* hasta las orejas, que yo *asombráita* tuve que preguntarle:

— ¿Pero tú no me decías que no follabas con tu novio?

Y al preguntarle yo eso comenzó a llorar más, más y más, que yo pensé que se me tiraba por el balcón. Y entonces ya me lo olí:

— ¡No me digas que no es de tu novio!

Y con una voz tan flojita que casi no le salía de la garganta y entrecortada por el llanto me lo confesó. Efectivamente, no era de su novio porque con él no se había acostado nunca. Y por mil veces que le pregunté de quién era el niño, mil veces que no me lo dijo.

Pasé la noche sentada en una silla junto a su cama. No paró de llorar, yo intentaba consolarla y procuré ser un poco menos bruta y más cariñosa porque la Esperanza se había convertido en una amiga muy querida y nos habíamos entendido muy bien desde el primer momento en que nos conocimos, ¡que yo algunas veces era muy intensa, que me lo decía todo el mundo!

No dejé de pensar. ¡Hija puta en el follón que se había metido!, porque si hubiera follado con el novio por lo menos se le podía endosar el chiquillo como niño suyo, pero entonces a ver qué hacíamos. Podía tener a la criatura, perder a su novio y ser una desgraciada toda su vida mal vista por todo el mundo o podía abortar y exponerse a ir a la cárcel si la trincaban.

Por la mañana no fue a trabajar, y ya algo más tranquila pudimos discutir sobre qué era lo que iba a hacer con el problemón que se había buscado. Estuvimos contemplando las

distintas posibilidades que teníamos. Cuando le mencioné lo del aborto, de pronto le llegó a su cara una iluminación como de esperanza y solución. Ya nada más que quería hablar de ese tema, porque si nadie se enteraba seguiría con el Amancio y se casaría con él. No tenía otra cosa en el pensamiento. Decidió abortar, no tenía duda, y lo quería hacer cuanto antes.

Sí, decidió quitarse el niño, pero no tenía ni idea de dónde ir, así que yo me vi involucrada en el *guisao*. El jueves por la mañana tampoco fue a trabajar, y sin decirle nada a nadie cogimos las dos solitas y nos fuimos agarradas del brazo hasta una calle cerca del Pumarejo donde vivía la Rosa, una mujer que alguna vez nos había hecho algún trabajito a las niñas cuando había hecho falta.

La Rosa vivía en una casa sevillana muy *destartalá* y muy vieja. Después de acordar el precio, trescientas pesetas, pasamos a la habitación donde la Esperanza primero se tomó tres copas de brandy y luego tuvo que quitarse toda la ropa. Se quedó casi en pelotas, nada más que con el sujetador. Tenía muchos cortes en los brazos, unos frescos con sangre aún, otros del color del chocolate y otros ya cicatrizados. A mí eso me llamó mucho la atención, pero no era el momento de hacerle preguntas. Imaginaba que era una *chalaúra* más de mi amiga.

La Rosa puso un hule sobre la cama y le dijo a la Esperanza que se tumbara bocarriba con las piernas abiertas. Cogió una aguja metálica de hacer punto, con una cerilla quemó la punta, luego le echó aceite de oliva y muy despacito

le fue metiendo la aguja por el *chichi*, que a mí me daba un repelucos que por poco no me caigo al suelo. ¡Qué susto por Dios! ¡Vamos, que después de ver lo que vi si me hubiera quedado *preñá* el niño hubiera ido para adelante seguro!

La Esperanza tenía la cara blanca como la leche, y es que se notaba que le tenía que doler mucho, se agarraba de mi mano tan fuerte que yo no sé cómo no me partió algún hueso de los apretones que me pegaba. Yo no quería ni mirar, aquella mujer movía la aguja de una manera que me daba un miedo de cagarme viva.

Llegó un momento en el que la Esperanza empezó a echar mucha sangre, la mujer paró y dijo que ya estaba. Le puso unos paños blancos y luego las bragas y le hizo beber un poco de agua que llevaba disueltos unos polvos de no sé qué pesticida del campo. La Rosa escribió el nombre de una medicina en un papel, me dijo que si seguía sangrando se la comprara y se la diera, y me dijo hasta la farmacia donde me lo venderían sin receta.

Cuando salimos de la casa, la pobrecita casi no podía andar y tuvimos que coger un taxi, y luego ya en casa empezó a vomitar que parecía una fuente. Se acostó, pero seguía echando tanta sangre que yo ya no tenía más paños blancos que ponerle y tal como se los quitaba los iba lavando en la pila y los ponía a secar. Le compré la medicina, eran unas gotas, y aunque se las tomó no mejoraba. Yo empecé a asustarme.

No podía ir a trabajar, apenas comía, no tenía fuerzas para nada y su cara parecía la de una figurita de porcelana blanca. El lunes, que ya habían pasado cuatro días, no mejoraba, seguía sangrando y ya casi tenía cara de muerta, así que yo me preocupé muchísimo y sin pensar en que podíamos ir a la cárcel, llamé al doctor Cornet, que vino inmediatamente.

Cuando la vio se puso las manos en la cabeza, se le notaba en la cara la preocupación y la gravedad del caso, preguntó que qué había pasado y le tuve que contar la verdad. Ordenó inmediatamente el ingreso en Corea. Yo ya me veía entre rejas, se me puso un puño en el pecho que me apretaba y no me dejaba respirar.

La llevamos en el propio coche del médico porque no quería ni siquiera esperar a la ambulancia, ingresó de urgencia en García Morato acompañada de don Antonio. Yo me quedé allí sentadita en la sala de espera muy asustada porque me parecía que la Esperanza se nos iba y porque suponía que me iba a pudrir en la cárcel. ¡Qué largo fue aquel tiempo en el que no paré de llorar ni un momento!

Cuando pasaron unas dos horas, don Antonio apareció en la sala. Me dijo que Esperanza ya estaba en la planta, me pidió que me quedara con ella y, muy serio, me soltó:

—No te preocupes, ya está todo hablado, no va a pasaros nada.

Por lo visto había hablado con no sé quién. No iba a trascender nada de lo que había ocurrido porque iban a poner

en los informes algo de metrorragia o una palabra así rara parecida. Yo me quedé mucho más tranquila, aunque el susto no me lo quitaba nadie.

Por la noche llegaron su madre y su hermana, yo pude irme a casa a descansar porque me dolían la cabeza, el alma y el futuro. Me fui llorando, descargando tanta tensión, ¡coño, es que creo que sin duda aquel fue el peor día de mi vida! ¡Nunca más, nunca más!

Iba todos los días a ver a la Esperanza y me gustaba charlar con su madre o con las monjas y enfermeras que la cuidaban. A las dos semanas ya estaba mi amiga otra vez en casa muy repuestita. Había perdido el niño, nunca pudo conocer aquella cara con ángel que se formaba en su vientre y que el cine le regaló. No tuvimos ningún problema y el Amancio no se enteró de nada.



## 10

### RETRATO EN NEGRO

Viernes 24 de noviembre.

Esperanza había conocido durante su estancia en la residencia García Morato a una muchacha de veintidós años llamada Mari Carmen, que también estaba ingresada porque había tenido un sangrado de la regla tan intenso que el médico decidió hospitalizarla. Vivía con sus padres y seis hermanos más pequeños que ella muy cerca de Esperanza, en el barrio de San Bernardo, y tenía un novio llamado Fernando, que en aquel momento estaba haciendo el servicio militar en el arma de Ingenieros.

A Mari Carmen también le gustaba muchísimo el cine, fue por eso que gracias a interminables conversaciones cinéfilas con Esperanza durante su estancia en Corea nació una animada amistad entre ambas muchachas, que comenzaron a citarse los fines de semana para ir a ver alguna película.

Durante todo el mes de noviembre había llovido mucho. Aquel día el agua bajaba del cielo como un telón gris, opaco e interminable. Esperanza, Mari Carmen y Fernando acudieron por la tarde al cine Los Remedios para ver la película *Retrato en negro*. Les apetecía ver a Anthony Quinn y a Lana Turner en una trama de intriga, además Esperanza

estaba segura de que el nombre del film no podía atraer a su persona ningún peligro ni ninguna desgracia. Tarde de paraguas, de impermeables y de una humedad que se había instalado en cada centímetro de la ciudad y en cada hueso de las personas que la habitaban. Un vaho que humillaba el leve calor de la sala de cine empañaba las gafas del acomodador.

Esperanza volvió a casa empapada, con el frío alojado en todo su cuerpo. Se cambió de ropa, se sentó en la mesa camilla al amor de la copa de cisco que había aventado Manuela y puso la radio.

Radio Sevilla ya informaba del desbordamiento del Guadaíra, de la evacuación de familias de distintas zonas del extrarradio inundadas el día 19, que se estaban comenzando a llevar a cabo nuevos desalojos en el aeropuerto Viejo, carretera de Carmona, Pino Montano y Miraflores. Manuela se fue a trabajar, aunque llevaba el susto colgado de su alma. Esperanza comenzó a preparar la cena preocupada, aunque se decía así misma que *El Correo de Andalucía* ya había tranquilizado unos días atrás asegurando que no había peligro de desborde ni del Guadalquivir ni del Tamarguillo. Miraba por el balcón y le parecía que el cielo había abierto de golpe sus compuertas para que el agua cayera a plomo sobre la ciudad.

Sábado 25 de noviembre.

La noche no amainó, el día amaneció también muy lluvioso. Esperanza miraba y miraba por el balcón el diluvio mientras Manuela dormía profundamente en su habitación.

A las dos de la tarde, Manuela apareció en bata en el salón comedor donde su amiga seguía mirando tras los cristales con el convencimiento de que pronto vería delfines surcando la calle Oriente. Conversaciones preocupadas con los vecinos, la radio alta, y el Guadaíra que inundaba Marqués de Pikman, Hitasa y la Universidad Laboral. Alcantarillado que se ahogaba y se atoraba de lodo víctima de lustros de abandono, colectores incapaces de absorber el agua. Carretera Amarilla, Cerro del Águila y Amate ya habían quedado anegados en aquella madrugada. Grandes crecidas de los arroyos Tamarguillo y Buena Esperanza preocupaban a la población y a las autoridades.

En San Bernardo, la casa de Mari Carmen se encontraba en uno de los lugares más bajos del barrio. Para acceder a la planta baja había que descender varios escalones. A esa hora de la mañana, el padre ya había levantado un pequeño tabique de medio metro de alto delante de la puerta. Toda la familia se sentía preocupada escuchando la radio.

A las cuatro menos cuarto, el inmenso caudal del Tamarguillo comenzó a deshacer el muro de defensa justo donde el arroyo se daba la mano con la autopista de San Pablo, abriendo lentamente una brecha de cincuenta metros por

donde las aguas se derramaron mansa, pero incontenibles en busca de la ciudad. Más tarde, el Guadalquivir inundaría la vega de Triana y el Tagarete volvería a la vida como si de un fantasma se tratase rezumando por las alcantarillas de la puerta de Jerez.

A las seis, en la casa de Manuela, todo era ir y venir con nerviosismo. Un húmedo pavor impregnaba las paredes y los cristales.

— ¡Niña, niña, ven, corre, escucha lo que dice la radio!  
— gritó Esperanza.

— ¡Por Dios!, ¿qué dice?

— Que se ha desbordado el Tamarguillo y se ha inundado toda esa zona de la Corza, San José Obrero y Pino Montano, y que en algunos sitios el agua llega a los dos metros. ¡Tú no te vas a trabajar esta noche!

— Bueno, vamos a ver cómo va la cosa. Ya veremos.

Sonó un toque de nudillos en la puerta y Manuela fue a abrir. Tras la puerta se encontraban Conchi y José, vecinos sexagenarios del piso bajo que habían subido asustados.

— ¿Estáis escuchando la radio? — preguntó Conchi.

— Sí, llevamos toda la tarde con la oreja puesta — contestó Manuela mientras les hacía un gesto para que pasaran dentro del piso.

— Es que hemos escuchado que en algunos lugares el agua ha llegado a dos metros de altura y tenemos mucho miedo. Hemos cogido el dinero, las joyas y algunos recuerdos

—Lloró Conchi mientras enseñaba una caja de zapatos. Aquella caja contenía una vida entera de vida en pareja.

—Pero eso es por la Corza, tranquila, que aquí no va a pasar nada, pero de todas maneras sentaos aquí a la copa con nosotras si así os quedáis más tranquilos. Voy a preparar café.

—¡Muchas gracias!

En su piso de Pío XII, donde vivía con su madre, el Curri escuchaba a Agustín Embuena en Radio Nacional de España informar de lo ocurrido y pedir la ayuda de voluntarios que pudieran ayudar al personal de servicio sanitario, del ejército, de las fuerzas de orden y del ayuntamiento que ya estaban trabajando para auxiliar en los casos más difíciles. Muy pronto, se comenzó a trabajar con los medios disponibles.

Sin dudar un momento, el Curri salió a la calle casi sin coger ropa de abrigo, tomó un taxi para que lo llevara a la calle Oriente, estaba muy preocupado por su novia. A la altura de María Auxiliadora, el automóvil tuvo que parar, pues el agua ya impedía su avance. El tráfico estaba cortado, allí fue informado el taxista de que era imposible llegar a La Calzada. Se había encontrado con la primera gran lámina de agua.

A la siete y media, la radio informaba que en la barriada de la Corza se encontraban vecinos atrapados en las azoteas y que en Pino Montano y Miraflores el ejército estaba montando ataguías para intentar impedir que el agua llegara al centro de la ciudad. Llantos y lamentos se instalaron en los ojos y en la

boca de Conchi cuando oyó que sobre las vías del tren el agua estaba empezando a alcanzar la Calzada y la calle Oriente. El fantasma de agua avanzaba sumergiendo la ciudad palmo a palmo sin descanso.

Esperanza y Manuela saltaron de sus asientos para correr al balcón, comenzó un trasiego continuo para mirar el nivel que iban tomando las aguas.

—¡Niña, que ya hay dos palmos de agua!

—¡Tranquilos todos, coño, que no va a pasar nada! Tú sigue mirando por el balcón que yo voy a hacer tila. Me parece que antes me equivoqué preparando café —exclamó Manuela.

—¡El agua sigue subiendo! —gritó Esperanza mientras Conchi comenzaba a sufrir un ataque de ansiedad. Le costaba respirar, el corazón golpeteaba dentro de su pecho.

—¡Mi casa, mi casa! —lloraba la anciana mientras su marido intentaba bajar por las escaleras para salvar alguna pertenencia más. Pronto subió sin nada, no se atrevió con el medio metro de agua que ya se había instalado en el bajo.

—¿Llegará el agua aquí?

—¡No por Dios! Este es un segundo piso.

En San Bernardo, la familia de Mari Carmen se apresuraba a poner en alto todo lo que podía, pero el agua ya entraba al barrio por grietas en el muro que separaba las vías y por la estación de tren. La muchacha, decidida, obligó a sus padres y hermanos a que se fueran de allí para que se refugiaran en lugares más altos. Después de muchas

discusiones, accedieron a llevarse a los niños, aunque Mari Carmen se quedó para intentar cuidar la casa y seguir poniendo enseres en alto. El matrimonio y sus seis hijos caminaron sobre láminas de agua que alcanzaban una cuarta, hasta llegar a la huerta de la Moraleja, junto a la huerta del Rey. Al lugar arribaron varias familias del barrio huyendo de la crecida lenta, pero imparable.

El Curri desistió del intento de llegar a la calle Oriente y pidió al taxista que lo llevara a Sierpes, donde se encontraba el Círculo Mercantil, lugar donde se pedía a los voluntarios que acudieran. Una vez en el Círculo, fue conducido, junto a otros tres hombres que se habían presentado, a la plaza Nueva, donde esperaban camiones Hispano Suiza del ejército ya cargados con barcas sacadas del estanque de la plaza de España.

A las ocho y media, el agua había engullido los bajos de las casas de la calle Oriente que se encontraban cerca del puente y amenazaba con atacar a los primeros pisos. Coches y autobuses urbanos habían quedado atrapados, abandonados y semisumergidos. La Venecia sevillana comenzaba a tomar forma.

Manuela abrió las puertas de su casa al oír ruido en las escaleras. Paqui, su vecina de planta, había hecho lo mismo. Ambas contemplaron cómo las dos familias de los primeros pisos subían llorando y asustadas. Las puertas permanecieron abiertas, un total de veinte personas se repartieron y se movían

constantemente del piso de Manuela al de Paqui y viceversa. Caras de miedo y preocupación. Se había convertido aquella segunda planta en un hormiguero asustado.

Mari Carmen comprendió que no podía permanecer en su casa. Pudo salir de ella por una ventana, fue inmediatamente ayudada a subir a la azotea de un vecino que la acogió igual que a otras familias. La azotea sirvió de refugio a un buen número de personas de San Bernardo, muchas de ellas eran niños. Sentada, con la espalda apoyada en el frío y húmedo muro, recibió una taza de café y una manta que la revivieron de su camisa mojada.

En casa de Manuela todo era desazón:

—¡Que dice la radio que el agua ha llegado a San Bernardo y que alcanza los dos metros de altura! ¡Y también al Fontanal, y la Barzola, y la Trinidad, y la Macarena!

Conchi se santiguaba una y otra vez, lloraba por su piso sumergido, los vecinos de los primeros aliviaban un poco el rostro al ver que el agua se había parado a medio metro de su planta, aunque no se atrevían a bajar y permanecer en sus casas. Aquel sucio mar dejó de trepar para anclarse a la altura del desastre.

El camión del ejército cargado de voluntarios, soldados con mono de faena y barcas, se dirigía a la zona de Ranilla, cerca de la prisión Provincial, pero no pudo acceder tomando la calle Oriente porque estaba inundada, además se comentaba que allí habían quedado dos mujeres muertas en el interior de

un vehículo. Aquella noticia colmó el nerviosismo del Curri que desde el camión escuchaba las campanas de San Bernardo tocando a repique. Campanas que anunciaban que la más absoluta desolación se había instalado en casi toda la ciudad.

A las once, se comenzaron a freír huevos y patatas en los pisos de Manuela y Paqui, aunque nadie tenía hambre debido al inmenso susto que habían sufrido y soportado. Se sacaron frutas, pan, cervezas, una garrafitita de vino y Esperanza sacó su botella de Caballero nueva que estaba recién estrenada. Sonó de nuevo el molinillo de café, el aroma que desprendía la cafetera humeante se adueñó del piso y de los olfatos. El quinqué de petróleo y las mariposas estaban preparadas por si se producían cortes de luz.

—¡Y dice que el centro se está empezando a inundar, que el Tamarguillo se ha desbordado también en Su Eminencia, que el Guadaíra ha rebosado otra vez, que está llegando el agua hasta el parque de María Luisa y la puerta de Jerez y que por la avenida alcanza hasta la calle Harinas!

La misión del Curri y del resto de los voluntarios era llegar en barcas hasta una zona de casas bajas para evacuar a un buen número de personas que se habían subido a los tejados de sus viviendas haciendo un agujero en el techo. Acababan de llegar los voluntarios justo hasta donde el agua permitió a los camiones avanzar.

En San Bernardo, en la azotea de aquella casa, Mari Carmen pasó la noche envuelta en una manta que le había

prestado un vecino. Cenó medio pan con un trozo de chorizo. Compartía su miedo con varias familias también acogidas y con un batallón de niños que se tomaban lo ocurrido como una aventura de película. Sentía que no estaba sola y que, aunque había quien penaba por su cuenta, reinaba un ambiente de ayuda y hermandad. Todo se solucionaría.

La preocupación, el miedo, la incertidumbre, el llanto y la desesperación se hicieron dueños de los sevillanos, que contemplaban casi sin creerlo todavía cómo Sevilla iba perdiendo su color para convertirse progresivamente en un retrato en negro. Retrato en negro de aguas sucias, de muebles flotantes malparados y de animales muertos. Frío en la temperatura y frío en el futuro.

Domingo 26 de noviembre.

Con el impedimento de la noche, el Curri y un soldado ayudaban con la barca a la evacuación de aquellas almas temerosas. Niños, ancianos y personas impedidas eran trasladadas hasta donde se encontraban los camiones, que a su vez los trasladaban al hospital Militar, al de las Cinco Llagas, a la Cruz Roja de Triana o a refugios que ya a esa hora de la noche estaban preparados para recibir afectados. Los voluntarios también proporcionaban a las personas que permanecían en los tejados mantas y alimentos.

Evacuados, cobertores, comida, agua, cansancio y la luz del día que comenzó a asomarse por el levante. Las zonas

céntricas y la Alameda ya habían sucumbido bajo el agua que surgía de los usillos. Máxima altura de la inundación, tres cuartas partes de la ciudad afectada, los pilotos de los helicópteros contemplaban desde el cielo cómo Sevilla se había convertido en un mar sucio, gris y opaco.

La casa de Manuela volvía a oler a café una vez más, a tostada, a mantequilla, a sueño, a cansancio, a incertidumbre, a solidaridad y cariño. El sonido de los helicópteros que por el cielo de hielo iban y venían para entregar pan y leche condensada a personas atrapadas en las azoteas y tejados de sus casas, se oía por los balcones. La calle Oriente convertida en un lago enlodado no parecía bajar su nivel. Automóviles y autobuses sumergidos se veían desde el balcón, las barcas de remo y las motoras surcaban la calle como si de un canal se tratase.

Caos, candelas en la calle, no funcionaban los servicios de autobuses, taxis, tranvías. El aeropuerto de San Pablo permanecía cerrado. Las aguas alcanzaron la central telefónica de la calle Oriente y habían quebrado la comunicación telefónica. El servicio ferroviario también estaba cortado. El colector general de Heliópolis trabajaba sin descanso, fatigado e impotente para absorber el agua.

Deportistas del Club Náutico y del Frente de Juventudes se movían rápido entre las aguas con sus piraguas llevando alimentos a los atrapados, que con una cuerda y una talega subían los panes y la leche conservada en lecheras de

latón. Ambulancias, que rodaban por donde podían y que hacían tocar sus campanas tañidas por voluntarios, trasladaban enfermos a los hospitales. En la estación de Cádiz los trenes estaban semihundidos y las traviesas flotaban en el agua. En el centro, las personas pasaban de unos lugares a otros sobre improvisadas pasarelas hechas con tablones. Los árboles se poblaban de gatos. Para los niños comenzaba una fiesta sin fin chapoteando con sus botas de goma sobre las aguas y jugando a marineros.

Un helicóptero tuvo que hacer una maniobra peligrosa para recoger a un enfermo que sufría perforación de estómago. Sobre la azotea de un bloque de San José Obrero, un hombre ondeando dos trapos: uno de color rojo y otro blanco, pedía ayuda. Un sacerdote hacía al aire la señal de la cruz. El helicóptero pudo evacuar al enfermo, no sin antes haber puesto en juego la vida del piloto. Humanidad y profesionalidad se daban la mano en aquel día de escarcha.

Desde el balcón, al que salía una y otra vez, Esperanza contemplaba aquella ciudad en la que los vehículos rodantes estaban casi sumergidos y por donde transitaban piraguas y barcas. En la radio, José Manuel del Castillo en Radio Vida informaba de la situación.

—Niña, dice que aquí en nuestra calle han muerto dos mujeres, pero no ahogadas, sino del susto. También dice que en la carretera Amarilla dos niños se cayeron de una barca al agua y que se han ahogado. ¡Pobrecitos! Han llegado unos

pontoneros de Zaragoza para ayudar al taponamiento del Tamarguillo, los americanos de Rota y Morón están ayudando con helicópteros a entregar alimentos y a transportar enfermos.

—Lo que yo no sé es cuándo va a bajar el agua. Ni Paqui ni yo tenemos comida para tanta gente. Si sigue así la cosa tendremos que hacer nosotros también señas desde el balcón para que nos traigan algo —dijo Manuela preocupada.

Se oyó una voz que desde el exterior gritaba:

—¡Manuela, Manuela!

Era el Curri, que desde una barca llamaba a su novia. La mujer salió al balcón saltando de la alegría de saber que él estaba bien. Su novio le explicó lo que estaba haciendo desde la tarde anterior. En aquel momento estaba evacuando personas y aprovisionando de alimentos a la zona de la Calzada.

—¿Tenéis comida?

—Por ahora sí, pero solo para un día o dos, que aquí hay mucha gente.

—El agua ya está bajando, aunque muy lentamente.

La barca se fue alejando hacia el inundado cuartel de la Guardia Civil mientras el Curri llamaba la atención, como siempre, lanzando besos al aire de una manera tan exagerada que su compañero de barca rompió a reír a carcajadas.

Radio Vida, Radio Nacional de España, Radio Sevilla. Los vecinos iban de una casa a otra para escuchar una u otra

cadena. Unos sentados en sillones, otros en sillas y algunos en el suelo, contemplaban el pasar de las horas. Los mayores se refugiaban del frío en la mesa camilla con su copa de cisco. Aguardaban el terrible momento en que pudieran bajar a ver su piso. Espera sin calma, resignación y desconfianza en el futuro.

En San Bernardo, Mari Carmen veía cómo los helicópteros les lanzaban comida, que era repartida entre los refugiados en aquella azotea. Piragüistas que tomaban el pie del puente de San Bernardo como improvisado embarcadero también les hacían llegar mantas y medicinas.

En la calle Oriente, al caer la noche, los vecinos del primer piso volvieron confiados a sus casas. Los ancianos del bajo tuvieron que volver a pasar la noche en casa de Manuela.

El Curri retornó a su hogar la noche del domingo absolutamente agotado y sin haber comido en más de veinticuatro horas más que un bocadillo y alguna pieza de fruta.

Lunes 27 de noviembre.

En la tarde del lunes, la altura de las aguas alcanzaba aún treinta centímetros. Manuela, Esperanza y Paqui acompañaron a los ancianos. Sumergidos los pies y los tobillos, costó mucho trabajo abrir una puerta que se resistía a empujar al lodo. Cuando pudieron acceder a la vivienda, supieron

inmediatamente que tenían que abrazar fuertemente a Conchi porque se iba a desvanecer al ver en lo que se había convertido su casa. El color había desaparecido, se había perdido todo. Fango, fango y fango. Muebles inservibles y cajones en los que era imposible adivinar cuál había sido su contenido, pues eran masas grises y deformes. Cuadros flotando, lámparas inservibles, botellas de barro, mesas y sillas podridas, aparato de radio de lodo, armario y ropa para dedicarles el último adiós.

Los vecinos, incluido el Curri que acababa de llegar, se remangaron camisas y pantalones. Con cubos echaban agua hacia el exterior y con escobas arrastraban el lodo hacia la calle. Los ancianos lo habían perdido todo, aquella noche tuvieron que ser alojados de nuevo en casa de Manuela. Toda una vida encerrada en el contenido de una caja de cartón. Nada había quedado, solo el desastre y el desamparo.

En el Tamarguillo, a las tres de la tarde, los soldados del arma de Ingenieros al mando del general Guiloche, junto a pontoneros de Zaragoza y técnicos de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, acometieron el taponamiento de la brecha principal. Fernando, el novio de Mari Carmen, fue movilizadado junto a su compañía. Se esforzaba a destajo intentando tapar con sacos terreros la brecha abierta en el muro de contención. Sobre gaviones de grava se iban depositando cientos de miles de sacos terreros. Burros y mulos acercaban los sacos a los soldados, que sin descanso y

hundidos en el barro trabajaban día y noche. Grupos electrógenos iluminaban la faena. Agua, frío, esfuerzo que calentaba los cuerpos de los soldados. Sin parar, sin parar, sin parar, a contrarreloj.

En San Bernardo, las aguas aún se mantenían altas. Una señora, madre de una familia de seis hijos, se sintió muy indispuesta, vomitaba, la frente le hervía de calor. Los hombres hicieron señas con un pañuelo a una barca de la Cruz Roja que mañana y tarde pasaba preguntando con un megáfono si había alguna persona enferma. Un médico y un practicante saltaron de la barca con unos pantalones de plástico que le llegaban hasta la cintura y atendieron a la enferma. Cuando acabaron su labor, prosiguieron su camino acuático preguntando megáfono en voz.

Mari Carmen sabía que su familia estaba bien porque se lo comunicaban algunos voluntarios que con sus barcas llegaban también a la huerta de la Moraleja. Según le contaban, el capataz ordeñaba las vacas y les daba leche. El ambiente en la huerta era de alegría, pues cantaban y bailaban a menudo.

Martes 28 de noviembre.

Las aguas bajaron, los sevillanos se convirtieron en un ejército armado de cubos y escobas para dejar la ciudad limpia. Amigos, familias, asociaciones, ayuntamiento. Codo a codo, todos a una.

Esperanza y Manuela pudieron reincorporarse al trabajo mientras Amancio, preocupadísimo, por fin pudo ponerse en contacto con su novia solicitando una conferencia desde Madrid con el teléfono del restaurante La Marina. Había llamado todos los días desde que se enteró por las noticias de la inundación, sabía por los camareros que Esperanza se encontraba bien, aunque aislada por las aguas, pero no fue hasta que escuchó su voz que pudo quedarse tranquilo.

Miércoles 29 de noviembre

En los cielos se dejaron de oír los tranquilizantes sonidos de los helicópteros y los servicios públicos quedaron restablecidos. Tras cincuenta horas de trabajo sin desmayo, los soldados del arma de Ingenieros lograron concluir el taponamiento de la brecha principal por donde el Tamarguillo vomitó desolación. El teniente general Castejón se paseó airoso y satisfecho sobre el nuevo dique para demostrar la firmeza del mismo. Fernando estaba absolutamente agotado mientras recibía, junto a los otros soldados, las felicitaciones de los mandos.



## 11

### ESCRITO SOBRE EL VIENTO

Diciembre amaneció del color del lodo. El ayuntamiento emprendió la «operación barro» de limpieza de la ciudad, los pontoneros de Zaragoza regresaron a su base y comenzó el realojo de aquellas personas que habían perdido sus hogares.

Conchi y José pudieron salvar su casa, arreglarla con ayuda de vecinos y amueblarla con enseres nuevos de ayuda oficial. Mari Carmen vio cómo la suya había quedado absolutamente en ruinas. Junto a su familia, fue alojada de emergencia en un refugio habilitado en la avenida de Ciudad Jardín, que estaba siendo construido para albergar la sede de la Escuela de Magisterio. Dos habitaciones aceptables en las que tendría que vivir con sus padres y sus seis hermanos. A su puerta llegaban todos los días dos coches tienda de la Comisaría General de Abastecimiento y Transportes. Sus hermanos pequeños pudieron acudir a la escuela habilitada en el propio edificio, y el benjamín, que solo contaba cuatro años, era atendido diariamente en la guardería y jardín maternal del Auxilio Social de la Ciudad Jardín. La familia quedó a la espera de una morada definitiva, pero sabían que tendrían que esperar años porque la inundación había multiplicado por mil el ya existente y grave problema de la vivienda en Sevilla.

El día 10 Mari Carmen, por fin, pudo salir a pasear tras haberse conseguido una cierta normalidad en su nuevo hogar refugio, y consiguió, después de mucho rogarle a Esperanza, que la acompañara al cine Imperial a ver a Elizabeth Taylor en *Una mujer marcada*. Esperanza no quería ir de ninguna de las maneras, pero se sobrepuso a su miedo y aceptó. Después se alegró porque le gustó mucho la película, pero el temor no se le quitaba del pensamiento.

En Madrid, Amancio se había enterado de que un colega suyo, Bobby Deglané, había comenzado a presentar un espacio especial de su programa *Cabalgata fin de semana*, emitido desde el auditorio de Radio España en Madrid llamado *Operación clavel*, con objeto de recaudar fondos, alimentos, juguetes, ropa y enseres para aliviar el sufrimiento de las personas que lo habían perdido todo en la inundación de noviembre. El programa era retransmitido también por Radio Nacional de España. Inmediatamente, pidió a la dirección de ABC ser destinado para cubrir la información gráfica del programa, y así pudo publicar el 8 de diciembre una fotografía en la que Bobby, tras el alto micrófono de Radio España, entrevistaba al comisario general de abastecimientos y transportes. El programa acababa de nacer.

Amancio, todas las noches, se encaminaba a los estudios radiofónicos donde con puntualidad comenzaba el programa a las diez y media, para volver a su casa en la calle

Huertas pasada las tres y algunas veces hasta las cuatro de la madrugada.

A los pocos días de comenzar el programa, ya se formaban largas colas de madrileños que, refugiados bajo sus abrigos de lana y sus bufandas, esperaban para asistir como espectadores al espacio radiofónico. Como periodista no tenía que esperar colas, entraba directamente al auditorio donde Bobby, al que apodaban «Florido Verbo», cada noche, con su comunicación maestra, su simpatía, entonación perfecta, dulce acento chileno y profesionalidad, dirigía un espacio divertido en el que se motivaba a los oyentes a enviar sus donativos. Amancio lo contemplaba todo a través de su maravillosa Leica m3 que tan silenciosamente sonaba al disparar.

Día a día, el número de llamadas fue creciendo hasta el punto que fue preciso contratar a un equipo de cincuenta telefonistas que atendían cada noche hasta tres mil oyentes que se ponían en contacto con el programa para ofertar su generosidad. Incluso la duquesa de Alba, nombrada presidenta de honor, junto a numerosos artistas muy conocidos, atendía llamadas telefónicas.

Amancio informaba todos los días de lo ocurrido en cada programa, por donde vio pasar delante del objetivo de su cámara a miss España, a Gloria Lasso, al humorista Kiko, a Antonio el bailarín, Manuel Zuasti director de Radio España y hasta el propio Amancio para explicar cómo ABC preparaba la información sobre cómo sería la caravana que partiría hacia

Sevilla. Cada noche, cincuenta disparos silenciosos de cámara fotográfica.

Música, concursos, dedicatorias, ganas de felicidad y la voz amable de Bobby que convencía y animaba a todo el mundo. Y Amancio vio pasar ante su Leica a numerosos artistas, y fotografió cómo Pirulo, el entrañable vendedor de golosinas, entregaba al presentador cinco mil globos para alegrar la Navidad a los niños sevillanos, y vio cómo Bobby puso a subasta su propio pelo, y comprobó cómo algunas aportaciones llegaban hasta las doscientas mil pesetas en mercancías o enseres, y oyó la lectura de una carta de Mario Moreno Cantinflas enviada desde México ofreciéndose para participar en un festival taurino. También informó de que se había conseguido una emisión especial de sellos de ayuda a Sevilla en las provincias españolas de Ifni, Río Muni y Fernando Poo, donde aparecían la Giralda y la torre del Oro. Amancio sintió cómo la generosidad de todas las sencillas gentes de España abrumaba las emociones en los ojos de tantas personas que en Sevilla escuchaban cada noche Radio España o Radio Nacional.

Esperanza, sentada junto a la radio de cretona, frente a su copa de Fundador y al amor del cisco encendido y aventado cada tarde por Manuela, escuchaba la cancioncilla:

«Operación Clavel,  
latir de corazones,  
Operación Clavel,

para regar tus flores».

Lloraba su emoción cada noche, volvía a creer en la bondad del ser humano y le costaba trabajo acostarse antes de las dos de la madrugada.

Ella había comprado días antes varios claveles que había entregado a un grupo de voluntarias que querían enviarlos como regalo de las mujeres sevillanas a las mujeres madrileñas como prueba de agradecimiento. La noche que escuchó cómo Bobby narraba sobre las ondas que se estaba haciendo entrega a los presentes en el estudio de mil claveles, volvió a llorar emocionada al saber que los suyos estarían ya perfumando el olfato de alguna buena mujer de Madrid. Amancio fotografió cómo aquella noche cada persona que asistía al programa se iba a su casa con su clavel en la mano.

Esperanza cada noche escuchaba, bebía y lloraba. Si Bobby hablaba de su madre, trianera de la calle Gonzalo Segovia, lloraba. Si un actor le echaba piropos a Sevilla, lloraba. Si alguna persona muy humilde hacía una donación que casi no se podía permitir, lloraba. Y Sevilla entera lloraba de emoción agradecida.

Cada día, voluntarios en el centro receptor de Madrid clasificaban las donaciones y las embalaban en cajas de cartón que tenían dibujado un clavel y en las que se podía leer en letras grandes: «OPERACIÓN CLAVEL». Los hombres montaban las cajas, las mujeres hacían el envasado.

El domingo 17 de diciembre a las doce de la noche, Esperanza oyó cómo concluía la última edición del programa radiofónico. En él había escuchado a la duquesa de Alba, al marqués de Valdivia, a Natalia Figueroa y a Sancho Dávila, también pudo conocer que se había podido recaudar, en los pocos días que duró el programa, hasta diez millones de pesetas, alimentos, juguetes, vehículos para transporte y enseres. Aquella misma tarde, Esperanza había acudido junto a su amiga Mari Carmen al cine Bosque para ver a Rock Hudson y Lauren Bacall en una película titulada: *Escrito sobre el viento*.

La mañana del 18 de diciembre, muy de temprano, la cámara de Amancio comenzó a recordar para siempre gráficamente cómo en la madrileña Plaza de Legazpi se fue formando la caravana que partiría hacia Sevilla. Ofrecidos por la Comisaría General de Abastecimientos y por particulares, ciento cuarenta y dos camiones, ciento cincuenta turismos y ochenta y dos motos esperaban su salida. Entre ellos el camión más grande de España cargado con veinte toneladas de víveres. En los turismos iban a viajar gran cantidad de artistas como Antonio el bailarín, Vicente Parra o Mari Santpere. Sonrisas y fotos y más fotos. Estaban acreditados más de treinta periodistas de distintos medios. Amancio, con su distintivo bien visible, sonreía a la alegría de aquel bullicio feliz porque al día siguiente volvería a ver a Esperanza.

Cinco camiones iban cargados de juguetes, tres de vino y el resto transportaban toneladas de patatas, cientos de miles de docenas de huevos, miles de kilos de turrónes, golosinas, latas de sardinas y de guisantes. Diez toneladas de jabón y detergente, once de lentejas y cinco de alubias, miles de cajetillas de tabaco y millones de gracias que ya habían recibido desde Sevilla.

Autoridades y un sinfín de personas se habían dado cita en la plaza para despedir a la caravana. Los presidentes de honor de dicha caravana: Sancho Dávila y la duquesa de Alba, departían alegremente con Bobby Deglané, Luis Matínez de Irujo y Pedro Gual Villalbí. Foto y nuevo carrete.

Bobby dio la orden, la caravana de la felicidad, alumbrada gracias a la radiodifusión, partió entre aplausos, vivas a Sevilla, alboroto y sonar de cláxones. Abría la comitiva un vehículo que portaba sobre su techo la imagen de María Auxiliadora sobre una nube de flores, con un frontal en el que se podía leer: «Operación Clavel», y tres coches de la Guardia Civil con un teniente coronel al mando. Tras ellos los duques de Alba con el jefe de la caravana señor Thomas, seguidos por otros coches en los que viajaban Bobby, el director de Radio España señor Zuasti y personal de la emisora. Bobby, siempre pegado a su micrófono, retransmitía cada instante porque Radio Nacional de España hizo el recorrido portando una emisora portátil.

La caravana salió de Madrid. Claxon, claxon, claxon, adiós, adiós, adiós con la mano, rumbo al sur, ocupando catorce Kilómetros de carretera. Al pasar por los pueblos, la gente seguía haciendo donaciones y aplaudía el convoy al grito de ¡viva Sevilla!, y las cooperativas agrarias y ganaderas, así como las asociaciones culturales y religiosas hacían sus aportaciones. Comisiones locales y corporaciones municipales bajo masas salían al encuentro y hacían entrega de nuevos donativos. En Valdepeñas se realizó la «Operación Vino».

Llegada a Córdoba. Por la tarde festival en el Gran Teatro organizado por Radio Nacional de España en Sevilla y colaboración de Radio Córdoba. Noche de entusiasmo y de fiesta benéfica presentada por Bobby Deglané, que ese mismo día había sido nombrado hijo adoptivo de la ciudad de Sevilla.

Amancio tenía hambre de tres días, pues solo había comido un bocadillo en toda la jornada. Después de la cena, mientras se quedaba dormido, agolpaba en su mente miles de imágenes, el leve sonido de su cámara disparando, voces y voces, algarabías y cansancio.

Sevilla entera pegada a la radio. La Operación Clavel había sabido multiplicar el ánimo de los sevillanos, exultantes con la solidaridad de toda España. Vecinos de la Corza y de Árbol Gordo reunían dinero para comprarle a Bobby una medalla del Gran Poder. En el reverso grabado: «Los habitantes de la Corza y Árbol Gordo a don Bobby Deglané de todo corazón». Querían entregársela cuando llegara al puente

del Tamarguillo, fue costeada con donaciones de una o dos pesetas por habitante.

El puente sobre el Tamarguillo había sido engalanado con flores y ramas de palmera. Esperanza y Manuela, con la ayuda de vecinos,0' adornaban la calle Oriente con banderas, flores, cadenetas de papel, gallardetes, arcos de palmera, mantones de manila y colchas de raso como colgaduras. Todos los sevillanos lo pensaban y lo harían, no cabía otra: ¡había que ir a esperar a la Operación Clavel!

Amaneció con sol brillante sobre un cielo espléndido de azul de diciembre. A las ocho de la mañana, concentración frente a la puerta principal del Gran Teatro de Córdoba. A las nueve y media se dio la orden de marcha y de nuevo, entre alegre algarabía y toques de claxon, la caravana puso rumbo a Sevilla. Córdoba despidió con entusiasmo, entre miles de personas, al que llamaban «el convoy del amor». A Amancio le supo el café a felicidad, aquel día vería a Esperanza. Antes, ya le había dicho por teléfono que cuando acabara su labor iría a verla a casa de Manuela, aunque eso sería ya bien de noche, pues tenía que cubrir la llegada a Sevilla, la recepción por parte de las autoridades y la entrega de mercancías.

A esa misma hora, del aeródromo de Cuatrovientos despegaba la avioneta marca Simpson matrícula EC-AF de la compañía Ícaro pilotada por Luis María Jiménez Romano, un joven de veinticuatro años que sustituía por enfermedad al piloto titular. Lo hizo desinteresadamente. Iba acompañado

por Enrique García Fernández, director comercial de la compañía, y de Antonio Fernández Navas, fotógrafo de la revista Actualidad Española. La avioneta alcanzó el deslumbrante cielo para realizar un reportaje gráfico sobre la Operación Clavel.

A la llegada a La Carlota, engalanada con banderas y pancartas, Amancio ya saboreaba el infinito cariño que les esperaba. Gente y más gente. El alcalde ofrecía dos camiones y un Land Rover cargados con patatas y otros alimentos.

Antes de llegar a Écija, la avioneta ya saludaba a la caravana. Bajo sus alas se podía leer: «Operación Clavel». A las once y cuarto llegada a la ciudad, que saludaba sonriente con sus altas torres. Muchísimo público, vítores constantes y pancartas: «Écija saluda a la duquesa más aristócrata de Europa». El alcalde, toda la corporación y el cura obligaron a Bobby Deglané a bajar del coche. Amancio, atento para que nada se escapara a su objetivo, acudía corriendo entre amables codazos con sus colegas de otros medios. La mañana más bella de la historia.

En La Luisiana, los escolares formaban filas de bienvenida, banda de música al cielo, en la carretera se había escrito con cal: «Afecto hacia Radio España, Bobby Deglané y Operación Clavel».

Antes de llegar a Carmona, la carretera ya estaba atestada de gente. A las doce y cuarenta, la ciudad saludaba con su banda infantil de los Salesianos, que interpretaba

marchas. Las calles engalanadas, gentío. La banda municipal de música no dejaba de tocar, niños uniformados desfilaban delante del primer vehículo que portaba a María Auxiliadora. Treinta y dos camiones se unieron al Convoy, decenas de cohetes que silbaban hacia el cielo y estallaban de alborozo dibujaban más sonrisas a la mañana. Puerta de Sevilla, ya quedaba muy poco para la ilusión. La avioneta saludaba a una altura que a Bobby no le gustaba, por lo que le hacía gestos para que no volara tan bajo.

En Sevilla, día esplendoroso de luz, todos a la calle, risas, gozo y diversión. En la autopista ya no cabía nadie, arcenes repletos de personas de todas las edades. A la altura del cortijo de la Gota de Leche, la cámara de Amancio ya captaba alegres pancartas: «Viva la duquesa de Alba. Viva Bobby y toda la caravana». Y niños, y mujeres, y abrigos, y sombreros, y cámaras de fotos, y gente subida en alto. «La barriada de La Corza saluda a Bobby Deglané y a la alegre caravana de la Operación Clavel».

Esperanza había quedado con Mari Carmen y con Fernando en el puente de la autopista sobre el Tamargillo, muy cerca del lugar donde se desbordó. Habían oído que allí, vecinos de Árbol Gordo y de la Corza esperarían a la caravana para hacer entrega de su presente a Bobby. Querían verlo en persona cuando bajara del coche, además era el sitio señalado para la entrega del clavel de oro a la duquesa. Manuela prefirió

quedarse en casa escuchando la radio y ver la caravana desde su balcón a su paso por la calle Oriente.

Al llegar al puente, Esperanza vio que ya esperaba al convoy un gran número de personas. Coches de caballos con alumnos del conservatorio vestidos con sombreros de ala ancha, muchachas con trajes de flamenca que cantaban sevillanas de bienvenida y caballistas que esperaban con mujeres a la grupa el paso del convoy.

Personas de todas las edades, madres con niños, abuelos, gente joven. Un niño con un abrigo azul estaba sentado sobre el bordillo en primera fila y contagiaba la ilusión que expresaba a cada momento.

Y pancartas: «Este es el Tamarguillo, chiquito pero matón».

Y más pancartas: «Operación Clavel, a Sevilla ha vuelto la alegría».

Mari Carmen y Fernando llegaron justo cuando la gente saludaba a una avioneta que sobrevolaba la multitud y lanzaba octavillas informativas sobre la Operación Clavel.

En la entrada a Sevilla, la gente vitoreaba a los primeros vehículos del convoy. Veían pasar la ilusión mientras la escuchaban en los aparatos de radio. Vecinos de la calle Arroyo llevaban una pancarta con la cara de Bobby Deglané y un dibujo de la Giralda vestida de gitana: «Las familias que en la fábrica de sombreros y en las chozas habitan desean que estas buenas almas les hagan una visita». «Viva el locutor más

grande y la duquesa más buena que han venido a Sevilla a invitarnos en Nochebuena».

Tenían prevista la llegada sobre las dos de la tarde para entrar por la autopista de San Pablo, calle Oriente, Menéndez y Pelayo y Plaza de España, donde estaba prevista la recepción por parte de las autoridades. Ya, desde las inmediaciones de Menéndez y Pelayo hasta el aeropuerto en la salida hacia Madrid, todo estaba repleto de personas. La palabra gracias era lo más repetido. La gente, vestida con lo mejor que tenía, llevaba bocadillos para comer, porque aquel se había convertido en un día de fiesta único como no había existido otro. Esperaban hasta diez bandas de música, una de la base americana. Y más gente y más pancartas: «Bobby con pelo o sin pelo en Sevilla te queremos».

Amancio fotografió a un niño con ramo de flores, a la muchedumbre saludando entusiasmada, a gente que corría en paralelo a los vehículos, a los besos con la mano al aire. La masa lo invadía todo.

La avioneta subía y bajaba y decía adiós mientras contemplaba desde el cielo cómo la caravana se paraba al recibir órdenes para mantener una perfecta organización.

Un coche de Radio Vida hacía un reportaje con entrevistas cerca del puente, Esperanza y Mari Carmen fueron de las primeras que casi gritaron su entusiasmo ante el micrófono. Pronto, tanto periodistas como público, señalando con el dedo hacia el cielo azul, cayeron en la cuenta de que la

avioneta volaba muy bajo. Pensaron que podría provocar un accidente.

El aparato volaba realmente muy bajo, ya le venían avisando desde Carmona que no lo hiciera. Insistía para poder captar mejor las pancartas, e iba y venía, subía y bajaba. Parecía que, como el título de la película que Esperanza había ido a ver dos días antes, quería dejar escrito sobre el viento lo que iba a ocurrir. En una de las pasadas, casi rozó con un cable.

Cinco días antes de Nochebuena, a la una y veintiún minutos de la tarde, el fotógrafo quiso que el piloto descendiera para tomar una instantánea de una pancarta. A las puertas de Nervión, sobre el puente del Tamarguillo, el tren de aterrizaje chocó y cortó el cable de alta tensión que cruzaba la autopista. Se oyó el chasquido al romperse el cable eléctrico y pudo verse en el aire una nube de purpurina: se había desintegrado la pintura de la avioneta. El cable cayó quemando a las personas, la avioneta descendió en vertical unos metros y luego, en vuelo a ras de la multitud, cayó de pleno en el centro de la autopista para acabar su tétrico viaje en el arcén derecho de la misma, justo donde se encontraba la pancarta que llamaba al Tamarguillo chiquito pero matón. Con ruido de terremoto y tanto humo que impedía ver, caído como el infierno sobre las personas que allí se encontraban, provocó que la muerte descendiera desde el cielo.

Esperanza, ojos incrédulos clavados en lo que estaba viendo, contempló cómo la alegría se convirtió en miedo y

cómo el pánico hacía huir a la gente despavorida. Gritos, muertos, heridos y gente tirada en el suelo. A la primera fila le había tocado la peor suerte. Una persona con el cuello cortado yacía a pocos metros de ella. Un ala había salido despedida y había partido la pierna de Mari Carmen que histérica gritaba desde el suelo llamando a Fernando. El niño del abrigo, que saltaba de gozo minutos antes, se reflejaba en la retina de Esperanza muerto, tirado sobre el asfalto con un trozo de abrigo en la mano como gesto del último intento de aferrarse a la vida. Humo y fuego. Gritos desgarradores de los heridos entre los muertos. Cuerpos mutilados sobre el pavimento, llamadas de auxilio entre familiares y amigos, sangre. Cuerpos carbonizados, una niña muerta pisoteada por la estampida.

Una señora se salvó corriendo hacia la orilla donde pudo rescatar, tirando de los cabellos, a una niña que la gente había caído en su huida salvándola de morir pisoteada. Un muchacho intentó sacar de entre las llamas a su madre, pero se quedó solo con un trozo de su mantón entre sus manos. En el suelo zapatos, cuerpos, prendas, sangre y dos sacerdotes impartiendo la extremaunción a los desdichados que veían las últimas luces de sus vidas. Gritos de espanto y llantos. Coches de caballos con personas sangrando. Esperanza, inmóvil, con ojos redondos de mirada perdida, amparada por algún santo que obraba el milagro que no se la llevara el gentío hecho pánico en forma de carreras de ciega huida.

El piloto de la avioneta y el director de la revista habían fallecido, el fotógrafo pudo ser liberado de entre las llamas por alguna persona valiente que se quemó las manos para devolverlo a la vida.

Radio Vida, la misma cadena que había entrevistado a Esperanza, retransmitía lo que estaba ocurriendo. El padre Linares, micrófono en mano, ponía voz al horror. Manuela, incrédula y asustada, escuchaba en directo radiofónico el espanto mientras se abrazaba al Curri y lloraba.

La gente intentaba apagar las llamas con las ramas de palmera. Zapatos de hombre y de mujer junto al avión. Dolor, gestos heroicos. Un muchacho se daba cabezazos contra los árboles. Miedo, pánico, gritos. Alguien ardiendo y alguien que le echaba una chaqueta por encima. Cuerpos tapados con las palmeras que adornaban el puente, entre ellos los del piloto de la avioneta y el del director de la revista Actualidad Española.

La gente se organizó rápida para evacuar a los accidentados. El coche de Radio Vida fue uno de los primeros en transportar heridos. El ruido de la explosión y los gritos alarmaron al público, la noticia corrió de boca en lamento. Manuela, loca, veía desde su balcón cómo por la calle Oriente bajaban personas corriendo entre gritos. En aquel mismo momento envió al Curri a buscar a Esperanza.

Ruidos de sirenas en el prado de San Sebastián, ambulancias y bomberos veloces por la avenida de José Antonio. Mari Carmen fue subida, con mucho dolor, a una

furgoneta que la trasladó al hospital de las Cinco Llagas. Heridos y muertos en camiones. Automóviles y furgonetas se dirigían hacia el Equipo Quirúrgico Municipal, donde solo se encontraban en servicio un médico y un practicante de guardia, y residencia García Morato. Vehículos particulares espontáneos, entre ellos un isocarro que recorrió la calle Oriente con un cuerpo sin cabeza en la batea. Manuela quiso morir en el instante en que lo vio. Coches de voluntarios agitaban pañuelos blancos. En pediatría de las Cinco Llagas, niños con traumatismos craneales. No estaban preparados los centros para recibir y tratar tal avalancha de heridos, contaban con medios muy rudimentarios.

Un reportero de *ABC* en motocicleta llegó al encuentro de la caravana y dio la fatal noticia que escucharon, en primer lugar, los duques de Alba y Bobby, que se tapaba la cara con ambas manos. Amancio sabía del lugar en el que Esperanza aguardaría a la comitiva, justo en el que su compañero reportero narraba que se había producido el accidente. Un miedo intenso con peso de plomo le impidió seguir haciendo fotos.

Se suspendieron los actos festivos contando con el acuerdo absoluto de los presentes. La ceremonia de entrega quedó olvidada y desde los altavoces de la plaza de España se daba la noticia. Hundido bajo un silencio nunca escuchado, Bobby volvió a dar la orden de marcha. En silencio, con severo

luto, la gente veía pasar los camiones en absoluto mutismo, con lágrimas en el rostro y sin nombrar palabra.

Al llegar la caravana al lugar del espanto, se devolvió al cielo una oración. Amancio buscaba con la mirada aterrada a Esperanza, se sentía sin fuerzas para dejar testimonio gráfico de que Bobby estaba llorando víctima de un gran sufrimiento. Y silencio.

Recibimiento en el palacio del Gobierno Civil. El gobernador, Hermenegildo Altozano Moraleda, expresaba sus condolencias y su profundo dolor, y agradecía en nombre de Sevilla la labor realizada. En las ondas, pésame oficial de Radio España mientras Radio Nacional retransmitía un rosario.

Los duques de Alba se dirigieron a visitar el Equipo Quirúrgico, hospital Central y residencia García Morato. Se interesaban por el estado de los heridos y conversaban con algunos sin ocultar su dolor. Zuasti, Bobby y los expedicionarios se concentraban en Radio Nacional de España. Más tarde, visitaban a los heridos y ofrecían a las familias toda la ayuda que estuviera en su mano. Amancio no podía abandonar su deber de informar en aquel momento histórico, aunque su corazón le impulsaba a salir corriendo para buscar a Esperanza. No veía, no escuchaba, no sentía.

Los camiones comenzaron a llegar al lugar destinado a almacenamiento: las galerías comerciales del puerto en la avenida de la Raza para los víveres, pabellón de Uruguay para ropas y enseres del hogar, y guardería del Auxilio Social de

Ciudad Jardín para juguetes. La Comisión de Trabajo y Reparto se hizo cargo de las mercancías. Mucha actividad en las galerías del puerto dirigida por el director del Auxilio Social don Enrique de la Cerda. La descarga se realizaba bajo la supervisión de un delegado que levantaba acta.

El Curri subió por la calle Oriente buscando a Esperanza, llegó al lugar donde ocurrió el accidente, no la vio, fue a buscarla al Equipo Quirúrgico Municipal. Radio Nacional emitía noticias constantemente, a través de las ondas se pedían donaciones de sangre. Acudieron miles de personas, la gente se agolpaba frente a los distintos equipos quirúrgicos y se ofrecía para realizar transfusiones. Hasta allí llegó el Curri para intentar tener noticias de Esperanza y para donar sangre entre personas que repetían una y otra vez que las desgracias nunca venían solas.

A las cinco de la tarde, Esperanza, tras un regreso desorientado de pasos muy cortos, faltos de fuerza y brazos caídos a lo largo de su cuerpo, con ojos fijos, en paralelo e inmutables sobre el horror reflejado en su retina, abrió con su llave la puerta de la casa de Manuela. Sin decir palabra, se unieron ambas mujeres con su abrazo como si fueran una sola persona, sin más sonido que su unísono llanto.

Los artistas llegados en la caravana y en avión permanecían en los hoteles, aunque Antonio acompañó en las visitas oficiales a los heridos.

A las ocho, volvió el Curri sin noticias para encontrarse la gratísima de que Esperanza había aparecido ilesa. A las nueve de la noche, reunión en el despacho del gobernador civil. A las once, Radio Nacional, en conexión con muchas emisoras, comenzaba a retransmitir un programa especial dedicado a la tragedia. A esa hora ya se hablaba de veinte muertos y cien heridos, entre ellos tres niños de menos de siete años. Las ondas comentaban el horror: siete mujeres, dos hombres y dos niños calcinados que fueron imposibles de reconocer.

A las doce pudo por fin Amancio acercarse a casa de Manuela para descansar, con el alivio mayor que había sentido en su vida, al abrazar y besar a Esperanza, que a esa hora todavía seguía sin pronunciar palabra y con una expresión de huida en sus ojos fijos, incrédulos y asustados. Aquellos ojos se clavaban atónitos en las pupilas de Amancio como si de un desconocido se tratara.

La descarga de la mercancía se prolongó durante toda la noche. Al día siguiente, se declaró día de luto oficial y la bandera ondeó a media asta en la torreta de ayuntamiento. Comenzaron los trabajos de envasado de los equipos femeninos del Auxilio Social, Sección Femenina y Cáritas Diocesana. Equipos de cincuenta muchachas que trabajaban en turnos ininterrumpidos de mañana, tarde y noche, en los que tendría que encontrarse Mari Carmen, voluntaria del Auxilio Social, pero que en aquel momento se encontraba con

su pierna derecha destrozada en una cama del hospital Central. La primera entrega se hizo el día 20 por la tarde. El material se distribuyó discretamente a los afectados previamente censados. Conchi y José recibieron una mesa, seis sillas, un aparador y un colchón. La familia de Mari Carmen, además de enseres, pudo disfrutar de varios lotes de alimentos.

El miércoles, Amancio cubrió el funeral en la catedral, también el entierro de ocho de las víctimas en el cementerio. Marcado profundamente, sin poder olvidar la más hermosa y la más trágica de las iniciativas ciudadanas llevadas a cabo con Sevilla y preocupado por el estado de Esperanza que no mejoraba, el jueves 21 de diciembre de 1961, volvió a la capital con su estupenda cámara Leica impresionada con la ilusión y el horror. Carretes de entusiasmo y carretes de espanto en un viaje de vuelta de incredulidad en lo que había ocurrido.



## SANGRE SOBRE LA TIERRA

*Sevilla, lunes 8 de enero de 1962*

*Querido Amancio, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.*

*Amancio, hoy por fin he tenido fuerzas para coger el bolígrafo y escribirte. Antes no he podido por mucho que me doliera el no hacerlo porque el solo hecho de recordar lo sucedido me volvía loca. Te agradezco el que hayas estado llamando casi a diario a mi trabajo para que Manuela te informara de mi estado, ya ves que me ha resultado imposible ir a trabajar y me temo que va a pasar mucho tiempo hasta que pueda hacerlo. Sé que me juego el puesto, pero créeme Amancio, no puedo de ninguna de las maneras.*

*No quiero alarmarte, pero necesito desahogarme con la persona que más quiero, pues fijate qué cosa más rara que me siento como distante de las personas queridas, ya sean familiares o amigas. ¿Te quieres creer que el sábado pasado*

vinieron a verme mi madre y mi hermana y yo como si no estuvieran aquí? ¡Mi madre y mi hermana! Y yo como si nada. Lo mismo me pasa con Manuela o con el Curri.

Mari Carmen todavía no ha salido del hospital. Me dicen que la pobre tiene la pierna muy mal y que la operación ha sido muy difícil y complicada. Me da vergüenza y me siento culpable por no ir a verla, pero no puedo hablar ni acercarme a personas o lugares que recuerden lo que ocurrió, hoy lo estoy haciendo con la ayuda del brandy. No te preocupes, que no estoy bebiendo mucho.

Amancio, lo estoy pasando muy mal, no puedo dormir y cuando lo hago tengo pesadillas continuas con la avioneta, con los muertos, con los gritos, con el fuego, con el humo, con los niños. Además de las pesadillas, cuando estoy despierta se me vienen continuamente a mi cerebro las imágenes de los horrores que contemplé, e incluso cuando salgo tengo como alucinaciones y me parece como si se me cayera la avioneta encima. Si escucho algo en la radio sobre lo que ocurrió me pongo malísima, se me dispara el corazón, me pongo a sudar y me entran mareos.

No me siento bien para ir a trabajar porque no puedo concentrarme. No puedo hacer nada, las imágenes se me vienen a la mente continuamente y me paralizan. Esto es un problema muy grande porque yo sé que me van a echar del trabajo.

También me pasa que continuamente me parece que me va a ocurrir algo malo, y en cuanto escucho algún ruidito de nada pego unos respingos que no veas. Estoy siempre alarmada y, no te lo vas a creer en mí, pero tengo arranques de enfado y de ira.

Sigo sin recordar qué hice desde que el ruido de las ambulancias me puso como dormida, hasta que llegué a casa de Manuela. Yo sé que tú me lo preguntabas sin ninguna desconfianza, pero te lo juro, Amancio, que yo no me acuerdo de nada. No sé qué hice ni por dónde volví.

Ahora me invaden muchos pensamientos negativos, tengo como desesperanza y se me han quitado las ganas hasta de ir al cine. ¡Fíjate hasta qué punto me encuentro mal! Me quise obligar porque me da pena que se me quite el interés por las películas, así que ayer domingo cogí la cartelera para ver qué estaban poniendo y, agárrate que te vas a caer de

espaldas, ien el Álvarez Quintero ponían Sangre sobre la tierra, con Rock Hudson y el negrito ese tan guapo que me gusta a mí, Sidney Poitiers! ¡Vámos, que cuando lo leí por poco se me sale el corazón por la boca y me caigo al suelo! Al final me fui al Imperial a ver a Marlon Brando en El rostro impenetrable, ¡total, ya se me ha quedado a mí la cara que parece que ni siento ni padezco!

No quiero que pienses que se me ha quitado la ilusión por ti y por nuestra boda, eso sigue igual de inmenso.

No quiero preocuparte, cariño, pero necesito contarte lo que me pasa porque con nadie más me sale el expresarme. He pasado muy mal las fiestas, lo único que me ha alegrado ha sido tu bonito regalo de Reyes. Han sido unas Navidades muy tristes para todos los sevillanos.

Sin otro motivo, se despide de ti esta que te adora:

Esperanza Martínez Palma.

Madrid, domingo 21 de enero de 1962.

Querida Esperanza, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Me alegro mucho de saber de ti de tu propio puño y letra, porque aunque haya hablado con Manuela casi todos los días, no es lo mismo.

Claro que me quedo preocupado, pero es normal dado lo mucho que te quiero, así que no te sientas culpable y, además, te animo a que sigas expresándome cómo te encuentras.

Aquella noche; de aquel funesto día, en que por fin pude dejar de cubrir tantísimas noticias que se agolpaban y pude correr a casa de Manuela para saber de ti y verte viva y sana, aunque con aquella mirada perdida que me asustaba, pude sentir en lo más hondo de mi alma el inmenso amor que te tengo. La idea de que te hubiera

*pasado algo me rompía el cerebro en mil pedazos.  
No sé cómo pude sacar ni una sola fotografía.*

*¡Claro que el preguntarte qué habías hecho carecía de desconfianza!, era solo por interesarme por todo lo que te había ocurrido, porque realmente se te veía traumatizada. Tengo plena confianza en ti, y eso lo sabes muy bien.*

*No debes de preocuparte por el trabajo, ya encontrarías otro en caso de que lo perdieras, y además, si no fuera así, por mi parte nunca os faltaría de nada ni a ti ni a tu familia.*

*Siento que te encuentres tan mal, me gustaría que fueras a un buen médico de pago que ya sabes que lo que cueste te lo envío yo por giro postal. ¡Me imagino el horror que viviste! Pero bueno, no quiero hablar de ello porque lo que tienes que hacer es olvidarlo cuanto antes mejor, ya no quiero hacerte ninguna mención de ello, cuanto más cuando tengo una sensacional noticia que darte:*

**¡ME HAN CONCEDIDO EL TRASLADO DEFINITIVO  
A SEVILLA EN EL MES DE SEPTIEMBRE!**

*¿Qué? ¿Cómo se te ha quedado el cuerpo? Así que quiero que dejes de tener desesperanza, que eso no va ni con tu nombre ni con tu persona. Ya vamos a ir viendo definitivamente para comprar un piso en Los Remedios porque antes de que acabe el año quiero que estemos casados, y ve diciéndole a tu madre que te haga el más bonito traje de novia que haya existido, que sin duda ella tiene arte para hacerlo. Y nos vamos a comprar un SEAT. Y muchas cosas más, que ahora me aturrullo.*

*Las fiestas las he pasado muy tranquilo en compañía de mi familia.*

*Sin otro motivo, esperando que te pongas pronto bien, se despide de ti tu futuro marido que tanto te quiere:*

*Amancio Andrade de la Hoz.*



## EL MENSAJERO DEL MIEDO

Estaba nervioso porque aquella mañana se me había acabado el tabaco y aún no había podido salir a comprar mi paquete de Bisonte. Cuando me comentaron que un médico de la casa de socorro había informado de la muerte de una mujer por un posible aborto inducido y que se me encomendaba a mí la investigación, yo ya estaba lo suficientemente alterado como para que aquello me sentara con una patada en los cojones.

No me gustaba investigar casos de aborto, me aburría muchísimo, lo mejor que tenía es que a veces trincábamos a alguna matrona roja y la mandábamos a la cárcel. A nosotros no nos lo reconocían, pero entre sus amigos decían las hijas de puta que lo hacían por ideología. ¡Por la ideología y por el dinero, que bien que cobraban cuatrocientas o quinientas pesetas! Algunas de ellas ya habían estado en la cárcel al acabar la cruzada de nuestro Caudillo por rojas. ¡Hijas de puta! Si por mí fuera iban a saber lo que es recibir ideología en forma de carajo.

Se me hizo llegar el informe del médico. Por lo visto era una mujer soltera de veinticinco años a la que no se le conocía que tuviera novio. Típico, normalmente eran solteras o viudas que no querían que los familiares supieran que se las habían

follado. Había tenido una gran hemorragia y se le había formado una peritonitis que se la llevó a la tumba. El médico informaba de un posible aborto inducido y la autopsia lo corroboró. Y era de cajón: aborto con resultado de muerte o enfermedad grave, pues investigación que te crio. ¡Matemático! Muchas veces, algunos familiares o vecinos denunciaban a alguna mujer de haberlo cometido, pero si lo había llevado a cabo sin problemas para su salud, no lo investigábamos porque era muy difícil demostrarlo. Lo negaban, y las matronas decían que las habían atendido por un cierto sangrado. Pero con resultado de muerte no se libraba nadie.

No me gustaba investigar los abortos, pero parecía que la habían tomado conmigo, que ya me sabía hasta de memoria la ley de 24 de enero de 1941 para la protección de la natalidad, contra el aborto y la propaganda anticoncepcionista. ¡Coño que me la sabía! ¡Pero de memoria! Dieciocho artículos firmados por el Caudillo.

Me personé en el que había sido el domicilio de la muerta, un piso muy pequeño de la barriada de San José Obrero. Me abrió la puerta su madre, una mujer de unos cincuenta años vestida completamente de luto, con los ojos hinchados y morados de tanto llorar. Me hizo pasar amablemente, me invitó a que me sentara a la mesa de camilla y me preguntó que si quería café. Pronto salieron de las habitaciones el padre y una hermana de unos veinte años.

Habían enterrado a la mujer aquella misma mañana, pero mi experiencia me decía que todos estaban deseosos de colaborar.

Sus padres no sabían que estaba embarazada, su hermana sí, pues al parecer era su gran amiga y confidente, y me comentaba, como casi siempre, que ella no estaba de acuerdo con que abortara y que incluso intentó evitarlo, pero que su hermana lo hizo por su cuenta. Cuando yo le recordé la obligatoriedad de denuncia se puso un poco nerviosa, pero aproveché para largarle el viejo truco de que si colaboraba no le iba a pasar nada. Me dijo lo poco que sabía: que su hermana le hablaba de una señora que se llamaba Rosa, que vivía por el Pumarejo y que le había cobrado trescientas pesetas. También me sacó un medicamento en gotas que la tal señora le había mandado tomar, era la Metranodina Serono que las aborteras solían mandar para evitar las hemorragias que se producían después de inducirles el aborto.

Les di las gracias a los miembros de la familia, que me habían puesto un café muy rico, que me habían dejado fumar y que me habían informado de cuanto sabían. Normalmente, la gente me trataba con amabilidad, yo me imagino que es que cuando veían la placa se cagaban e intentaban caerme bien.

Ya habíamos recibido algunos chivatazos contra esta tal Rosa de la zona del Pumarejo. En realidad, las denuncias eran contra mujeres que habían ido a su casa a que les provocara el aborto. Cuando investigábamos a esas mujeres nos las encontrábamos sanas, y así ya nos era imposible seguir

con el caso. Pero aquella vez era distinto, nada más y nada menos que un resultado de muerte, ¡se le iba a caer el pelo!

Me puse en contacto con la Sección Femenina porque tenían a una muchacha que colaboraba algunas veces con nosotros. Quería ser actriz de teatro o de cine, y la verdad es que la chica actuaba estupendamente. Ella quiso ofrecerse voluntariamente cuando le comenté lo que quería.

Esperé a Luisa, que así se llamaba la muchacha, junto a dos policías uniformados en el arco de la Macarena. Hacía un frío del carajo aquella mañana de febrero, así que decidimos tomarnos un cafelito y un copazo de brandy en un bar cercano mientras esperábamos. Cuando Luisa llegó al arco le hicimos señas desde el bar. Se tomó ella también un café mientras ultimábamos el plan que ya antes le había comentado. Ella no quiso ninguna copa, yo sí me tomé la segunda mientras me fumaba mi Bisonte sin boquilla que me dejaba los dedos amarillos. Eran las diez de la mañana y ya me había fumado siete u ocho.

Luisa y yo nos acercamos a una casa muy vieja en una calle cercana al Pumarejo. Llamamos a la aldaba de la puerta, nos abrió una mujer, dijimos que buscábamos a Rosa y que íbamos de parte de Juani. La mujer que había muerto se llamaba Juani, pero la tal Rosa no tenía ni idea de lo que había ocurrido. Nos dijo que ella era Rosa, nos hizo pasar, nos preguntó que qué tal estaba Juani y nos pidió que nos sentáramos a la mesa de camilla.

Me hice pasar por tío de Luisa y le comenté que esta estaba embarazada, que no quería tener el niño, que Juani nos había comentado que ella le había hecho un trabajo muy bueno y muy profesional, que debíamos confiar en ella plenamente y que podíamos comentarle nuestro deseo sin ningún temor.

Rosa, confiada, comenzó a comentarnos cómo era el procedimiento, cuánto tiempo duraba y cuánto nos costaría. Nos aseguraba que no había riesgo para la salud y nos invitaba a hacerlo en aquella misma mañana. Luisa le contestó que no podía, pero que podrían hacerlo a la mañana siguiente. Rosa estuvo conforme, así que quedaron citadas para la mañana siguiente en la que Luisa llevaría el dinero y estaría acompañada por su hermana. Le preguntó que si sería bueno que tomara algo y le escribió en un papel el nombre de Metranodina Serono, le dijo además la farmacia en la que se la venderían sin receta. Ya la teníamos en el bote, se iba a caer con todo el equipo.

Rosa nos acompañó a la salida con una sonrisa abierta. Cuando abrió la puerta, el coche de la policía ya estaba parado frente a su casa con los dos agentes esperando mis órdenes. Al verlos, Rosa palideció instantáneamente, y cuando le enseñé la placa comenzó a decir que todo era mentira y que era una broma. Fue detenida y llevada a comisaría. Por el camino lloraba, insistía en que era inocente y nos rogaba para que la dejásemos en libertad.

¡Qué barbaridad! Cuando nos comentó el método que utilizaba yo no sé qué me entró. Aquella tía era una carnicera que no tenía conocimiento ninguno. Nada que ver con las matronas, que por lo menos sabían qué hacían, aunque el resultado muchas veces fuera catastrófico debido a las malas condiciones de higiene en que actuaban cuando practicaban las maniobras abortivas. A veces solo empleaban quinina en grandes dosis, o cornezuelo de centeno, y cuando introducían algo por el cuello del útero eran tallos de laminaria que inducían a la dilatación y al aborto. Eran unas hijas de puta y unas rojas, pero por lo menos, profesionales. Lo de esta carnicera yo no lo había conocido nunca. Me quedé de piedra. ¡Qué tía más bestia!

Una vez en el cuartel de la Policía en la Alameda informé a la tal Rosa de que Juani había muerto por una peritonitis y le enseñé el certificado de defunción. Dado que la había trincado como la había trincado, y de la gravedad del resultado de muerte, le comenté que lo mejor que podía hacer para no pudrirse en la cárcel era colaborar, y que si así lo hacía yo lo haría constar en el informe que le enviaría al fiscal. Ella sabía que no tenía nada que hacer, aceptó colaborar con la investigación y me dio un listado escrito a mano de muy mala letra con el nombre y algunos datos de las cinco mujeres a las que había practicado el aborto durante el año 61.

La primera de la lista era una tal Carmen, no sabía los apellidos, que era soltera y no sabía dónde vivía, pero creía que

por el Cerro del Águila o por Ciudad Jardín. No me servía de nada. La segunda de la lista era una tal Robledo, decía que vivía en el Altozano. Aquello ya era otra cosa porque el nombre no era corriente y la zona mucho más concreta. Me bastaron veinte minutos para que en el mercado de Triana me dieran las señas exactas. Me presenté en su casa, cuando le enseñé la placa supe por su expresión, la experiencia me lo dictaba, que era culpable. Era una viuda que vivía con dos hijas. Típico, pues casi todas eran solteras o viudas, y claro, pobres, porque las tías con dinero se iban al extranjero, y eso ni se podía ni se quería investigar. Esta tal Robledo rondaba los cuarenta años de edad. Yo sabía muy bien que es que le daba vergüenza de que la gente pensara y murmurara que se había aliviado el luto muy pronto follando con un tío. Estaba bien de salud, ya no quedaría ni rastro en su cuerpo de las maniobras abortivas y, además, lo había negado todo, así que por ahí tampoco se podía hacer nada. Una vez más, nos pasaba tantas veces que ya llegaba a aburrirme.

Le pedí a Luisa que me acompañara a la farmacia que nos había comentado Rosa con el trozo de papel en el que le había escrito el nombre del medicamento. Una vez dentro, ella le comentó al mancebo que íbamos de parte de Rosa y le extendió el papel. Sin preguntarnos ni comentarnos nada entró en la trastienda para salir al momento con el medicamento. Una vez pagado, envuelto el paquete y guardado en el bolso de Luisa, le enseñé la placa. Decía que se podía despachar sin

receta médica, que era un medicamento muy bueno para las embarazadas, muy utilizado también en disfunciones de la menstruación y en sangrados abundantes, y que era todo lo contrario que un abortivo. Eso ya lo sabíamos, pero también que lo utilizaban las aborteras, no para provocar el aborto, sino para cortar el sangrado posterior a las maniobras practicadas. Del laboratorio salió el farmacéutico, que nos repitió las bondades del fármaco, pero nos aseguró que era necesaria la receta médica para la dispensación. Comunicué al mancebo que quedaba a la espera de citación judicial.

Al día siguiente, escribí una carta a la Sección Femenina de Falange para dar las gracias por el magnífico servicio que Luisa, una vez más, nos había prestado. Le venía bien a la muchacha para ir subiendo en la escala de la organización.

La tercera de la lista era una mujer joven, de la que solo sabía que se llamaba Esperanza y que trabajaba en La Marina. Lo primero que pensé es que sería una puta, también bastante asiduas de las aborteras. Yo conocía bien La Marina, pues más de una vez habíamos acabado alguna juerga de varios compañeros allí para ponernos hasta la corcha de güisqui y para que nos chuparan la polla. Había veces que ni las tías ni los camareros nos cobraban cuando se enteraban del trabajo al que nos dedicábamos. Les interesaba estar muy de buenas con nosotros porque, aunque se hacían oídos, ojos y cipotes sordos, aquello no dejaba de ser una práctica prohibida. ¡Buenos repasitos del nabo me he llevado yo de allí!

En La Marina me dieron la dirección y el nombre completo de la muchacha, me aseguraron que era una limpiadora y que ya hacía un tiempo que no iba a trabajar. Recuerdo que antes de ir a visitarla fui a recoger una orla de «Los hijos de la raza» que le había encargado a mi tercer hijo, mi Antonio, que hacía nada más que un mes que había nacido. Una vez recogida la orla y llevada a enmarcar, me dirigí al domicilio de la muchacha. Era una tía muy guapa, me recibió en bata, nos sentamos en la mesa de camilla con una copa de cisco que estaba calentito, calentito. Me invitó a una copa de Caballero y me dejó fumar.

Cuando le dije que la Rosa había dado su nombre y que sabíamos que había abortado se puso muy nerviosa. Me comentó que sí, que había ido a verla porque le habían hablado de que ella sabía regular los periodos abundantes, que no había estado embarazada, que no había hecho nada y que solo le mandó unas gotas que no le sirvieron, porque siguió sangrando tanto con aquella menstruación que la tuvieron que ingresar en García Morato. ¡En fin los rollos de siempre!

La tía, ya digo que era muy guapa y que estaba buenísima. Tenía dos pedazos de tetas para comérselas y quedarse uno a gusto. Me despedí de ella dándole las gracias y con buenas ganas de haberle dado un puntazo bueno. ¡Qué buena estaba la hija puta!, ¡no me extrañaba que la hubieran preñado!

En García Morato exigí ver la historia de la paciente, el diagnóstico era metrorragia. Me llamó mucho la atención que cuando les comenté a los médicos que teníamos claros indicios de que aquella metrorragia había sido causada por habersele practicado maniobras abortivas, casi ni se inmutaron, y cuando les recordé la obligación que tenían de informar de dichos casos, muy tranquilos me contestaron, como si nada, que la chica llegó acompañada del doctor Antonio Cornet. ¡Aquello tenía cojones! Como si fuera una verdad absoluta, totalmente exculpatoria y que lo explicaba todo. ¡¿Quién coño era el doctor Cornet?!

Lógicamente, visité al doctor en su casa. Me abrió la puerta una asistente muy jovencita y con un culito muy rico, que me hizo pasar a la sala de espera de la consulta, pues estaba el médico en aquel momento pasando la última de la mañana. Al minuto, entró en la sala una señora muy preocupada que decía ser la esposa de don Antonio. Cuando el doctor me hizo pasar a la consulta, doña Isabel, que así decía llamarse la señora, exigió a su marido estar presente en la conversación. Él accedió.

El doctor, muy tranquilo, me estuvo contando cómo fue llamado para que viese a la chica, que esta estaba a punto de morir, que efectivamente se le había practicado un aborto y que no se informó porque la chica había sido muy desgraciada toda su vida y quería protegerla. Cuando le recordé la obligatoriedad de información por parte de los médicos y

personal sanitario, asintió con la cabeza, y cuando le aseguré que había cometido un grave delito que seguramente tendría consecuencias penales, me contestó, con la mayor tranquilidad del mundo y con una leve sonrisa en la boca, que era consciente. Se le veía muy sobrado al tío.

En el momento en el que en los informes que enviaba al fiscal apareció el nombre del doctor don Antonio Cornet, inexplicablemente recibí órdenes, desde muy arriba, de dejar de investigar el caso. La única persona juzgada y condenada a seis años de prisión mayor fue la Rosa.



14

LA MUJER MARCADA

Sevilla, viernes 2 de marzo de 1962

Estimado Amancio, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Hace mucho que no tenemos contacto epistolar, pero me he llevado el disgusto más grande de mi vida, y aunque lo he pensado mil veces sin atreverme a decírtelo, al fin me he decidido porque entiendo que así me obligan mi condición de amiga tuya, de cristiana y de española.

Hará unas semanas, mi padre recibió la inesperada y desagradable visita de un inspector de la policía. Propio de su grandeza moral y de su alma transparente, mi padre permitió que mi madre estuviera presente durante la conversación, y es por eso que nos hemos enterado de algo que nos ha sumido en la tristeza, pero que también ha despertado y levantado nuestra indignación.

Nos hemos enterado de que Esperanza, sin duda aconsejada por el diablo, acudió en el mes de septiembre del pasado año a la casa de una abortera porque estaba embarazada, y que en dicho

lugar se le practicó un aborto inducido. Mi padre fue avisado para atenderla porque, al parecer, perdía mucha sangre. Al reconocerla ordenó inmediatamente su ingreso en la residencia García Morato donde se le pudo salvar la vida gracias al Altísimo. Que se le había practicado un aborto inducido es algo que está absolutamente probado.

Mi padre, llevado por su innata misericordia, ha pretendido en todo momento protegeros a Esperanza y a ti, a ella del peso de la justicia y a ti de la vergüenza de haber deshonrado a una mujer antes de bendecirla en matrimonio. Es tan bueno que incluso lo ha mantenido en secreto para ahorrarnos a mi madre y a mí el enorme disgusto que al final hemos tenido que sufrir desgraciadamente.

Mi madre está preparando un viaje a Madrid que realizará en breve para visitar a tus padres y contarles de palabra y en persona lo que yo te estoy refiriendo con la presente.

Como cristiana y española, no te exijo, pero sí te pido que me des explicaciones sobre lo ocurrido, ya que Esperanza es para mí como una hermana. Como amiga tuya te pongo al corriente de lo ocurrido y te advierto de la intención de mi madre para que sepas que muy pronto tus padres se enterarán de todo.

*Sin otro particular, se despide de ti esta que te estima, pero que tiene obligaciones morales:*

*Marisa Cornet Aria*

Manuel Bobis Reinoso

Madrid, lunes 12 de marzo de 1962.

Querida Esperanza, espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Yo quedo bien gracias a Dios.

Esperanza, llevo dos días intentando contactar contigo telefónicamente, pero no he podido. Sí he conseguido hablar con Manuela, ya que suele estar sobre las nueve de la noche en el restaurante y no suelo tener problemas para hablar con ella.

A Manuela ya le he contado lo que te voy a comentar a continuación. Estoy desesperado porque la familia Cornet asegura que en septiembre tuviste un aborto, y además inducido. Dicen que tienen pruebas claras y que no se te ha juzgado gracias a la mediación del doctor.

Puedes imaginarte lo que ha supuesto para mí lo que ellos aseguran, pues siempre te he respetado y no hemos tenido nunca ninguna relación sexual más allá de los besos. Además, pensar que pudiera ser verdad me hace más daño

aún, sobre todo recordando la frialdad que me mostrabas. Solo la idea de que hayas podido tener relaciones con otra persona me mata y me sumerge en un dolor insoportable. Además, en caso de ser verdad, creo que tengo derecho a saber quién es esa persona que ha gozado de la entrega que a mí me has negado, y que te ha deshonrado de esta manera.

Mis padres también se han enterado y me piden que rompa inmediatamente mi compromiso, pero yo quiero oírte a ti antes porque, la verdad, no puedo considerar lo que ellos aseguran.

Te envío esta carta urgente y espero que me contestes con la misma urgencia, ya que si no lo haces iré personalmente a Sevilla para hablar contigo cara a cara. Por favor, contéstame lo antes posible porque el Calvario que estoy sufriendo, que considero que no merezco, va a acabar con mi vida.

Sin otro particular, se despide este que cree en ti.

Amancio Andrade de la Hoz.

Manuel Bobis Reinoso

Madrid, lunes 12 de marzo de 1962.

Estimada Marisa, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Quiero, en primer lugar, agradecerte el haberme informado de lo que estaba ocurriendo y de haberme prevenido de las intenciones que tenían tus padres de subir a Madrid a contarles a los míos personalmente lo que tanto les preocupa. Se entiende perfectamente debido a la estrecha amistad que une a nuestras dos familias desde hace tantísimos años. Mis padres ya están al corriente de todo, nada más leer tu carta les hice partícipes de este dolor que tanto daño me hace en mi orgullo, y de la razón de tal padecimiento. De todas maneras, esperan con impaciencia la visita de tus padres.

Quiero sincerarme contigo, ya que lo mereces por la preocupación de hermana que sientes por Esperanza. Marisa, yo no la he deshonrado en ningún momento, pues la he respetado siempre y no he tenido más acercamiento carnal que el pasear

*cogidos de la mano y darle besos en la boca. Puedes entender el tormento que estoy sufriendo, aún más cuando estaba totalmente convencido de que ella quería llegar virgen al matrimonio.*

*Nuestro compromiso ha sido siempre puro, al menos por mi parte, y mi intención siempre fue el desposarla y formar una familia cristiana y española, de fuertes principios morales y fidelísima a la causa nacional.*

*En ningún momento he sabido que Esperanza pudiera estar embarazada y mucho menos el que hubiera podido abortar de esa manera tan alejada de la moral y de la religión.*

*Aún no he podido hablar con Esperanza, aunque lo he intentado en varias ocasiones. Eso me duele muchísimo y me atormenta. No pongo en duda en absoluto lo que asegura tu padre, pero debes de entender que antes de tomar una decisión quiero hablar con Esperanza para que ella misma me aclare esta circunstancia. Es posible que baje a Sevilla en fechas muy próximas para aclarar este asunto que tanto ofende a mi dignidad.*

Manuel Bobis Reinoso

*Quiero acabar agradeciéndote nuevamente tanto la amistad que me demuestras informándome de lo que había ocurrido en Sevilla como el amor y el interés que demuestras sentir por Esperanza.*

*Sin otro particular, se despide de ti este que te estima:*

*Amancio Andrade de la Hoz*

Sevilla, jueves 15 de marzo de 1962

Queridísimo Amancio, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

En primer lugar, quiero pedirte perdón por el inmenso dolor que te he causado. No te merezco, no soy digna de ti, soy simplemente lo que soy: una mala persona.

Yo sé que tienes derecho a hacerme mil preguntas, pero créeme que no te las puedo contestar, unas porque no las sabría y otras, quizá las que más te duelan, porque no puedo hacerlo.

He estado y sigo estando locamente enamorada de ti, has sido lo mejor de mi triste vida, has alumbrado como un inmenso rayo de esperanza, me has hecho sentir auténticamente querida y me he sentido absolutamente feliz.

¿Cómo he tirado todo ese tesoro a la basura? Ni lo sé ni puedo contestar.

El casarme contigo significaba para mí la mayor ilusión de mi vida, mucho más, mi vida entera, el sentido de mi existencia.

*Nunca me perdonaré el daño que te he causado, de lo único que me alegro es de que te hayas librado de una mujer que no te merece. Porque yo no te merezco Amancio, y a la larga tú serás mucho más feliz sin mí.*

*Por favor, no vengas a Sevilla, no podría aguantar tu mirada ni un segundo y me moriría al instante si me hicieras alguna pregunta.*

*Sin otro motivo, se despide de ti esta que te ha amado, que te ama y te amará siempre; y que desde este momento se entierra en vida:*

*Esperanza Martínez Palma*

Madrid, 25 de marzo de 1962

Esperanza, espero que al recibo de la presente te encuentres bien, yo quedo bien gracias a Dios.

Quiero informarte que tras la lectura de tu inesperada y última carta he decidido no viajar a Sevilla. Debes de comprender que después de tamaña humillación no tenga ganas de verte más.

No puedo entender qué es lo que ha ocurrido, pues siempre te he querido y te he ofrecido un futuro brillante formando una familia cristiana y decente.

Absolutamente dañado en mi masculinidad y en mi inteligencia, pues nunca sospeché la realidad de tu mentira, tengo que comunicarte que nuestro compromiso queda ya roto para siempre. Te deseo que seas muy feliz en tu vida.

Sin otro motivo se despide de ti:

Amancio Andrade de la Hoz.



## REGRESA UN DESCONOCIDO

Esperanza despertó. Le dolían la cabeza, el estómago y la garganta, no recordaba qué había podido pasar ni por qué se encontraba ingresada en un hospital. Cuando abrió los ojos, su madre, su hermana y Manuela dieron un salto desde sus asientos hasta el borde de la cama. En sus caras se podía adivinar, sin esfuerzo, que la preocupación y las lágrimas habían teñido de morado sus ojeras.

Le explicaron que se le había practicado un lavado de estómago porque se había tomado un bote entero de Optalidón. Inmediatamente recordó el intento de suicidio, nuevamente cayó bajo el peso de la culpa, la tristeza y la desesperanza a las que había que sumarle la vergüenza de no poder mantener la mirada de su madre. Su madre, siempre calmada, siempre cuidadora, siempre luchadora, siempre dulce, siempre serena, siempre atenta.

Nieves Palma Suárez nació en 1922 en un patio de vecinos de la calle Pagés del Corro. El día en el que vio la luz, el patio del corral era un ir y venir de vecinas que conocían de aquel embarazo casi desde el mismo momento en que el óvulo fue fecundado, porque en aquella pequeña sociedad no

existían secretos. Se podría decir que aquellas mujeres sentían los dolores del parto como suyos y la ilusión y la alegría como si la criatura fuera hija de ellas. Todo se compartía, volaban los chismorreos y se sabía al instante quién había encontrado trabajo, dónde, lo que iba a ganar y hasta si el jefe era un «malaje». Quién había encontrado novio, dónde vivía el muchacho, si era guapo o feo y si quería a la niña o iba solo a lo que iba. Sabían quién estaba enfermo, qué había dicho el médico y cómo evolucionaba la enfermedad minuto a minuto.

Vino al mundo en una estancia de veinte metros cuadrados, estancia que sería su vivienda hasta el día de su boda y que tendría que compartir con sus padres, tres hermanos y una abuela. Fue un parto muy rápido y muy bueno, pues pareciera que Nieves llegaba ya dando clases de serenidad y sin ganas de molestar a nadie. Desde las primeras horas dormía tranquilamente y cogía el pecho sin dificultad.

Siendo niña, disfrutó de los juegos de su infancia confundidos con los trabajos domésticos. Escasos años de escuela para aprender a leer, escribir y las cuatro reglas.

El corral constaba de dos plantas con galerías que abrazaban a un patio que se convertía en el corazón de la vida social. En las plantas se encontraban las salas que se abrían a dicho patio.

Nieves siempre retuvo en su memoria aquellos años de juegos, cariño, pobreza y trabajo. Recordaba el intenso frío del invierno cuando acompañaba a su madre a lavar la ropa en la

pila comunitaria que se encontraba en el centro del patio. Un grifo para todos los vecinos, llenar el cubo, llevarlo a la pila, verterlo y comenzar a maltratar la ropa contra el refregador de madera siempre en animada conversación con alguna vecina que también lavaba sus prendas. Manos picadas de frío y jabón.

En la sala, que así se llamaba a la estancia, su madre colgaba una cortina para dividirla en dos y así tener un poco de intimidad. Tras la cortina, cuando llegaba el buen tiempo y hacía un calor insoportable, su madre la lavaba en un baño de zinc. En invierno, bastaba con un ligerito aseo en una palangana. Siempre muy limpia. ¡Pobre, pero limpia!, le repetía su madre mientras rezaban el «Bendito y alabado».

Para las necesidades de todos los vecinos del corral, que podrían ser unas sesenta o setenta personas, en una esquina del patio esperaba un cuarto que no cerraba bien, con poyete de un agujero sobre un pozo que desprendía un olor que a Nieves casi la hacía vomitar. De noche, le daba miedo ir al cuartucho si tenía alguna necesidad, le pedía a una hermana que la acompañara y se quedara fuera guardando la puerta. Todos los sonidos de la noche ampliados por su imaginación provocaban que no tardara casi nada en salir de aquel odiado cuarto. Algunas veces, no había acabado de orinar cuando se levantaba y se manchaba la ropa.

En la cocina comunitaria, aun siendo muy niña, Nieves comenzó a enterarse de las intimidades de los vecinos, sin embargo, nunca fue amante de chismorreos ni de enfados ni de

envidias. Parecía que la virtud de la entereza la había elegido para encarnarse en mujer. Recordaba varios fuegos encendidos con sendas ollas que se ponían a cocer a media mañana para que estuvieran listas a la hora de almorzar, y aquel olor a comida mezcla de garbanzos, de alubias, de lentejas, de arroz y de verduras con escasez de carne.

El patio; centro de todas las charlas en el buen tiempo, lugar de celebraciones, de actividades de los distintos vecinos, de juegos infantiles, de noches de verano, de tonteos de noviezuelos; quizá fuera el lugar más grato de aquel corral de vigas tan viejas que amenazaban con quebrarse en cualquier momento, de camas colonias de chinches y de ratas que frecuentaban con más asiduidad de la deseada las distintas estancias.

A la edad de siete años, sentada en una silla junto a su madre, tomó la aguja por primera vez. Dotada de una paciencia infinita, pronto dio a entender a aquellas mujeres que la miraban admiradas que sin duda iba a ser una costurera sin par. Hilván, respunte, puntada, corte, confección, patrón: vocabulario que acompañaría en su boca toda la vida. Con catorce años conoció el estallido de la Guerra Civil, el impacto de aquel 21 de julio que, tras la caída de Triana, la atormentó con la visión de hombres muertos en la calle Pureza tirados sobre su propio charco de sangre, pudriéndose bajo el intensísimo sol del verano sevillano. Con dieciséis conoció a Juan.

Juan: fuerte, ancho de espaldas, hoyuelo en la barbilla, dorado y moreno de negro pelo, la enamoró en cuanto lo vio con la pala en la mano una primavera en la calle San Jacinto. Dieciocho años de virilidad que le sonreían cuando ella pasaba en dirección al mercado, ponían nerviosa su eterna serenidad y tornaban en inquieta su dulce calma.

Si quería ser novio de Nieves tendría que hablar con el padre de la chica para que le diera el visto bueno. La primera vez que entró en el corral, se cruzó en el patio con veinte mujeres que lo miraban como examinándolo. Bajo una leve sonrisita le daban las buenas tardes. Al subir las escaleras que lo llevaban a la primera galería, aquellas señoras seguían mirándolo con la misma sonrisita que lo ponía tan nervioso. En la sala, lo esperaban varias sillas dispuestas en corro. Nieves le presentó a su madre, una vez cumplimentados los saludos salieron de la sala las dos mujeres para que Juan se quedara solo con el padre, que ya se encontraba sentado. Pronto pasaron los nervios porque aquel hombre rojizo, sencillo, redondo, afable y canoso, sentenció después de media hora de conversación:

—Yo lo único que te pido es que la quieras y la respetes.

Dos años en los que el joven no faltó ni una sola tarde de recorrer los Kilómetros que separaban el barrio de San Julián del de Triana, aunque acabara muy fatigado de su labor, aunque lloviera el fin del mundo, aunque se derritiera el asfalto. Cuarenta y cinco minutos de ida y otros tantos de

vuelta que nunca cansaron ni los pies, ni las piernas, ni la ilusión del joven.

Juan tenía un temperamento muy abierto, siempre sonriente, sencillo y simplón, caía muy bien a todo el mundo y era la envidia de las amigas del corral y de sus madres. Cuando, arropado por la oscuridad de alguna esquina, tomaba por la cintura y besaba a Nieves, parecía que la elegante delgadez de la muchacha se quebraría bajo la fuerza de los brazos del chaval.

Decidieron casarse, Nieves confeccionó su propio vestido, Juan se puso un traje que le prestó un tío suyo, se dieron el sí frente al altar de la parroquia de San Vicente. Mientras ellos estaban en el cine, en el patio del corral cada vecino sacó lo que pudo para celebrar la boda. Guitarras, palmas, cantes y bailes de una Triana sencilla, humilde y pura.

Esperanza ya había perdido su trabajo porque el impacto que en ella había causado la visión de aquella cruenta escena de sangre y dolor que había provocado la avioneta le impedía incluso el salir de su casa. Aunque Manuela le había pedido que no se fuera y le asegurara que no tendría que pagar nada de alquiler, ella decidió volver con su madre y su hermana a su querido barrio de Bellavista. Allí retomaría la costura e intentaría curarse el alma con el bálsamo de un vecindario cariñoso y una familia absolutamente amorosa. Solo le apetecía y la confortaba el calor de sus dos Nieves, tal como ella las llamaba.

Manolo, el cartero, recorría la calle todos los días a eso de las doce de la mañana. Su corta estatura iluminaba el barrio con su alegría y con su gracia. Nunca faltaba un chiste, nunca faltaba una ocurrencia, nunca faltaba una broma. Entre calle y calle no dudaba en parar en las tabernas para meterse dentro del cuerpo un vasito de mosto del Aljarafe o un vinito del Condado. Aquella alegría renovada por los ricos caldos la repartía casa por casa.

En el fondo de su alma, Esperanza aún no había aceptado la realidad. Su entendimiento le decía y le aseguraba que su relación con Amancio se había acabado para siempre porque lo que había ocurrido era lo suficientemente grave como para hacer imposible un volver a empezar. Su mente así se lo decía, pero su corazón no, no lo aceptaba, le hacía mantener una esperanza que se dañaba cada día cuando Manolo se marchaba sin haber dejado una carta procedente de Madrid con remite de un tal Amancio. Día a día esperaba a Manolo, día a día se aplastaba contra la realidad.

Cada mañana, Esperanza escribía una carta con la firme intención de echarla al correo. Cada mañana, cuando acababa la carta, desistía de su deseo y la rompía siempre en ocho trozos que después tiraba a la basura. Cortes en los antebrazos y alcohol.

Primavera de pesadillas diarias en la que cada noche revivía el horror contemplado aquella mañana sobre el puente del Tamarguillo cuando el otoño ya se hacía invierno.

Primavera de tijeras, de carretes de hilo, de olor a tela nueva, de acerico, de jaboncillo, de traqueteo de la máquina de coser y de conversaciones con su hermana. Siempre se llevó bien con ella, con aquella niña, con la que jugaba constantemente, con la que solo se llevaba un año. De pequeñas, siempre la paseaba de la mano como si quisiera cuidar de ella en todo momento, y a su vez, Nieves se sentía protegida de su timidez porque su hermana se había convertido en una explosión de alegría que salpicaba a todo el mundo.

Nieves se acostumbró a caminar de la mano de Esperanza, consideraba a su hermana como una diosa y sentía una admiración desmedida por ella. Nunca quiso tener amigas, se mostraba como una niña tímida, callada, inhibida e invisible que solo salía a la calle si lo hacía con Esperanza. Se escondía detrás de ella cuando alguien le dirigía la palabra. Se sentía tan dependiente que jamás se ponía una prenda sin preguntar primero a su madre o a su hermana sobre la conveniencia del color. Incapaz de decidir por sí misma, se sintió abandonada cuando Esperanza abandonó la casa para ir a trabajar a la de los Cornet. Su gran apoyo, su capacidad de decisión, su responsabilidad y sus cuidados se alejaron aquel día en que su hermana se marchó montada en un coche muy caro de color verde. Se quedó sola con su timidez, con el único apoyo de su madre. Desde entonces, siempre tuvo miedo a las separaciones.

Nieves estuvo poco tiempo en la escuela porque su madre la sacó pronto. La niña no podía soportar la más mínima

riña por parte de la maestra, sentía un temor enfermizo a que las demás niñas la ridiculizaran. Siempre vivió aislada, con un estilo de vida tan restrictivo que su mundo se limitaba a la opinión de su madre, a la costura y a las cuatro paredes de su humilde casa. Sufría una gran dificultad para hablar con extraños. Bajaba la cabeza, no pronunciaba ni una sola palabra si se cruzaba con alguien.

Algunos muchachos del barrio se habían fijado en ella, pero jamás quiso pasear con nadie, aunque en el fondo de su corazón, entre respaldos, fantaseaba con noviazgos de cuentos de hadas. Se veía princesa adorada por un bellissimo y educadísimo joven y viviendo en una casa idealizada.

Jamás mostró un desacuerdo con nada ni con nadie porque se consideraba a sí misma como tonta, se sentía inferior a todo el mundo, arrastraba una absoluta falta de confianza en sí misma, pensaba que cualquier cosa que dijera los demás lo iban a encontrar equivocado. Prefería guardar silencio y no decir nada en presencia de desconocidos. No quería emprender nuevas actividades porque se creía incapaz de conseguir nada. Minimizaba sus capacidades y se cobijaba en sí misma como si fuese una tortuga. Físicamente era el espejo de su madre: su misma delgadez, su misma cara y sus mismos cabellos, pero no había heredado ni su entereza ni su fortaleza.

Esperanza estaba allí, sentada junto a ella, había vuelto la seguridad, la tranquilidad, el volver a salir a la calle. La única persona con la que podía hablar de sí misma volvía a residir

bajo el mismo techo. Retornó su capacidad de decisión. Su heroína, su faro, su guía, su norte, había regresado. La casa se volvió a llenar de luz de primavera colorida.

Llegó el calor, tardes asentando y refrescando la tierra de la calle con el agua de un cubo de zinc en movimientos rápidos de unas manos que repartían en gotas el frescor sobre la tierra. Noches de conversaciones de vecinos sentados al fresco a la puerta de la casa, en el ambiente olor a jazmín y a dama de noche. Llegó el calor, pero las pesadillas, el revivir continuamente la sangre, el acelerar del corazón, el ahogo y el bloqueo no se aliviaban.

Cada mañana, Esperanza aguardaba la llegada de Manolo con la carta que le devolviera la vida, mas esa ilusión no se hacía nunca realidad. El cartero, con los ojos brillantes de haber hecho ya alguna parada en la taberna, charlaba, gastaba bromas, contaba chistes e incluso, alguna vez, traía alguna carta, pero nunca la deseada. El 19 de agosto, desafiando su miedo a salir, se empeñó en ir con su hermana al cine Álvarez Quintero a ver una película titulada *Regresa un desconocido*, porque pensaba que desde ese momento se convertiría en realidad aquel anhelo de su corazón: regresaría Amancio para comprender a aquella gran desconocida llamada Esperanza. Sabía que aquel título le devolvería la vida.

Amancio volvió a Sevilla el 20 de agosto para disfrutar de diez días de vacaciones. Había sido invitado por la familia Cornet para que residiera en su casa durante la visita. Por la

tarde, salía con Marisa para frecuentar la terraza de verano de Baturones. Viajes a Matalascañas para pasar el día, compras en Galerías Preciados, noches de charla familiar en la azotea de la casa, días de refresco en Piscinas Sevilla y películas en cines de verano con dulzor y frescor de higos chumbos.

El joven periodista no había dejado de pensar en Esperanza ni un solo día desde que le envió la carta en la que le comunicaba la ruptura de su compromiso. El tiempo iba suavizando el recuerdo, empezaba a echar de menos aquella atracción pasional que sentía por aquella bellísima mujer, tendía a no recordar la gravedad de lo ocurrido. En varias ocasiones había sentido el impulso de escribirle para saber de ella, pero siempre se contuvo anclado a su orgullo de hombre y a su condición de católico. En Navidad, fue Marisa quien visitó Madrid y se quedó en casa de los padres de Amancio.

Febrero llegó con Manolo más achispado que nunca, llevando, con una sonrisa más ancha que el mar, una carta para Esperanza. En el remite aparecía el nombre completo de Marisa y su dirección en Sevilla. Con perfecta letra de caligrafía decía:

*«Sevilla, sábado 2 de febrero de 1963*

*Querida Esperanza, espero que al recibo de la presente te encuentres bien. Yo quedo bien gracias a Dios.*

Quiero darte una noticia que sé que te va a alegrar en lo más profundo de tu corazón porque conozco muy bien la condición de tu alma generosa y nada rencorosa.

Esperanza, Amancio y yo nos hemos comprometido y queremos celebrar nuestra boda en el próximo mes de septiembre. Nos vamos a casar en Sevilla, con la inmensa satisfacción de saber que le estamos dando a nuestros padres la mayor alegría de sus vidas. Ellos se sienten absolutamente satisfechos y felices.

Te querido que seas tú una de las primeras personas en saberlo movida por el cariño de casi hermana que te tengo. Además, sé que aprecias a Amancio y estoy segura de que te alegrarás al saber de su felicidad.

Por supuesto que tu familia al completo estará invitada, además, sabiendo de nuestros benditos, pero humildes ingresos, comprendemos perfectamente que no vayáis a hacer el esfuerzo de hacer un regalo. Lo entendemos con cariño cristiano.

Sin otro motivo, feliz de saber de la alegría que te estoy dando, se despide de ti esta que tanto te quiere:

Marisa Cornet Arias».

La madre de Esperanza vio cómo el reloj marcaba las doce del medio día sin que su hija se hubiera levantado. Al ir a llamarla

sintió dentro de sí la certeza de que algo había ocurrido. Sobre la mesita de noche, un bote vacío de medicinas le ponía los vellos de punta y la alertaba. Después de varios gritos y varios fuertes zarandeos, Esperanza no volvía en sí.



## 16

# PSICOSIS

Siempre me ha apasionado la psiquiatría, sumergirme en los enigmas de la mente humana tan sorprendente, desconocida e inexplorada como los fondos abisales. Con veinticinco años ya me había convertido en médico especialista en psiquiatría y me encontraba con mi maletín a las puertas de la clínica psiquiátrica del doctor Guija. Toda una vida se abría ante mí.

Ilusionado, pero nervioso, afrontaba mi primer día de trabajo delante de aquel caserón de la avenida de La Cruz del Campo. Esa misma mañana, ya me explicaron que el inmueble había sido construido en 1919 por colaboradores de Aníbal González. 1960 dejaba caer su lánguido otoño.

Han pasado muchos años, pero le sigo teniendo mucho cariño a aquel bonito caserón que, después de cerrar la clínica en 1974, quedó abandonado para que la imaginación y la estupidez de algunos sevillanos inventaran que allí se cometían terribles experimentos con los desgraciados que estaban ingresados. Alaridos espeluznantes, electroshocks, muertos enterrados en los jardines, casa maldita y encantada del terrible doctor Oui-ja. Nada más alejado de la gran profesionalidad que todo el personal demostraba y del exquisito trato que recibían los pacientes.

Me había contratado el doctor Guija, yo estaba decidido a no defraudar. Me entregaría en cuerpo y alma a mis pacientes las horas que fueran necesarias porque, en aquel momento, no tenía más ilusión ni más norte que mi apasionada profesión. Mi madre no entendía que no tuviera novia y decía que pasaba mucho tiempo trabajando, y que tenía que salir más para poder conocer muchachas. Estaba muy orgullosa de mí como médico, pero la especialidad que había escogido no le hacía mucha gracia, sobre todo desde que en 1971 se estrenó en España *Psicosis*. Ella fue a verla, se asustó mucho y quería que cambiase de profesión.

La clínica estaba muy bien equipada y los pacientes instalados confortablemente. Fui aceptado tanto por el personal sanitario como no sanitario desde el primer día, y me sentí inmediatamente abrazado por un ambiente de trabajo confiado en el que pude sentirme yo mismo desde el primer momento.

Siempre me ha ocurrido que he recordado muy bien a algunos de mis pacientes. Hay quien me dice que no entiende cómo me puedo acordar de todo lo concerniente a un enfermo determinado. Yo también reconozco que es algo extraño, pero es así, es muy difícil que no recuerde el nombre, sus circunstancias o la patología cuando un enfermo, por alguna razón, se me queda fijado en la memoria.

María Antonia fue una de mis primeras pacientes, ella tenía entonces veintiocho años. Había ingresado en la clínica

porque su novio la había dejado y estaba sufriendo una fuerte ideación paranoide con constantes ataques de ira. Al parecer, la habían abandonado ya siete novios.

Igual que con todos mis pacientes, yo me mostraba atento y cariñoso, y aquello la hacía mejorar. Me contaba que siendo muy niña, su padre la abandonó y no volvió nunca más a verla. Refería en las sesiones que su madre siempre fue muy despreocupada y negligente con ella, y que pasaba largas temporadas en casa de sus abuelos maternos. Yo comenzaba a sospechar.

No tuve que indagar mucho, pues muy pronto, con cara de asco, narraba cómo su abuelo la metía en su cama y, camuflado en forma de juego, le hacía tocarle el pene. Le decía cómo tenía que hacerlo y que si conseguía que por la punta saliera un liquidito tendría premio. Y cuando tenía premio, le compraba alguna golosina. Ella tenía entonces ocho años. Lo peor era que cuando le preguntaba por su abuela me contaba que lo sabía, porque a veces le decía a su marido:

—¡Anda y llévate a la niña y así me dejas a mí tranquila!

No le dijo nada a su madre hasta que cumplió veinte años, pero entonces, esta parecía no querer darse por enterada. Tal vez era la culpa la que la hacía parecer sorda de alma.

En las sesiones se mostraba muy tranquila, hablaba y hablaba, se sentía cómoda y me contaba detalles íntimos. Era muy dependiente de los hombres. Sus relaciones, intensas e inestables. Pensaba que si alguien la abandonaba lo hacía

porque ella era mala. Idealizaba a una persona, pero cuando consideraba que no estaba suficiente tiempo con ella pasaba a odiarla con furia. No soportaba una cancelación de cita o un retraso, sentía pánico ante la idea de ser abandonada. Cuando le comunicaba que se había acabado la sesión me ponía mala cara.

Su madre y sus abuelos tenían dinero. María Antonia estudió la carrera de magisterio, pero lo dejó en el último año. Era muy impulsiva, hacía cambios bruscos de planes y de objetivos, ya había perdido tres trabajos de dependienta que su madre le había conseguido. Según ella, era un desastre y la peor persona del mundo. Su dependencia de los hombres le había hecho gastar mucho dinero en regalos: plumas carísimas, relojes y hasta una moto. Me confesaba que se había acostado con muchos *tíos*, como ella los llamaba, incluso con gente que no conocía en lugares muy poco recomendables.

A mí, como a todo aquel que la atendía amablemente, me había idealizado, hasta que una noche que me tocaba guardia en la clínica, a eso de la una de la madrugada, subió a mi habitación sin que nadie la viera y se metió en mi lecho. Me desperté, salté de la cama e inmediatamente le ordené que saliera de la habitación. Ella me miraba muy fijamente con ojos incrédulos, como si no comprendiera que le estaba hablando muy seriamente. Justo cuando le estaba repitiendo que volviera a su habitación, explotó verbalmente gritándome insultos que debieron haberse oído en Ciudad Jardín. Alarmados por

los bramidos, subieron corriendo dos enfermeros que la redujeron y la llevaron a su habitación.

Aquel incidente no supuso para mí ningún problema con la dirección de la clínica, pues los profesionales sabíamos que aquello podía ocurrir en cualquier momento. Hoy, si me pusiera a recordar las anécdotas acaecidas a lo largo de toda mi carrera, podría escribir un libro de muchas hojas. ¡Han sido tantos los años de incontables experiencias!

Dos días más tarde de aquel primer incidente crucé el comedor. Ella estaba sentada almorzando junto a otros pacientes. Cuando me vio, se levantó y estrelló su plato lleno de comida contra el suelo con tal fuerza que algunos garbanzos llegaron hasta el techo. Ante los ojos atónitos de todos los que allí se encontraban, comenzó a amenazarme con que se iba a suicidar. Ella había cometido en su vida catorce intentos de suicidio.

Cuando se le pasó la ira, entró en un estado emocional triste, amargo y sarcástico, apresada en su sentimiento de culpabilidad. Reanudamos las sesiones, no volvió a sufrir otro estallido de ira, en un mes pudimos darle el alta.

Recuerdo a María Antonia muy bien precisamente porque supuso el primer incidente en mi carrera. Aún le guardo cariño en mi memoria porque sentía que era una pobre víctima de una personalidad trastornada. De una personalidad a la que alguien había trastornado.

Marcelo era muy afeminado, mucho. Para su desgracia, su amaneramiento iba pregonando su condición de homosexual. Tampoco le ayudaba su manera de vestir con pantalones claros ajustados y camisas muy llamativas. Alguna vez llevaba el pelo escaldado.

Ingresó en la clínica en febrero de 1961, obligado por el juez de vagos y maleantes, para tratarse su «patológica desviación contra natura». Durante las sesiones, hablaba mucho:

—Mire usted doctor Beltrán, yo no le he hecho nunca nada malo a ningún niño ni he robado nada ni he matado a nadie. A mí me metieron, primero en la cárcel y ahora aquí, por maricón y nada más. Yo sé que está muy mal porque yo, por delante de todo, soy muy cristiano y muy católico, tengo mucho cargo de conciencia y soy el primero que quiero curarme, pero Dios me aparte de hacerle daño a ninguna criatura, que ese día me colgaba de una viga.

»En mi casa sabían que yo era maricón desde que era muy pequeñito, ¡coño, si nada más que había que escucharme hablar! ¡Vamos, que no había que ser muy *espabilao*! Me gustaban las pinturillas de mi madre y no quería jugar con los niños porque eran muy brutos. Me encantaba ver cómo las niñas jugaban a las casitas o a la comba, pero tenía que tener cuidado con que mi padre no me viera mirándolas porque entonces me daba una buena somanta de palos.

»Ellos nunca quisieron darse por enterados y me escondían como si fuera la vergüenza de la familia. Como si fuera no, es que era y sigo siendo la vergüenza.

»Como le digo, doctor Beltrán, que no hay que ser muy listo para verme a mí la pluma. Todo el mundo lo ha sabido siempre. Yo he hecho muchas cosas feas en las últimas filas del cine o en los descampados, pero nunca me había pasado nada hasta que me denunció uno que es más maricona que yo. ¡Hija puta! Se puso celosa la asquerosa y se chivateó a la policía y se presentaron dos secreta en mi casa.

»Lo primero que hizo el juez fue aplicarme la Ley de Vagos y Maleantes por llevar a cabo actos de ostentación homosexual, y mandarme a la cárcel provincial sin ni siquiera escucharme. Bueno, viéndome la pinta y la forma de hablar no había que preguntar nada. El otro, el que me delató, vestía de hombre, no tenía pluma y encima era de buena familia el cabrón, pero no le importaba que yo le comiera la polla y le gustaba darme por detrás, que para mí eso de ser *abujarrón* es igual de malo. ¡Usted perdone doctor Beltrán, pero es que yo me *embalo!*

»En la cárcel pasé un mes que ha sido el peor de mi vida. Allí te insultan y te dicen de todo, y además intentaron violarme entre varios reclusos, que me libré porque otro empezó a decirles cosas. Dicen que fue un milagro, porque maricón que entra en la cárcel, maricón que lo violan fijo. Imagino que fue porque estuve muy poco tiempo, que si llego

a pasar allí más trecho caigo seguro. Con medio añito entre aquellas paredes me hubiera muerto, que aquello era horroroso.

»El juez amenazaba a mis padres con mandarme a la colonia de Huelva, porque allí es a dónde mandan a los pasivos, que a los activos los mandan a Badajoz. ¡Ya ves!, ¡como si los pasivos no tuviéramos tonterías entre nosotros! Pero lo peor no fue eso, lo peor fue que como me pusiera gallito me enviaba a la colonia agrícola penitenciaria de Tefía en Fuerteventura, y entonces me cagué por las patas abajo. Es que yo sé por otra gente que *entiende* que es un campo para vagos y maleantes muy duro porque aquello es un desierto, que no tiene agua corriente, que se pasa mucha hambre, que te dan palizas, que te humillan y encima te pasas todo el día picando piedras.

»Menos mal que soy un maricón con suerte, porque mis padres, gracias a Dios, tienen dinero y le pudieron poner por delante al juez un sobre con diez mil pesetas. Entonces decidió cambiarme la condena de la Ley de Vagos y Maleantes por un tratamiento psiquiátrico. Mis padres, al final, se están portando conmigo muy bien porque en vez de enviarme a Miraflores me pagan la estancia aquí. ¡A ver si soy capaz de no darles más disgustos! Ahora sí se están portando, pero antes yo me he sentido muy solo y he pasado mucho miedo.

»Y aquí estoy, dispuesto a que usted me cure y me convierta en un orgullo para mis padres y para Dios, que yo

soy muy creyente. Mire doctor Beltrán cómo llevo la cartera, toda llena de estampas de vírgenes: la del Rocío, la de mi pueblo, la Macarena, la O, y mi Gran Poder bendito.

Marcelo hablaba y hablaba mientras yo lo escuchaba con atención y afecto. No eran buenos aquellos tiempos para la homosexualidad, pues en el año 1954 se incluyó en la famosa Ley de Vagos y Maleantes a toda persona que presentara disidencias sexuales. Podían ser condenados por escándalo público y por «atentado contra la recta moral y contra las esencias sagradas del pueblo español». En el mejor de los casos, se les prohibía vivir en su provincia o región, pero también podían ser encarcelados o internados en centros de trabajo o colonias agrícolas.

Yo nunca he sido religioso ni me han interesado las cuestiones políticas, tal vez haya sido por eso que siempre he intentado pensar por mí mismo sin que mi criterio fuera adulterado por ideas morales o religiosas. Siempre entendí como una doble justicia la tolerancia que se observaba con homosexuales ricos o artistas, y, desde luego, nunca comprendí cómo la psiquiatría española contribuyó en reafirmar la idea que se tenía de la homosexualidad como algo patológico.

No, mi criterio científico me impedía considerar la homosexualidad como una enfermedad o un delito. Me sublevaba escuchar los discursos basados en una supuesta y falsa ciencia que hacían reconocidos psiquiatras españoles para enmascarar lo que realmente era mera ideología. Consideraban

que los homosexuales realizaban actos contra natura, que eran enfermos mentales, que suponían un peligro social y que podían ser tratados de su patología. Yo sabía muy bien que algunos colegas españoles famosos y reconocidos habían tratado sometiendo a electroshocks a algunas personas mientras que les obligaban a contemplar cuerpos masculinos desnudos. También sabía de choques de insulina y de incluso lobotomías que habían dejado a algún desgraciado con daños físicos y psicológicos, con trastornos en la memoria y en la vista.

Me molestaba muchísimo que se utilizase la psiquiatría como instrumento ideológico con razones pseudocientíficas, pero me tenía que callar mi opinión y sobrevivir, pues no podía remar contra corriente en aquel río caudaloso de aguas tan bravas. Siempre consideré la homosexualidad como algo natural. En silencio, me avergonzaba de muchos de mis colegas y quizá también de mi cobardía.

Intenté ayudar a Marcelo escuchándolo y comprendiéndolo, procurando que se entendiera él mismo y dejara de flagelarse con sus sentimientos de culpabilidad. Cuando le dimos el alta, le hicimos un informe en el que certificábamos que había sido tratado de su «sexualidad desviada». No supe más de él, espero que haya disfrutado de una vida plena y feliz.

Carlos ingresó debido a un trastorno depresivo mayor. No se me olvidará nunca la primera vez que lo vi porque venía

vestido con una túnica azul que al parecer le había confeccionado su madre. En ella había cosido estrellas recortadas de tela blanca, lunas celestes y soles amarillos. Paseaba por el pasillo con una extraña expresión, como si quisiera dar a entender que poseía un conocimiento especial ajeno al resto de los humanos.

Noté que al hablar conmigo no mantenía contacto visual y que utilizaba un extraño lenguaje que en ocasiones yo no comprendía. Me costaba entenderlo, pero no porque no pronunciara correctamente, sino porque empleaba unas construcciones gramaticales que claramente se las había inventado él. Aun así, supe que era un hombre muy solitario, que nunca había conservado amigos y que había tenido que soportar las burlas continuas de sus semejantes desde que era un muchacho. Era un hombre que a sus veinticinco años se comportaba de una manera extremadamente supersticiosa. Que si la sal, que si el número trece, que si los gatos, que si el espejo, que si la escalera y que si el color amarillo. Toda la superchería popular hizo mella en él, pero no solo la popular, sino también la inventada por él mismo: hacer las cosas en un determinado orden, saltar a la pata coja, soplar tres veces para purificar el aire o dar dos vueltas después de oír determinadas palabras. No cabía duda de que era una persona muy excéntrica.

Solitario, no hablaba ni discutía con otros internos, pero a mí sí me comentaba, en su extraño modo de hablar, que el

resto de los pacientes se reían, murmuraban de él y que hablaban con nosotros los médicos para que fuera expulsado de la clínica. Claramente, presentaba una ideación paranoide.

Me comentaba que las cosas ocurrían porque él las pensaba previamente. Si se caía y se rompía un vaso era porque su pensamiento así lo había visualizado antes. Aseguraba que él podía predecir el futuro y que tenía la capacidad de leer los pensamientos de los demás. En una ocasión en que entré en su habitación, estaba pronunciando unas incomprensibles palabras mientras hojeaba un cuaderno abierto en el que no había nada escrito. Decía que estaba haciendo un ritual para iluminarme a la hora de elegir el tratamiento que iba a utilizar con él. Creía que podía controlar a los demás mediante la magia. Estaba convencido de que la humanidad iba a ser salvada de la destrucción total gracias a su clarividencia. Nunca me dijo cómo iba a salvarla. A veces pensaba que en la consulta se encontraba otra persona además de nosotros dos. Aseguraba que esa persona se metía en nuestra conversación, que lo llamaba por su nombre y que yo no debía permitirselo.

Carlos estaba muy deprimido porque su incapacidad de mantener relaciones normales le impedían conseguir algo que en el fondo anhelaba: tener amigos. Se sentía solo e incomprendido por un mundo que siempre lo había despreciado y tratado de loco.

Muchos pacientes, los recuerdo muy bien, y por supuesto puedo asegurar que se me quedaron grabados en la

memoria como si fueran fotografías cada minuto de aquel día de marzo de 1963 en el que Esperanza ingresó en la clínica.



17

**MATAR A UN RUISEÑOR**

—Hoy es 12 de abril de 1963. Esperanza, ya llevas un mes ingresada en la clínica. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que cuando llegué, pero sigo con las pesadillas y recordando y reviviendo continuamente todo lo que me ocurrió. Se me sigue acelerando el corazón que parece que se quiere salir del pecho, me falta el aire, me mareo, sudo intensamente, no paro de llorar y no se me quitan las ideas de muerte de la cabeza. Ya no tengo tanta necesidad de alcohol, pero echo de menos el poseer una cuchilla para cortarme y evadirme viendo correr la sangre por mis brazos.

—¿Estás cómoda aquí, comes bien, crees que las instalaciones son buenas, el trato que recibes es correcto?

—¡La afamada clínica psiquiátrica del doctor Guija! Sí, aquí me encuentro bien, tanto los médicos como las enfermeras me tratáis muy correctamente y me mostráis mucho cariño. Estoy cómoda.

—Como ya hemos hablado en otras ocasiones, creo que el pasado te está pesando tanto que tienes el presente totalmente aplastado.

—¡Mi pasado! No es que me aplaste, es que ya me ha enterrado en vida. Yo no soy una persona, soy un cuerpo sin alma que está conociendo su propia muerte. No tengo presente

ni tampoco futuro, solo padezco un pasado que ya ha acabado conmigo.

— Recuerda que alguna vez te he comentado que quiero que me cuentes tu vida con tanto detalle como si fuera una de las películas que tanto te gustan. En otras ocasiones me has comentado que no estabas preparada para ello. ¿Lo estás ahora?

— No lo sé, doctor Beltrán.

— ¿Te parece que empecemos y si ves que no puedes paramos?

— Hoy estoy más tranquila que en otras ocasiones. Si quiere lo intentamos, y como usted dice ya veremos a ver qué pasa.

— Muy bien, me alegra verte tranquila. Si este va a ser el guion de una película que trate sobre tu vida, ¿cuál sería el título?

— La muerte desde el cielo.

— ¿La muerte desde el cielo? Me parece muy bonito. ¿Por qué ese título?

— Porque todos los males de mi vida han caído sobre mí a plomo como llovidos del cielo sin que yo haya tenido culpa alguna. Desde la cuna ya comencé a sufrir siendo tan tiernamente inocente, y una a una, sin remedio, han llovido en mi existencia desgracias en una tormenta que nunca amainará.

— Pero alguna vez me has comentado que durante un largo periodo de tu vida te has sentido culpable.

—Sí, pero ahora, por primera vez, he comprendido que yo solo he sido una víctima. Ahora sé muy bien que yo no he tenido la culpa de nada.

—Pues si te parece comenzamos por esa cuna.

—Tengo muy pocos recuerdos de mi vida en el barrio de San Julián. Sé que pude disfrutar a mi padre menos de un año porque, por primera vez, caí como del cielo la desgracia, ennegreció la vida de mi familia. Mi padre no hizo nada, era inocente, nunca se metió en cuestiones políticas. Mi madre me contaba la historia una y otra vez, yo siempre la creí y la sigo creyendo.

»Recuerdo la sensación a la hora de mamar, cómo el pezón de mi madre bailaba fuera de mi boca hasta que por fin podía fijarlo entre mis labios y comenzaba a succionar con placer.

—¿Te acuerdas de eso?

—¡Perfectamente!, también el asomarme a la mesa donde mi madre y mi abuelo estaban cenando. Me llegaba a la altura de los ojos y yo me ponía de puntillas sobre los pies.

»Cuando nos mudamos a Bellavista, solo tenía cuatro años y mi hermana tres. Mi infancia fue muy feliz. Solo recuerdo risas, besos y juegos. Me sentía querida por todas las vecinas que me mimaban desde su digna pobreza. Sentía una unión con las amiguitas de mi calle que más que amigas parecíamos primas o casi hermanas. Recuerdo el juego del elástico, la cuerda, la lima cuando el suelo estaba embarrado,

el tejo, el esconder, la comba. Los primeros años de mi vida los recuerdo con cariño.

»Puertas abiertas, todas las puertas de mi calle siempre estaban abiertas, yo entraba llevando de la mano a mi hermana y me sentía en mi hogar en cada una de aquellas benditas casas. Chocolate, arroz con leche, roscos caseros, natillas y el exquisito aroma de la alhucema quemada en los braseros de cisco o el olor a lápiz y a goma de borrar. En la escuela olía a escuela.

Tengo una fecha grabada en mi memoria, posiblemente el día más feliz de mi vida: 28 de diciembre de 1952. Mi madre, con mucho esfuerzo, estuvo ahorrando dinero durante tres meses, y aquel domingo, muy limpias y arregladitas, nos llevó a mi hermana y a mí al cine Llorens para ver *La Cenicienta*, de Walt Disney. Aquella película me hechizó y me transportó a un mundo de color, belleza y fantasía que no había podido ni imaginar. Mis ojos y mi corazón se pegaron a aquella pantalla para no separarse nunca más de la magia del cine. Sí, 28 de diciembre, pero no fue una broma, sino una lindísima realidad.

»Bellavista era un barrio sin hombres donde reinaba la alegría de aquellas heroicas mujeres que suspiraban con la pronta salida de sus maridos de los campos de concentración.

—¿Veías a tu padre?

—Muy de pequeña, pero no me acordaba. Cuando lo volví a ver tenía nueve años y mi hermana ocho. Solo lo conocía por una foto que guardaba mi madre a la que yo le daba un

besito todos los días antes de ir a dormir. Mi madre me sonreía cuando lo hacía y a mí no se me olvidaba nunca. Fui con mucha ilusión al campo de trabajo, sin embargo, aquella primera vez fue muy extraña porque aquel hombre que nos miraba a mi hermana y a mí con embeleso no era el mismo de la fotografía. Me agarraba a la red metálica que me separa de él, entre los huecos me acariciaba la mano con sus dedos. No era el mismo hombre, yo lo veía como un viejo.

—¿Sabías por qué estaba preso?

—Nunca se me ocurrió preguntar a mi madre por qué papá estaba allí metido y no vivía con nosotros. En mi inocencia lo veía como algo normal, como si la vida fuera así, sin más. Imagino que influiría el que los padres de mis amigas también estaban presos en el mismo lugar. De todas formas, yo siempre he sido muy inocente y un poquito pánfila en todo.

»Visitábamos a mi padre una vez en semana. Ese día, mi madre nos lavaba la cabeza y nos limpiaba muy bien con jabón todo el cuerpo, nos echaba agua de colonia y nos ponía ropa limpia. Una vez, nos dejaron entrar en el campo porque querían que mamá arreglara no sé qué pantalones. Yo tenía diez años, aquella fue la primera vez que mi padre pudo abrazarnos y besarnos. Ahora me imagino lo que debió sentir después de tantos años sin tocar a su familia más que con la punta de los dedos a través de una red metálica. Recuerdo que lloraba mientras me abrazaba, yo no entendía por qué estaba tan triste. ¡Siento que me he perdido a mi padre, que nunca lo

he tenido, que nunca pude disfrutar de aquel hombre simpático y cariñoso! Eso lo tendré clavado en el alma toda la vida.

»Es muy curioso, porque los recuerdos que guardo del campo de trabajo son buenos. Cuando entrábamos para que mi madre hiciera trabajos de costura, todo el mundo se comportaba muy amablemente con nosotras. Por supuesto que los presos compañeros de mi padre nos hacían bromas, pero también los guardias y la gente que mandaba allí. Alguna vez, en la cocina, nos hacían chocolate caliente para merendar. Yo sé que mi padre fue un esclavo absolutamente desgraciado allí, alguna vez me culpo y me digo a mí misma que no debo tener recuerdos buenos del campo. Imagino que los niños lo suavizan todo y que lo único que necesitan para ser feliz es cariño. Tal vez, el paso del tiempo es el que haya adormecido el recuerdo.

—¿Cuándo salió tu padre del campo de trabajo?

—En 1953, cuando yo tenía doce o trece años. Pero no vino a casa, fue ingresado en el sanatorio El Tomillar.

—¿Enfermó de tuberculosis?

—Sí, y aquella nueva muerte caída del cielo hundió a mi madre en la desesperanza. Años de espera que acabaron con más espera. Se cambiaron las visitas a la colonia penitenciaria por visitas al sanatorio. Fue entonces cuando mi alegre infancia se fue para siempre. Aun así, mi madre siguió luchando con

fortaleza. ¡La verdad es que es única!, yo no he heredado su talante. Dejé de ser niña de golpe.

—¿Por qué?

—En Bellavista, yo había aprendido a reír, a estar alegre, a ser confiada. Había abrazado la felicidad, envuelta en el traje de mi inocencia, era un torbellino de luz que alegraba a quien estaba a mi lado. Inocencia, alegría, tormenta de júbilo. Todo cambió cuando me fui a trabajar a la casa de los Cornet.

—¿Qué pasó?

—Es una larga historia, ¿tenemos tiempo?

—El que sea necesario.

—No se puede hacer una idea, doctor Beltrán, de la ilusión que me hizo el poder ir a trabajar para ayudar económicamente a mi familia, porque la costura no daba casi ni para comer. El día que me recogieron en un cochazo, yo no paraba de hablar y de hablar. Llegamos a una casa que para mí era un palacio, mi habitación grandísima y muy bien puesta. Muy buena alimentación, me trataban muy amablemente y además tenían una hija de mi edad con la que inmediatamente hice amistad de tal manera que pronto nos sentíamos casi como si fuéramos la misma persona, aunque siempre manteniendo una relación de superioridad e inferioridad. Ella se sentía superior a mí y así me lo hacía ver y sentir. Yo, por supuesto, me sentía inferior a ella. Manteniéndonos en ese plano, todo fluía con naturalidad.

—¿Cómo se llamaba?

—Marisa. Aquellos primeros meses transcurrieron cómodos. Me dedicaba a la limpieza de la casa y a la cocina. Cuando llegué, no sabía guisar, pero poco a poco fui aprendiendo y ahora hago unos guisos que se chupan hasta los dedos de los pies.

—¡Vaya, te has echado un piropo a ti misma!, es el primero que te oigo.

—Sí, es que yo guiso muy bien. La caldereta de cordero, los garbanzos con bacalao, los chocos con garbanzos, las tortillitas de bacalao, los huevos rellenos.

»Don Antonio compraba todos los días el *ABC* para la sala de espera de su consulta. Después de cenar y recogida la mesa y la cocina, yo me subía el ya muy manoseado periódico a mi habitación para leer. La verdad es que me aburría casi todo menos los anuncios, que me ayudaban a soñar con un futuro marido y unos hijos preciosos, y sobre todo la cartelera de cine y las críticas, que me hacían recordar el día que fui a ver *La Cenicienta*. Así fue como me aficioné al cine.

—Según me has dicho en otras ocasiones te apasiona.

—Sí, pero también me da miedo, ya sabe por qué, ya se lo he comentado en alguna ocasión.

—Tu obsesión por los títulos.

—No es una obsesión, es que ocurre.

—No ocurre, tú crees que ocurre, pero ya hablaremos de eso. Sígueme contando.

—Marisa y yo queríamos ver una película que estaba teniendo mucha fama que se llamaba *De aquí a la eternidad*, autorizada solo para mayores, pero nos moríamos por verla. Marisa, sin que se enterara doña Isabel, convenció a don Antonio para que nos llevara y nos colara, pues el doctor conocía a gente en toda Sevilla. Parecía que los deseos de aquel hombre eran órdenes para todo el mundo, pero no de una manera impositiva, no, que don Antonio era la pura amabilidad y la pura sonrisa a la que todo el mundo obedecía al momento y de buen agrado.

—Y visteis la película.

—¡Me encantó! Pero hoy en día la odio profundamente.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque le costó la vida a mi padre, y en segundo, porque me costó a mí la mía.

—La muerte de tu padre no tuvo que ver nada con el título de esa película. Seguro que te sientes culpable desde entonces.

—No, porque entonces yo no sabía nada sobre esa maldición, pero sí me culpo por diversos desastres que sí he producido yo acudiendo a ver ciertas películas. ¿Cómo se me pudo ocurrir ir a ver *La noche es mi enemiga*? Absolutamente enemiga para aquellas buenas personas que cantando se dirigían al Rocío.

—Eso es una obsesión que te ha producido un miedo irracional. Es tu mente la que asocia un título con algo que

ocurre después, pero son invenciones. Si se da alguna casualidad alguna vez, que puede darse, da pie a que en futuras ocasiones seas tú misma la que busques asociaciones que luego se te quedan grabadas en tu mente, pero no recuerdas las muchísimas veces que has ido al cine y luego no ha ocurrido nada. Esas ocasiones, que son la mayoría, no se te quedan grabadas en el recuerdo.

—Es cierto que muchas veces no ha ocurrido nada.

—¿Por qué dices que te costó a ti la vida?

—No se lo he contado nunca a nadie, ni siquiera a mi madre y a mi hermana.

—Pero yo estoy aquí para ayudarte, además, el habértelo guardado te ha hecho mucho daño, sin duda, y te ha hecho sufrir sola sumergida en tu pensamiento que te habrá engañado continuamente.

—¿Engañado mi pensamiento?

—Sí, seguro que te has dicho a ti misma barbaridades que no se ajustan a la realidad. Continúa.

—Entonces empezó mi Calvario, comencé a machacarme a mí misma y no he parado hasta hoy. Sí, me he aplastado yo sola como usted dice.

—¿Qué ocurrió?

—Creo que yo había cumplido ya los trece años. Ya había desarrollado. Menos mal que la primera regla me cogió un domingo en mi casa junto a mi madre, que si no, me muero

de miedo. Ya me habían crecido estas tetas y este culo que al parecer les gustan tanto a los hombres.

»Comencé a notar que cada vez que Marisa estaba en el colegio, doña Isabel se encontraba fuera en una de sus muchas actividades católicas, y además no había ningún paciente en la consulta; don Antonio me buscaba en la cocina sonriente y amabilísimo para interesarse por cómo me iba la vida. Al principio, me cogía de la cintura mientras me preguntaba, pero después ya comenzó a tocarme, siempre muy sonriente, el culo y los pechos, y me daba abrazos muy fuertes que apretaban mucho mi cuerpo contra el suyo.

—¿Qué pensabas o qué sentías?

—Nada, no me lo explico, pero no pensaba nada. Yo era absolutamente inocente en esas cuestiones, se trataba de aquel gran hombre tan recto y tan amable al que todo el mundo admiraba. No me agradaba, pero no lo entendía como algo malo. Bueno, eso creo ahora, porque lo cierto es que no comenté nada a nadie.

—Sigue contando.

—Una mañana, estaba yo limpiando mi habitación. Subió, me manoseó como siempre, pero aquel día no se acabó ahí porque se sacó su cosa, me tomó la mano e hizo que se la cogiera. Fue entonces cuando yo comprendí que aquello era algo muy malo. Me quedé absolutamente paralizada, me desagradaba muchísimo, pero parecía que no podía decirle que no a aquel hombre tan bueno y que tanto había hecho por mí.

Paralizada y sin reaccionar, pero sabiendo que aquello estaba muy mal.

»Pasé aquel día como ida, totalmente absorta en el recuerdo de lo que había ocurrido. Aquella noche fue la primera vez que tuve el impulso de coger una cuchilla que yo guardaba en un cajón, para hacerme un corte profundo en el antebrazo y ver fluir la sangre.

—¿Fue un impulso?

—No sé, fue más una necesidad de librarme de aquel intensísimo malestar que se instaló en mi cuerpo y mi alma aquel funesto día. El correr de la sangre me calmaba y me sentía reconfortada. Aquella práctica se convirtió en mi amiga y compañera para siempre.

—¿Qué sentías al cortarte?

—Que desaparecía el malestar, la ansiedad, el nerviosismo, la culpabilidad. Me sentía calmada y en paz.

—¿Eras consciente de que el doctor cometía abusos contra tu persona?

—Ahora sí, pero entonces me culpaba a mí misma y me sentía sucia y despreciable, y no crea, doctor Beltrán, que ese pensamiento lo mantuve solo en aquellos primeros momentos, me ha durado casi hasta antes de ayer.

—¿Siguieron los abusos?

—Sí, aquello fue solo el principio, un día me sentó en la encimera de la cocina y me penetró. Me hizo daño. Desde

entonces, cada vez que nos quedábamos solos en la casa me buscaba, y yo cada vez me sentía más sucia y más culpable.

—¿Cuánto duraron esos abusos?

—No cesaron nunca. Desde los trece a los veintiún años que me fui de la casa.

—¿Pero siendo más mayor tampoco reaccionabas?

—No, paralizada, esa es la palabra que mejor refleja cómo me sentía. Nunca experimenté el más mínimo placer, aquello me desagradaba como nadie puede ni imaginarse, pero no reaccionaba y me quedaba como con la mirada perdida mientras él hacía lo que quería. Luego, de noche, mi amiga la cuchilla me acompañaba en mi descanso. Sé que es difícil de creer, pero es la verdad.

»En una Nochebuena, descubrí el sabor del brandy, desde entonces tengo dos amigas: la cuchilla y la botella. Ahorraba un poco, me compraba una botella de Caballero o de Terry y la escondía en mi armario.

—¿Tu amistad con Marisa no se resintió?

—No, ni ella ni doña Isabel se enteraron nunca de nada, o al menos eso pienso. Ya le he dicho que nunca he contado nada a nadie. Usted es la primera persona que lo sabe.

—Fueron muchos años.

—Años de culpabilidad, de sufrimiento, de basura, de asco. Yo sé que aquellos abusos me han marcado para siempre.

—¿Cómo te han marcado?

—Ahora siempre estoy alerta ante cualquier hombre, incluso veo cosas raras. Tengo que dormir con una luz encendida y algunas veces no quiero quedarme dormida porque tengo miedo de que alguien se meta en mi cama. No quiero quedarme sola, me da miedo, me quema, porque cuando estaba sola era cuando me buscaba. ¡Usted dirá que estoy un poco *chalá!*

»Aquello me hizo madurar muy rápido, pasé directamente de la infancia a la edad adulta sin pasar por la adolescencia. En lo que se refiere al sexo, me ha convertido en una piedra, porque me bloqueo en cuanto alguien me toca. Tal vez si llevara yo el control y la iniciativa sería otra cosa, pero eso está muy mal visto en una mujer.

»Confundo mis sentimientos, no sé interpretarlos, no sé si lo que siento por alguien es afecto, cariño o amor. No sé decir te quiero si no es por escrito.

—¿Qué piensas de ti misma?

—Que soy una mierda, que podía haber hecho más para que aquello acabara. Ahora pienso que es mentira cuando alguien me dice te quiero, solo con Amancio lo he creído. Me han robado mi vida, mi adolescencia y mi madurez.

—¿No pensaste en denunciar?

—No, en primer lugar porque pensaba que yo era la culpable, y en segundo porque nadie iba a creer a una criada que denunciaba a un prestigioso médico. No me hubiera creído nadie y, sin duda, me hubieran tratado de puta. Además, usted

sabe bien la cantidad de sentencias que eximen al hombre aduciendo la supuesta provocación de la mujer.

—El doctor Cornet es quien te paga la estancia en esta clínica.

—Sí, a veces pienso que nunca me voy a librar de esta dependencia.

—Seguimos con la película de tu vida.

—Perdí aquella alegría de la infancia y comencé a ser un fantasma sentimental. La muerte de mi padre sin volver a casa me vistió de luto el alma. Comenzó entonces la maldición que me acompaña con el título de las películas, la idea del suicidio ya no me abandonó nunca.

»Pasaron los años hasta que un día llegó de Madrid un amigo de Marisa. Era guapito, pero sin ser nada del otro mundo, de estatura mediana y muy educado y muy amable. Era fotógrafo de *ABC* de Madrid y llegaba a Sevilla para cubrir el juicio por el robo de las joyas de la Virgen de los Reyes.

»Yo sabía que tanto Marisa como sus padres estaban locos porque Amancio, que así se llamaba el muchacho, que era muy amigo de la familia y además tenía dinerito, se hiciera novio de Marisa. Lo sabía, pero pronto empecé a darme cuenta de que yo le gustaba a Amancio y de que él me gustaba a mí. Un día me besó, mi esperanza se derrumbó por completo porque no pude reaccionar, me quedé inmóvil como si ni su beso ni su persona significaran nada para mí.

»Yo deseaba besarlo con pasión y acostarme con él, que a mí eso de llegar virgen al matrimonio me importaba tres leches, pero cada vez que me tocaba me volvía una piedra rígida, fría y paralizada. Aun así, Amancio me pidió que fuera su novia y me prometió matrimonio.

—¿Estabas enamorada?

—Muchísimo, desde que me escribió pidiéndome que me casara con él se acabaron los cortes en los brazos y las varias copas de brandy antes de irme a la cama. Mi ilusión se convirtió en primavera, se curaron de pronto los inviernos de mis sentimientos.

—Pero él vivía en Madrid y tú en Sevilla.

—Sí, pero era muy bonito lo que nos decíamos por carta y muy excitante la espera para volverlo a ver. Me sentía feliz. Fíjese doctor hasta qué punto me elevaba como en una nube que cuando me echaron de la casa de los Cornet me quedé muy tranquila. Ciertamente es que salí ya con otro puesto de trabajo, pero me mantenía en una calma propia de mi madre.

—¿Te echaron de la casa?

—Sí, al parecer no les sentó nada bien que la Cenicienta se llevara al príncipe y me echaron, pero eso sí, como siempre haciéndome un gran favor procurándome un nuevo puesto de trabajo.

—Lo dices con ironía.

—Es que no sé cómo lo hace, pero al final el doctor Cornet siempre queda como un hombre piadosísimo y

altruista. Ahora me paga la estancia en esta maravillosa clínica psiquiátrica del doctor Guija en la preciosa avenida de la Cruz del Campo y ustedes lo reverencian. A él siempre lo tienen en un pedestal. Todo el mundo lo adora.

—Seguimos.

—Me coloqué como limpiadora en el restaurante La Marina. Tenía un ambiente de trabajo muy agradable, no me importaba que en la planta de arriba se practicase la prostitución. De vez en cuando, también iba a las Siete Puertas y a La Punta del Diamante, pero normalmente trabajaba en La Marina. Allí conocí a Manuela, la que hoy considero como la mejor amiga que he tenido. Me instalé en su casa muy cómodamente y entre carta y carta de Amancio, alguna llamada telefónica de vez en cuando y un trabajo tranquilo pasé un año feliz e ilusionada con mi futura boda.

»Un día que Manuela no había ido a trabajar porque estaba enferma, apareció en casa el doctor Cornet para tratarla. Al verme comenzó a hacer preguntas a Manuela sobre mi estancia allí. Ella, que no sabía lo que había ocurrido entre él y yo, le informó de que estábamos viviendo juntas.

»Yo salía de trabajar a las siete de la tarde, Manuela entraba a las nueve. El doctor sabía perfectamente cuándo yo me encontraba sola. Una noche se presentó en la casa para que comenzara de nuevo el infierno.

—¿Cuántas veces?

—No lo sé, varias. Él llamaba a la puerta, y yo, sabiendo quién era y sin quererlo, andaba lentamente como un animal que se encamina al matadero para abrirla como si no hubiera más posibilidad ni más salida. Parecía que decirle no a aquel hombre estaba algo así como prohibido. Detrás de la puerta, su sonrisa de oreja a oreja, en sus manos siempre algún ramo de flores o algún regalo que de madrugada acababa en la basura. Primero intentaba mantener una conversación amigable conmigo, pero yo permanecía siempre sin pronunciar palabra y mirando al suelo, imagino que con cara de resignación, desesperanza y tristeza. Cuando él veía que yo no contestaba, me tomaba de la mano, me llevaba a mi habitación, me sentaba en la cama, me desnudaba quitándome hasta el último botón y la última prenda, me tendía, se desnudaba él y montaba sobre mi cuerpo sin vida. Cuando acababa, me daba un beso cariñoso en la mejilla, se vestía, me dejaba el regalo sobre la mesa del comedor y salía de la casa tirando de la puerta para cerrarla. Yo permanecía inmóvil, mirada incrédula puesta en el suelo, primero hecha de mármol, después de lágrimas que desbordaban mis ojos hasta que pasadas dos horas podía moverme, levantarme, ducharme hasta tres veces, vestirme e ir a la calle para tirar su regalo a la basura sin ni siquiera abrirlo de su envoltorio.

—Ya tenías veintiún años, ¿tampoco pudiste reaccionar?

—Tampoco, y no logro explicármelo, porque aquel hombre me daba asco, cuando me tocaba me mataba. Era lo último que yo quería hacerle a Amancio. No era más que un trozo de carne sin vida que mantenía una mirada inexpresiva mientras él descargaba en mí toda su suciedad. No me entiendo, no sé cómo no lo evité. Ahora no sé nada, pero aunque parezca lo contrario, yo entiendo que de alguna manera soy inocente. Es difícil de comprender, yo lo sé, si no me entiendo ni yo cómo voy a pretender que los demás me comprendan. Por eso no he contado nunca nada.

»En verano, Amancio vino a Sevilla a pasar las vacaciones conmigo. Yo me había mentalizado para no bloquearme cuando él me tocara, pero fue un fracaso. Comencé a tener miedo de que él dudara de mí y volví a cortarme y a beber. Lo pasamos muy bien, pero cuando volvió a Madrid, yo tenía la certeza de que se iba con muchas dudas sobre mi cariño hacia él.

»Ocurrió lo peor, me quedé embarazada del doctor Cornet. Elegí la más mala de las decisiones, debí ser fuerte y no matar a la criatura que se formaba dentro de mí, pero no quería perder el sueño de casarme con Amancio. Además, tenía miedo del trato que se le da a una madre soltera en esta España que sufrimos.

—¿Me estás diciendo que abortaste?

—Sí. En el mes de septiembre, Manuela me llevó a una carnicera que casi me mata. El doctor Cornet me libró de la

muerte y de la cárcel. Siempre salvador con grandes alas redentoras.

—¿Cómo lo hizo?

—Me ingresó de extrema urgencia en García Morato y luego lo arregló todo para que los médicos no me denunciaran.

—¿Siguió visitándote?

—No, se ve que debió asustarse, porque ya nunca más apareció por casa, aunque él no sabía si el niño era suyo porque no conocía que yo no me acostaba con Amancio.

—Te liberaste.

—Me liberé del asco, pero no de la culpa del engaño a Amancio.

»A finales de noviembre se desbordó el Tamarguillo. Veíamos la calle Oriente desde nuestro balcón surcada por barcas, y es que el agua llegó allí por lo menos hasta los dos metros. Eso lo recuerdo con cariño porque todo el mundo se volcó con las personas necesitadas. Nosotras mismas tuvimos en casa a bastantes vecinos de los pisos inferiores. La solidaridad que mostramos todos los sevillanos me limpiaba y me reconciliaba con el ser humano.

»La Operación Clavel. ¡Cuánto lloré de emoción cada noche escuchando a Bobby Deglané!, y encima Amancio iba a cubrir el programa y el futuro convoy que vendría a Sevilla. ¡Qué ilusión! ¡Cuánta alegría viendo cómo toda España se volcaba con Sevilla!

—Y fue entonces...

—Sí, nos echamos a la calle para recibir a la Operación como se merecía. Podía haber visto pasar la caravana desde mi balcón porque iba a recorrer la calle Oriente, pero decidí ir con mi amiga Mari Carmen y su novio al puente del Tamarguillo. Al parecer, allí se le iba a entregar a Bobby y a la duquesa no sé qué presentes. Quería contemplarlos en persona, sería una oportunidad para que Amancio me viera y me fotografiara.

—¿Mari Carmen?

—Sí, una amiga que resultó herida en el accidente y a la que todavía no he podido ir a ver. Siento vergüenza por ello, es algo que tengo clavado en mi autoestima.

—¿Qué recuerdas?

»Recuerdo la alegría, los cantes por sevillanas, los niños brincando y la avioneta en su ir y venir escribiendo sobre el viento la terrible tragedia que iba a causar y...

—¿Y?

—¡No puedo! ¡No puedo hablar de ello! Parece que lo veo a cada momento, tengo pesadillas que no me dejan descansar. He dejado de ver a Mari Carmen porque me recuerda aquel terrible momento. Otra vez, y más que nunca, la muerte cayó del cielo.

»Desde aquel momento, me siento insensible a las emociones, no duermo, no me concentro, no puedo hacer nada, tengo lagunas de memoria y estoy constantemente alerta como si algo malo fuera a ocurrir en cualquier momento. ¿Qué me pasa doctor?

—Padeces un clarísimo trastorno de estrés postraumático. Has vivido de cerca un trauma muy intenso.

—Pero otras personas también estuvieron allí, y muy lejos de paralizarse como hice yo tuvieron un comportamiento que en algunos casos llegó a ser heroico.

—Pero existen antecedentes en tu persona que facilitan la aparición del trastorno.

—¿Antecedentes?

—Sí, haber sufrido otro trauma en los primeros años de la vida como maltrato o abuso sexual, ser propensa a la ansiedad y la depresión, consumo de alcohol. Puede llevar a la persona a albergar pensamientos suicidas. Tú tenías todas las papeletas.

—¡Vaya! Pues sí, tengo todos los cromos para rellenar el álbum entero. Desde entonces, soy una muerta con los ojos abiertos.

»Aquella fue la peor Navidad de mi vida. No podía ni salir de casa para ir al trabajo. Pasado un tiempo prescindieron de mis servicios. Luego vino lo del inspector.

—¿El inspector?

—Un día apareció en mi casa un inspector de policía. Al parecer, sabía que yo me había provocado un aborto. Me asusté mucho porque el doctor Cornet me había asegurado que no me pasaría nada, pero cuando aquel hombre empezó a hacerme preguntas me puse muy nerviosa. Lo negué todo, y después de fumarse medio paquete de tabaco y haberse bebido todo el

brandy que me quedaba, el tío se fue mirándome descaradamente las tetas y ya no me molestó más.

—¿No tuviste problemas?

—En ese sentido no, pero al parecer, doña Isabel se enteró de lo ocurrido, Marisa informó a Amancio y ahí se acabó todo.

—¿Qué quieres decir con que ahí se acabó todo?

—No podía seguir mintiéndole más a Amancio. Él rompió su compromiso. Abusada, había matado a mi hijo, traumatizada, con el gran sueño de mi vida acabado. Me tomé un bote entero de Optalidón.

—Fue tu primer intento de suicidio.

—Sí, me desperté en el hospital con Manuela, mi madre y mi hermana llorando a mis pies.

—Seguimos.

—Me fui a vivir a mi queridísimo hogar de Bellavista. Retomé la costura y volví a sentirme reconfortada en mi bendita calle con aquellas vecinas y amigas que tanto me querían. Coser y coser, nos sobraba el trabajo. Yo esperaba con ilusión cada día al cartero para ver si me traía una carta que nunca llegó.

»Pasó el tiempo y seguía reviviendo intensamente cada día lo ocurrido. Mi autoestima destrozada me mantenía en una depresión profunda que me llevó a cometer el segundo intento de suicidio cuando me enteré por carta que Amancio y Marisa estaban prometidos. Mi madre, desesperada, pidió ayuda al

doctor Cornet. Aquí me tiene hablando con usted. ¿Qué le parezco? ¡Una joya!

—Me pareces una mujer muy valiente. ¿Te enteraste por carta?

—Sí, una amabilísima carta en la que Marisa me informaba de su compromiso y de su próxima boda.

—Esta semana se han entregado los Oscars de 1962. Me imagino que ya lo has leído.

—Sí, por supuesto.

—Hay títulos que intuyo que no te gustarán, como *El día más largo*, *Matar a un ruiseñor*, *Divorcio a la italiana* o *El mensajero del miedo*.

—¡Oh! El mensajero del miedo ya vino a verme en forma de inspector de policía.

—Hay títulos neutros: *Lawrence de Arabia*, ¿*Qué fue de Baby Jane?*, *El maravilloso mundo de los hermanos Grimm*. Pero los hay también muy esperanzadores como *Vivir de ilusión*, *Dulce pájaro de juventud* o *Días de vino y Rosas*. ¿Cuál te gustaría ver?

—Cuando salga de aquí, solo quiero ver una película, y deseo con toda mi alma que se cumpla la maldición de su título: *Matar a un ruiseñor*. Quiero ser yo quien lo mate, y quiero ser yo misma el ruiseñor.

## CONFIDENCIAS DE MUJER

*Viernes 28 de junio de 1963.*

*Acabo de salir de la clínica del doctor Guija. Me encuentro un poco mejor, aunque en mi cuerpo y mi alma el peso de la vida es duro como el granito. El doctor Beltrán me ha aconsejado que me vaya exponiendo progresivamente a mis miedos, que no huya, porque si lo hago cada vez tendré más tendencia a aislarme y a sentir pavor ante estímulos neutros que no representan un peligro. Lo voy a intentar, aunque en estos momentos me siento muy cansada.*

*También me ha recomendado que me exprese, que no me quede sola con esta mente mía que solo quiere machacarme y hacerme daño. Él se refiere a que me abra con otras personas, pero yo ahora no tengo ganas de hacerlo, ni siquiera con mi madre y hermana.*

*Manuela ha venido a verme y me ha hecho un regalo: este diario en el que estoy escribiendo estas primeras líneas. Ella dice que me va a venir bien soltar en forma de letras,*

frases y párrafos, todo lo que me apena y enfurece. A mí me ha parecido bien, aunque no sé si voy a tener fuerzas para escribir al menos una vez en semana. No quiero que se convierta en una obligación, así que he decidido que iré escribiendo cuando realmente lo necesite o tenga ganas.

El diario es muy bonito, es un auténtico cuaderno adorable. Las cubiertas están hechas en piel repujada con motivos arabescos, pero el interior no tiene rayas, que yo no sé si me van a salir derechos los renglones porque siempre que escribo en una hoja en blanco me tuerzo de tal manera que la última línea acaba en el suelo. ¡Pobrecito mío el último renglón, que da pena verlo!

Intentaré abrir el diario, expresarme y hacerlo derecho. ¿Lo conseguiré?

*Domingo 25 de agosto de 1963.*

*¡uf! No sabía que había pasado tanto tiempo, casi dos meses desde que escribí las primeras palabras en este diario, pero la verdad es que no he tenido ganas de nada, ni siquiera de abrirlo.*

*Ya casi ha pasado el verano, unos meses en los que no ha ocurrido nada digno de contar. Mi hermana sigue pegada a mí sin querer hablar con nadie, días enteros de costura refrescados con el botijo, tardes de conversaciones sentada a la puerta de la casa y noches de pensamientos mirando a las estrellas a través de mi ventana. Por no hacer no he ido ni al cine de verano, ¡con lo que me gusta a mí un cine de verano!*

*¿Cómo me siento? Pues me siento triste, muy triste, con una pena que se ha instalado en cada centímetro de mi cuerpo y que me duele hasta físicamente. Sin futuro, pues sé que no voy a mejorar en la vida y que este infierno que vivo se ha hecho eterno, que moriré sufriendolo tan intensamente como el primer día que vino a torturarme. Fracasada a mis veintitrés años en el amor, en el trabajo e incluso en la familia, porque la estoy destrozando.*

*Ahora nada me satisface, ni siquiera lo que antes me gustaba. Mi madre está muy preocupada porque no me ve comprar periódicos para leer las carteleras o las críticas cinematográficas. Tampoco me ve escuchando programas de radio que hablan de películas. Además, ya ni me acuerdo de la última vez que fui al cine. Nada me gusta, todo me aburre.*

*La culpa no me deja, no me abandona ni un minuto, ni siquiera cuando duermo, y me hace sentirme la persona más baja de la tierra. Culpa por haberle permitido al doctor Cornet lo que le permití, por muy niña que fuera. Culpa por mentir a Amancio y perder lo más bonito que me ha ocurrido en la vida, por aquella cara de ángel que masacré, por no haber podido visitar todavía a Mari Carmen, por hacer sufrir a mi familia y por haber intentado quitarme la vida inconsciente de que enterraría a mi madre en vida. Me da vergüenza de mí misma, me detesto.*

*Me siguen acosando ideas de suicidio, no hay un día en el que la idea de muerte no se me venga a la cabeza, es como un pensamiento automático, entra él solito en mi mente y se instala con comodidad. En ese sentido estoy tranquila, el pensamiento viene irremediablemente, pero ahora sé que ya*

no voy a cometer más tonterías. La imagen de la cara de mi madre me ayuda a saber que nunca volverá a pasar. Jamás volveré a intentar suicidarme.

Llorar, llorar y llorar, y a veces sin saber por qué. Parece que las lágrimas salen solas sin yo quererlo. Cuando no lloro estoy enfadada, sin venir a cuento le doy unos gritos espantosos a mis Nieves y tengo unos malos modos que, la verdad, yo no sé cómo me aguantan.

Ahora no quiero ver a ningún hombre ni en pintura, es que veo a uno y salgo corriendo, y como encima me digan algo sobre lo «güena» que estoy, entonces es que me descompongo. Pero no me pasa solo con los hombres, la verdad es que no tengo ganas de ver a nadie, que incluso me molesta que Manuela y el Curri vengan a verme. ¡Con lo que me quieren! ¡Es que soy un regalito!

Me siento incapaz de tomar una decisión, ni siquiera sobre un color de hilo o sobre el largo de un vestido. Nada, creo que me voy a equivocar seguro, y me junto con mi hermana y formamos la cofradía del no sé. Menos mal que mi madre, siempre paciente y calmada, no hay un día en el que no nos dé una lección de sabiduría.

*Me siento fea, por la calle me siguen diciendo de todo, pero yo no me lo creo. Me veo vieja, tengo un aspecto horrible, aunque eso no me preocupa porque viendo de lo que me ha servido el ser guapa, pues casi mejor así. Será que he perdido peso y ahora estoy más canija y los vestidos ya no me quedan tan pegaditos y tan bien, pero es que no tengo ganas de comer. No sé qué será.*

*No quiero nada, me despierto a mitad de la noche y ya no pego ojo hasta que oigo cantar al gallo, y cuando duermo me sobresaltan continuas pesadillas con la imagen de la avioneta que me dejan hecha polvo. Me canso en cuanto hago cualquier cosa, no tengo ganas de emprender nada. Fíjate hasta qué punto que he tardado dos meses en abrir de nuevo este diario.*

*Esta tristeza no solo la tengo en el alma, también en el cuerpo, porque me hormiguean los brazos, tengo una continua sensación de calor hasta cuando por la noche refresca, me tiemblan las piernas, las manos y todo el cuerpo, siento mareos y el corazón se me acelera. Tengo la sensación de que me falta el aire, me duele el estómago y sudo continuamente. La cuchilla y la botella siguen siendo mis mejores amigas.*

*En fin, que estoy hecha un cromo. Vamos a ver para cuándo tengo fuerzas de volver a abrir este quitapenas y volver a expresarme. Espero no tardar mucho.*

*Martes 15 de octubre de 1963.*

*Pues esta vez parece que he tardado también bastante en volver a escribir, pero no me preocupa mucho porque, la verdad, es que no me siento tan mal como la última vez. He leído las «maravillosas» sensaciones que había dejado sobre el papel y se me han puesto los vellos de punta. No, ya no estoy tan mal, tampoco estoy bien, digamos que me encuentro en un estado neutro de tranquilidad, aunque la pena, la ansiedad y el revivir continuamente mis miedos y mis traumas no se me quitan.*

*Decidí hacer caso al doctor Beltrán, ser valiente y hacer frente progresivamente a mis miedos. Quise empezar por algo que me hacía mucho daño: el no haber vuelto a hablar ni a ver a Mari Carmen desde el día del accidente de la avioneta. Me dolía mucho porque me ponía en su lugar y pensaba que no podría entender el que no la hubiera ido a visitar al hospital con lo grave que estuvo, que tampoco hubiera ido a su casa y que no hubiera preguntado ni una sola vez cómo estaba. El doctor me explicó que el más mínimo contacto con personas o lugares que me recordaran la tragedia me hacían muchísimo mal, y que las evitaba*

sistemáticamente, aun sin darme cuenta. Es cierto que eso me pasaba y me sigue pasando, pero no quita para que al menos le hubiera enviado una carta.

Fui valiente, tomé papel y bolígrafo y le escribí a Mari Carmen explicándole lo que me había ocurrido, comentándole lo que me había dicho el doctor Beltrán, pidiéndole perdón y rogándole que me dejara ir a visitarla.

No me contestó a la carta, no. Cuando leyó lo que yo le contaba no perdió tiempo y se presentó inmediatamente, con su novio Fernando, en mi casa de Bellavista. Cuando sonó la puerta abrí, y al verla allí con una sonrisa encantadora me abracé a ella y estuvimos las dos llorando casi un cuarto de hora en un apretujón que nadie podía, ni quería separar.

Me dio pena porque le había quedado una evidente cojera, pero es que según me contaba, aquel trozo de ala le había destrozado la pierna. ¡Pobrecita, lo mal que lo habría pasado! Tardó un tiempo en salir del hospital y volver a casa, pero ahora dice que se siente feliz. No se parece a mí que soy una pena andante.

Hemos quedado para vernos, salir y retomar nuestra afición al cine. Me he alegrado del paso que he dado y haber podido volver a disfrutar de la bondad de mi buena amiga. Me

Manuel Bobis Reinoso

*ha hecho mucho bien el afrontar mis miedos, sigo sin estar bien, pero ya no me machaco tanto y vuelvo a creer en la bondad de las personas.*

Martes 7 de enero de 1964.

Han pasado las fiestas, comienza un nuevo año. La verdad es que estoy bastante más animada. De vez en cuando salgo con Mari Carmen, he ido varias veces a visitar a Manuela, estoy menos obsesionada con los títulos de las películas, hace tiempo que no me corto y con el brandy, pues me tomo una copita de vez en cuando siempre que se me apetezca, pero ya no lo hago de manera compulsiva y con esa dependencia de antes.

Lo de los títulos pienso que es una estupidez, pues la mayoría de las películas que veo son americanas y a algunas de ellas se les cambia el título al doblarlas al castellano. ¡Qué cosa más tonta! En fin, chalaúras de esta cabecita loca que Dios me ha dado.

En Navidad, he salido con mi hermana, hemos podido comprar dulces de Estepa, anís dulce de Cazalla, chacinas y algunos espumillones para adornar la casa. No tenemos mucho dinero, pero nos hemos podido dar algún capricho especial, incluso fuimos a ver la cabalgata de la ilusión del Ateneo, y en Reyes nos hemos dado nuestro regalito.

He aprendido a bailar el twist y me encanta, a veces voy a alguna fiesta con Mari Carmen, Fernando y Nieves. Mi hermana, por supuesto, se queda sentada sin bailar y sin hablar con nadie, pero yo no paro, aunque eso sí, no dejo que se me acerque un hombre ni a medio metro. Me gusta mucho, aunque en el ABC del sábado pasado se dice que el twist daña la moral y la salud. Según el periodista, el «frenético» baile causa dislocaciones y lesiones óseas incluso en la columna vertebral, y que han sido ya muchos los jóvenes lesionados en su «entrega desenfrenada al alocado ritmo». Dice además que ya ha habido una víctima mortal, un chico italiano de dieciséis años de la ciudad de Cosenza que «cayó al suelo como fulminado por el rayo mientras bailaba a todo tren el twist». A mí me parece que todo eso son mentiras de viejos que lo único que quieren es que estemos todo el día rezando el rosario.

Sigo teniendo pesadillas y miedo a salir, aunque lo hago, y me sobresalto con cualquier ruido fuerte. No puedo escuchar el sonido de una avioneta en el aire y, aunque sigo esperando día a día un correo que nunca llega, ya no siento tanto dolor por la pérdida de Amancio. No sé cómo le irá, le deseo lo mejor.

Jueves 26 de marzo de 1964.

Yo llamo a este cuaderno adorable en el que escribo diario, pero realmente no es un diario, ni un semanario, ni siquiera un mensual, más bien su nombre correcto sería un estacionario porque es que lo abro una vez en cada estación del año. No hay manera de que escriba más de seguido, pero es que yo siempre he sido muy mala para estas cosas.

Aquí estoy hoy para dejar muy claro que he decidido elegir la vida. Me he preguntado a mí misma y me he contestado. Antes pensaba que el enorme sufrimiento que en mi existencia habían dejado la desgracia de mi padre, los abusos sexuales sufridos en mi adolescencia, el aborto, la pérdida de Amancio y el terrible accidente de la avioneta; me habían dejado ya marcada para siempre con una huella que no se podría borrar nunca, que me habían arrancado irremediable y eternamente el derecho de ser feliz.

No, hoy digo que no, porque no van a ser las circunstancias las que ordenen sobre mi estado de ánimo, sino que seré yo misma quien elija. Desde hoy voy a tomar yo el timón de mi vida y de mis emociones, nunca más dejaré a las circunstancias que me lleven por mares de amargura.

*Los traumas de ayer se convertirán en las victorias de hoy porque sé que es posible volver a vivir, incluso cuando se ha sufrido tanto como yo. El pasado está pasado, y si cuando fue presente ennegreció mi existencia, no tiene ahora derecho a seguir haciéndome sufrir. No lo permitiré, triunfaré sobre los fantasmas del ayer. Yo no soy mi pasado, hoy me independizo de él.*

*Tengo heridas, sí las tengo, pero no consentiré que sigan abiertas y sangrantes para siempre. Las incorporaré como experiencia y parte de mi vida que me hagan ser más rica hoy y en el futuro.*

*He encontrado un porqué a mi existencia, quiero comprometerme con todo lo que yo creo que es bueno y correcto. Pensar por mí misma y aferrarme a un compromiso de lucha en esta España que tanto ahoga el libre pensamiento. No voy a ver pasar la vida sin más.*

*Comenzaré por no aislarme, quiero conocer gente interesante, quiero disfrutar del apoyo incondicional que me ofrecen los que me quieren, quiero ser igual de sociable que era antes de que me robaran aquella alegría natural que ahora quiero recuperar.*

*Tengo nuevos proyectos personales que me ilusionan. Quiero llevarlos a cabo con iniciativa, con tenacidad y deseo de afrontar los problemas sin demora cuando se produzcan. Anhele dedicarme a la moda, impulsada por lo que me enseñaron las inigualables manos de mi madre. Creatividad, belleza y compromiso con nuevas ideas de libertad.*

*Hoy vuelvo a ser yo misma, aquella niña a la que se le escapaba el humor en cada risa. La vida no es más que un absurdo y hay que reírse de ella por muy trágica que haya sido.*

*El humor es lo más inteligente que posee el ser humano, por eso yo era la niña más lista del mundo.*

*He vuelto.*

*Lunes 31 de agosto de 1964.*

*Hoy ha venido Manolo, el cartero del barrio. Por nuestra casa suele pasar alrededor de la una y media de la tarde, hora en la que normalmente ya viene un poco alegrito. Hoy, como siempre, nos ha contado un par de chistes antes de entregarnos una carta que venía dirigida a mi madre con remite del matrimonio Cornet. Se trata de una invitación de boda.*

*La invitación, preciosa y carísima, realizada en cartulina gruesa de calidad con letras en relieve y grabados dorados. En ella se nos informa de que los señores Cornet y los señores Andrade tienen el gusto de invitarnos al enlace de sus queridos hijos Marisa y Amancio en una boda que tendrá lugar en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Sevilla el próximo 27 de septiembre de 1964. También se nos invita al banquete de boda que se celebrará en el reconocido restaurante Riviera.*

*Mi madre ha buscado con sus ojos los míos segura de encontrar en ellos expresión de dolor, pero se ha quedado sorprendida de mi reacción. Me he quedado igual que estaba: itan fresca!*

*Por supuesto hemos decidido no asistir, primero porque no queremos, y segundo porque ellos tampoco desean que nos presentemos allí. No sé si esta invitación es un gran monumento a la hipocresía o a la crueldad, pero yo me quedo tan pancha porque mi emocionalidad no va a ser víctima del mal comportamiento de otras personas. Desde que tomé el timón de mis emociones me siento muchísimo más segura. ¡Olé!*

*Le deseo a Amancio lo mejor, él no se comportó mal, pero yo tampoco. He sido una víctima, quizá cobarde, pero en toda esta historia la auténtica damnificada he sido yo. Antes me culpaba y me flagelaba, pero ahora ya no, tengo las ideas muy claras y nadie me va a confundir.*

*No necesito a ningún hombre a mi lado para ser feliz. Hoy he pasado la prueba con sobresaliente y me siento radiante. Me doy besos a mí misma y me felicito.*

Jueves 15 de octubre de 1964

Esta es mi visita de otoño a mi estacionario. Todo está bien, me siento segura, disfruto de mis amigos, de mi familia y de mi trabajo. La verdad es que no nos falta costura y siempre estamos las tres hasta arriba de pedidos. Los encargos no nos lo hacen solo vecinas del barrio de Bellavista, no, podemos presumir que nos viene gente de toda Sevilla y de los pueblos. Que si la Semana Santa con las túnicas, las mantillas o los vestidos del Domingo de Ramos, que si los trajes de flamenca para la feria o para el Rocío, los trajes de comunión, el verano y las fiestas de Navidad.

Estoy empezando a ver algún local por aquí cerca, porque aunque nos va muy bien, la verdad es que no tenemos mucho dinero y todavía no puedo pensar en un lugar céntrico. Quiero poner una tienda de moda de mujer. Seguiremos tomando encargos, pero quiero vender también ropa confeccionada por nosotras lista para llevar. Estoy muy entusiasmada porque creo que tenemos muy buen gusto y, además, estamos al tanto de la moda que se lleva en el extranjero. Tanto es así que cada vez hay más personas que dejan en nuestras manos la elección de patronos o de telas.

Imagino que Amancio y Marisa se habrán casado, no sé nada. Debo confesar que la semana antes de la boda he sentido un poco de desasosiego porque sabiendo que él ya estaría en Sevilla pensaba que tal vez podría venir a verme. No ha sido así, y no es que me haya dolido, porque ahora yo no volvería ni aunque él me lo pidiese, pero la posibilidad de volverlo a ver sí me ha puesto un poco nerviosa.

Tengo mucha ilusión por mi nuevo proyecto. Tanto mi familia como mis amigas me animan dándome alas.

No tengo miedo, ya salgo sin acordarme de aquel trágico día del accidente y cada vez tengo menos pesadillas. Lentamente, pero lo estoy superando. La verdad es que muchas veces pensé en que no lo conseguiría jamás.

Mari Carmen y Fernando se casan el día 31 de este mes, estoy muy ilusionada con el precioso vestido que me estoy haciendo. Quiero ponerme muy guapa, tengo ganas de lucirme junto a mis Nieves. Fernando se ha colocado en La Cruz del Campo como repartidor, y han alquilado un piso en Nervión muy cerca del campo del Sevilla. Se van a casar en la parroquia de San Bernardo.

Firme, sin miedos, disfrutando del presente y soñando con el futuro.

Miércoles 30 de diciembre de 1964.

Estoy muy bien, así que creo que esta va a ser la última vez que voy a escribir en este precioso estacionario que me regaló Manuela. Mis manos están más hechas para la tijera que para el bolígrafo.

Me he enterado de que Amancio ha sido trasladado a Sevilla y de que vive con Marisa en la casa de los Cornet. Cuando lo he escuchado me he quedado tal cual, y eso es algo que me encanta.

Mari Carmen y Fernando se casaron, fue una boda muy bonita. Quieren tardar un tiempo en tener niños, aunque eso esté muy mal considerado. Dicen que son jóvenes y que quieren vivir un poco su matrimonio antes de asumir la responsabilidad de sacar a los hijos adelante. Tanto los padres de él como los de ella están muy enfadados porque dicen que seguro que utilizan algún método anticonceptivo de esos que están prohibidos, pero según me cuentan lo único que practican es la marcha atrás y el método Ogino.

Por primera vez en mi vida voy a ir a una fiesta de fin de año. Voy a asistir a la cena y al baile que organiza La Reja, y voy a ir con Mari Carmen y Fernando. Mi hermana

no quiere venir, pero es que sería pedirle demasiado teniendo en cuenta esa timidez que la tiene encarcelada en sí misma. Me estoy haciendo un vestido de cuento de hadas, me he comprado unos taconazos que creo que van a dar la campanada. Me quiero poner muy guapa, pero para mí misma, que yo no estoy todavía para que se me acerque nadie.

Ya tengo apalabrado un local aquí en Bellavista. Está muy bien, es amplio, con espacio suficiente para instalar el taller de costura, donde trabajaremos las tres, y albergar la zona de tienda. No es muy caro, lo podemos pagar bien. Quiero ir quitándole a mi madre carga de trabajo porque ya no ve bien y tiene la espalda muy dolorida la pobre. La verdad es que estoy muy contenta e ilusionada.

Manuela y el Curri no tienen ni pensamiento de casarse. Para mí que ninguno de los dos quieren que ella deje de trabajar, pero bueno, no quiero ser mala y meterme en lo que no me importa. Allá ellos con su vida y con su libertad, que algunas veces me parezco a los abuelos que murmuran sentados a la puerta de sus casas.

Cierro definitivamente este cuaderno adorable con el firme propósito de no volverlo a abrir. Eso significará que seguiré triunfando sobre el pasado. Me siento fuerte.

*Sábado 2 de enero de 1965.*

*Vuelvo a abrir este cuaderno adorable. En la fiesta de fin de año ocurrió algo muy desagradable. He dado un paso atrás, aunque no ha sido mi culpa. Parece que los fantasmas del pasado no se han marchado del todo. Ha sido un incidente muy irritante del que no quiero escribir nada. Lo que más siento es que les he estropeado la fiesta a Mari Carmen y a Fernando.*

*Domingo 7 de mayo de 1965.*

*Ya hace quince días que abrimos la tienda. La he llamado «Nueva Luz», porque quiero que represente un cambio definitivo en mi vida y en la de mi familia. Salir de las tinieblas para nacer en un mundo de color, de creatividad y de libertad. Quiero, por fin, expresarme, ser yo misma sin que me quiten pensamientos uniformados que entierran la sensibilidad y la fuerza de las mujeres. Crearé y vestiré como yo quiera.*

*Estoy muy al día de las nuevas tendencias de moda que se están imponiendo en el extranjero, porque a Manuela le regalan sus clientes americanos de Santa Clara ejemplares de la revista Vogue. Lo hacen con frecuencia porque ella se las pide para regalármelas después a mí. Me he enterado, aunque yo no sepa ni papa de inglés, de que la moda mini gusta muchísimo desde que Mary Quant, en julio del año pasado, hizo desfilar a sus modelos con minifalda. Siempre por encima de la rodilla, ya sean faldas o vestidos, y eso me encanta. Y los colores siempre vivos, y los estampados, y los pantalones para la mujer. ¡Pantalones para la mujer! Estoy entusiasmada con esta nueva moda porque creo que va a aportar un nuevo*

aire que nos permita ganar el derecho a exhibirnos como queramos, y a ser independientes. No sé si estoy loca, pero intuyo que con esta nueva forma de vestir vamos a encender una revolución silenciosa que va a ser imparable.

Hemos conseguido, después de mucho trabajar, abrir una buena exposición en la tienda: minifaldas preciosas. Pantalones de mujer vaqueros, estampados o de rayas, siempre muy acampanados y con la cintura muy alta para que realcen la belleza del cuerpo femenino. Faldas voluminosas de cintura estrecha para que acentúen el busto. Vestidos muy estampados o de colores alegres con cuello redondo o Peter Pan que me encantan. Los vestidos, por supuesto, por encima de la rodilla. Blusas entalladas para llevar siempre metidas por debajo de la falda o el pantalón.

También tenemos prendas hechas en plástico y estamos mirando para comprar complementos hechos también en ese material, pero no los encontramos. Sí tenemos unas botas blancas para poner con medias estampadas, que llegan por encima de la rodilla y que son una locura. También cinturones anchos para colocar encima del vestido que realcen aún más la cintura. Y jerséis de hilo muy ajustados.

Quiero también vender en la tienda gafas de sol grandes hechas con pasta de colores, que cubren gran parte de la cara y que son divinas.

Mi madre me decía que no me atrevería, pero lo he hecho. Tengo también dos maravillosos bikinis que están siendo la bomba, igual que pensó quien le puso nombre, que decía que era un bombazo más grande que el que dieron los americanos en el atolón de Bikini.

Estamos en boca de todo el barrio, opiniones hay para todos los gustos. Las chicas jóvenes están entusiasmadas, aunque un poco cohibidas y con miedo porque hay mucha gente que no tolera que una mujer se ponga pantalones. Las señoras más mayores nos siguen haciendo los encargos de siempre, pero algunos hombres ya nos han insultado por la calle. Me da igual porque a mí ya no me importa la opinión de la gente. Ha venido a verme hasta un cura de Dos Hermanas muy enfadado diciendo que mi tienda vendía una moda absolutamente inmoral provocada por una música satánica, ¡que yo no sé a qué música se referirá!

Ahora sí que cierro para siempre este cuaderno adorable, porque en mi vida hay una «Nueva Luz», y un nuevo sentido. Seré valiente.



## 19

### LA CENICIENTA

El día que le dimos el alta a Esperanza en el mes de junio del 63, subí para despedirme de ella. Toqué a la puerta y entré después de que me diera su permiso. Había recogido toda su ropa y tenía ya preparada la maleta. Su madre y su hermana, sentadas en la cama, la miraban esperanzadas.

Como siempre, estaba guapísima, con su melena morena cayendo sobre sus hombros y luciendo un colorido vestido que su hermana le había confeccionado para pasear en el luminoso mes de junio. Yo me había enamorado en secreto de ella, pero tanto mi obligación como joven psiquiatra como el profundo respeto que me causaba una persona que había sufrido tanto me impidieron el haberle demostrado ni el más mínimo interés amoroso. Era la primera vez que una mujer realmente me atraía.

Cuando la despedí en la puerta de la clínica le di la mano, ella la estrechó muy leve durante un segundo para retirarla inmediatamente. La vi marcharse con su maleta, su expresión de tristeza y su precioso tipo por la avenida de la Cruz del Campo buscando la Gran Plaza. Pensé que, muy posiblemente, no volvería a verla más.

Me apasionaba la psiquiatría, me planté como si nada en mis treinta años sin haber tenido ninguna relación seria. Mi

madre decía que era el soltero de oro del barrio y que casi todas las muchachas estaban locas porque yo me fijara en ellas, pero yo solo mostraba interés por mi profesión. ¡El doctor Francisco Javier Beltrán Santos! ¡Joven psiquiatra con un futuro espléndido! A veces me daba la impresión de que mi madre lo iba pregonando por la calle. Ella, orgullosísima de mí, no entendía que a mi edad no estuviera todavía casado, porque se moría de ganas de tener un nieto.

En la Nochevieja en la que despediríamos 1964 para recibir un feliz 1965, acudí con dos amigos a La Reja para cenar, escuchar la retransmisión de las campanadas por televisión y bailar en la fiesta posterior. Cuando estaba empezando a degustar mi primera copa de manzanilla, la vi entrar en el salón. Era Esperanza, que acudía a la cena acompañada de una mujer y un hombre que, al parecer, eran pareja.

La reconocí inmediatamente, solo había pasado año y medio desde que la vi marcharse de la clínica con su maleta. Como siempre estaba preciosa, con su vestido color calabaza y sus zapatos de tacón de aguja atraía mi atención como si en la sala no hubiera nadie más. Me acerqué para saludarla, cuando me vio me reconoció y me sonrió.

Me presentó a su amiga Mari Carmen y al marido de esta, Fernando. Yo me alegré porque recordaba que no había podido volver a ver a su amiga, ya que era incapaz de mantener contacto con personas, lugares o conversaciones que le recordaran el accidente de la avioneta. Imaginaba que si había

podido reanudar aquella amistad era porque estaba mucho mejor de su trastorno de estrés postraumático.

Nos sumergimos en una divertida conversación, les invité a que se sentaran con nosotros, accedieron de buen grado y tuve la inmensa suerte de que Esperanza se sentara a mi lado. Durante la cena, para mí no existían mis amigos, ni la pareja, ni los camareros, ni el resto de personas que cenaban en la misma sala. Solo sus ojos, su sonrisa, su pelo y su perfume atraían mis sentidos y mi amor. Hablamos, hablamos y hablamos como si el resto del mundo se hubiera borrado.

Embebido de su encanto, tomé varias copas de vino cenando, ella solo una. Terminé el postre acompañado de un Cazalla dulce cuando faltaba media hora para que el reloj marcara el fin de año. Era la primera vez que me iba a tomar las uvas acompañado del televisor, pues siempre lo había hecho escuchando la radio. Desde el año 62, la televisión también retransmitía las campanadas desde la puerta del Sol de Madrid, pero yo aún no había comprado mi televisor y tenía curiosidad de conocer cómo se recibía el nuevo año mirando la pantalla.

Todos de pie, muy alegres y sonrientes, el cava preparado en las cubiteras, los platillos con sus doce uvas, las copas listas. Justo antes de la primera campanada, desinhibido por el alcohol, rodeé la cintura de Esperanza con mi brazo y le di un beso en la mejilla. Al sonar el primer *dong*, me miraba fijamente con cara asustada y ojos desencajados, en la tercera

campanada se dio la vuelta y salió corriendo escaleras abajo como si un monstruo la persiguiera. Mari Carmen y Fernando se percataron de lo que había ocurrido, y justo cuando todo el mundo gritaba: «¡Feliz 1965!», cogieron sus abrigos y el de Esperanza y salieron a buscarla a la calle. No volvieron a la fiesta.

El 1 de enero me desperté con un dolor de cabeza insoportable y un gran malestar corporal. Me acordaba perfectamente de lo ocurrido la noche anterior, razón por la que comencé a insultarme a mí mismo llamándome una y otra vez estúpido. ¿Cómo pude darle un beso, aunque fuera en la mejilla, sabiendo lo que yo sabía? ¿Cómo pude tomarla de la cintura tan amorosamente? Me contestaba diciéndome que había sido el alcohol, mientras me atormentaba con el recuerdo de sus ojos asustados e incrédulos puestos en los míos y en mi expresión de estúpida sonrisa. Su imagen huyendo escaleras abajo me hundía.

Quería pedirle disculpas, pero no sabía dónde vivía. Toda la cena charlando, pero en ningún momento le pregunté su dirección. Sabía que cuando estaba en la clínica residía junto a su hermana y su madre en Bellavista, pero no exactamente dónde. Además, había pasado año y medio y podía vivir en otro lugar. Me flagelaba con la idea de no volver a ver nunca más a aquella mujer que me volvía loco de amor.

En el mes de mayo de 1966, llevé unos zapatos que se me habían despegado de la suela a un zapatero de la calle

Trajano. Al entrar en el pequeño local, pude sentir el inconfundible olor del cuero y del betún. El zapatero atendía a una señora mientras un aprendiz ordenaba las decenas de zapatos que se amontonaban en las estanterías de madera, les daba la vuelta y leía lo que estaba escrito a lápiz sobre las suelas de material, y los separaba por montones. La fortuna, esa fortuna tan caprichosa que juega con los seres humanos a su antojo haciendo que una vida entera pueda cambiar drásticamente dependiendo de un segundo más o un segundo menos, quiso sonreírme cuando el aprendiz le preguntó al zapatero:

—Don Antonio, ¿qué pone aquí?

El hombre, con lentitud y tranquilidad propias de zapatero, cogió un zapato de mujer y leyó en la suela:

—Esperanza Martínez Palma, poner tapas, recoge el miércoles.

Aquellas palabras se me quedaron grabadas. El zapato en el que había leído el nombre era muy bonito, de un extraño color celeste muy claro. Pregunté al zapatero:

—¡Qué zapato más bonito! ¿Cómo se llama ese color?

—Creo que lo llaman azul cristal.

Entregué mis zapatos para repararlos, me preguntó qué día podía pasar a recogerlos, le contesté que el miércoles. A él le pareció bien la fecha, se quitó el lápiz de la oreja, me preguntó mi nombre completo y escribió sobre la suela de mi

zapato: «Francisco Javier Beltrán Santos, pegar suela, recoge el miércoles».

El miércoles a las diez menos diez, antes de que abriera, ya estaba yo en la puerta del zapatero. A las diez y cuarto ya había recogido y pagado el arreglo y había salido del local para ir a la acera de enfrente y colocarme allí a esperar sin perder de vista ni la entrada del establecimiento ni las aceras. Me había tomado el día libre porque estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta, pues no sabía cuándo Esperanza recogería sus zapatos o si mandaría a otra persona.

El tiempo que hiciera falta, pero no llegó a dos horas cuando la vi venir andando por la acera desde La Campana. Me quedé impresionado, venía vestida con un suéter amarillo de hilo muy ajustado que le resaltaba sus maravillosos pechos. El suéter estaba metido bajo una falda amplia de tablas, por encima de las rodillas y muy ajustada a la cintura. La falda lucía cuadros amarillos y blancos. Cinturón, bolso y diadema de color amarillo, zapatos de tacón del mismo color. Las mujeres la miraban y los hombres le decían cosas que no quise escuchar.

Yo ya estaba absolutamente enamorado de ella, pero aquella visión me volvió tan loco que me entraron ganas de llorar de una manera nerviosa movido por el deseo que sentía por aquella mujer. Ella no me vio, entró en el establecimiento, recogió sus zapatos, los metió en una bolsa y volvió a la calle. Justo en la puerta, ya la esperaba con una sonrisa. Cuando me vio, me reconoció al instante y me llamó por mi nombre, algo

que me reconfortó porque tenía pánico de que ni siquiera me quisiera hablar. Le pregunté que si la podía acompañar y no puso inconveniente.

La invité a un café en la confitería La Campana, donde estuvimos charlando amigablemente y bromeando sobre la casualidad de que ambos llevásemos sendas bolsas con zapatos envueltos en papel de periódico. No me atrevía a recordárselo, pero fui valiente y lo hice, le pedí perdón por mi comportamiento aquella Nochevieja. Ella no le dio importancia, me pidió también disculpas por haberse marchado de aquella manera. La acompañé a la parada del autobús, antes de partir le pregunté si le importaría que quedásemos para pasear el domingo por la mañana, me dijo que no tenía inconveniente, quedamos en aquella misma parada para el próximo domingo a las doce.

El goce de mi alma cuando el autobús, blanco y azul, se perdió al final de la calle me llevó como suspendido en el aire a mi casa. Mi recuerdo embriagado con su cara y su olor, y mi ilusión estaban tan a flor de piel que cualquiera que se cruzara conmigo podría haber contemplado lo ocurrido en el espejo de mis ojos. Me sentía feliz.

Traje azul marino, camisa blanca, corbata fina de color rojo y zapatos tan brillantes que reflejaban el sol de mediodía. Nervioso, esperaba la llegada del autobús sin querer pensar en la posibilidad de que no se presentara.

El vehículo que debía traer mis sueños asomó al final de la calle y avanzó tan lenta y temerosamente hacia la parada que me pareció que nunca iba a llegar. Abrir de puertas, pasajeros en pie y mi mirada ansiosa buscándola hasta que la vi bajar. Vestido color de mayo, rebeca celeste, collar y pendientes de perlas, traía puestos los preciosos zapatos azul cristal.

Quedábamos todos los domingos, comencé a invitarla a almorzar para después acompañarla por la tarde a su casa en Bellavista, donde seguía viviendo. En el mes de junio, ya me invitaba a pasar para tomar café junto a su madre y su hermana.

Durante las sesiones de terapia que mantuvimos en la clínica, ella me había contado todos sus secretos, algunos de ellos terribles. El hecho de que se hubiera abierto a mí, aunque de manera profesional, me otorgaba una ventaja, pues yo sabía todo sobre su vida y ella no tenía la sensación de estar engañándome en nada. Las cartas estaban sobre la mesa bien abiertas, yo sabía de sus traumas psicológicos, si proseguía con mi intención de hacerla mi novia lo hacía con total conocimiento de causa.

Esperanza me contaba que después de lo de Amancio había rechazado al momento el más mínimo intento de acercamiento que procurara cualquier hombre, pero conmigo se sentía cómoda porque no tenía que ocultarme nada.

No la tocaba, ni siquiera un beso de despedida en la mejilla, le daba el tiempo que necesitara, pues solo estar junto

a ella me hacía definitivamente dichoso. Yo ya le había declarado mi amor y mi intención de que fuéramos novios, pero siempre dejándole claro que la comprendía, que no la iba a presionar en ningún momento y que mi paciencia sería infinita. Una tarde de otoño, paseando por el parque de María Luisa, me cogió la mano. Desde aquel momento, siempre que caminábamos juntos lo hacíamos con los dedos entrelazados.

Cariño, cariño infinito el que le tenía y el que le demostraba. Ella se sentía cómoda viviendo la verdad de mi absoluto enamoramiento, de mi paciencia sin esfuerzo y del conocimiento de su pasado. Me sentía seguro, no quería cometer ningún error.

Un minuto antes de que comenzaran las campanadas que darían la bienvenida al año 1967, me rodeó la cintura con su brazo y me besó en la cara. Yo le sonreí, nos tomamos las uvas y después de brindar con cava me pidió que la besara. La tomé por la cintura, ella rodeó con sus brazos mis hombros y la besé por primera vez.

En febrero, le pedí que se casara conmigo, pero ella me contestó que no podía darme el sí hasta estar segura de que podía mantener relaciones sexuales conmigo. Yo no quería dar ningún paso en falso, no intentaba nada que no me lo pidiera ella.

En marzo, en una acalorada sesión de besos en el salón de mi casa mientras mi madre estaba en la peluquería, se abrió la blusa para dejarme disfrutar, por primera vez, de sus

maravillosos pechos. Después me cogió la mano y buceando bajo su falda y sus bragas me la puso en su centro.

En verano mi madre, como todos los años, se fue al pueblo. Algunos domingos subíamos para almorzar en mi casa. Habíamos estado tomando cervezas y algún vinito de Jerez en la bodeguita La Mina, que era nuestra preferida. Una vez en casa, Esperanza hizo una jugosísima tortilla de patatas que regamos con dos buenos tercios de La Cruz del Campo muy fríos que saqué del frigorífico. En mi casa ya había frigorífico y televisor, pues como médico especialista en psiquiatría mi posición económica era muy buena, de hecho ya estaba pensando en comprarme un coche por aquel entonces.

Tras el postre, riquísimas pastas compradas en La Casa de las Galletas, donde siempre que entrábamos nos regalaban caramelos. Esperanza, abrazada a mí, me dijo al oído con una voz que casi no le salía del cuerpo:

—¡Quiero intentarlo!

El corazón casi me explotaba, no podía tragar saliva y el pulso me temblaba. En mi habitación, en mi cama, sobre mis sábanas, en la semioscuridad que procuraba la veraniega persiana, muy despacio, con todo el inagotable cariño y enamoramiento que sentíamos, consumamos nuestro amor y nuestra pareja, alejamos de nuestra vida los viejos miedos del pasado. Ella lloraba, pero por primera vez en su vida lo hacía con un llanto de alegría.

A las nueve y media de la noche, cuando la acompañaba a su casa en un taxi, abrazada fuertemente a mi brazo, me dijo nuevamente al oído:

—Sí.

—¿Sí qué?

—Que sí me quiero casar contigo.

Aquel día, 6 de agosto de 1967, sin duda uno de los más felices de mi vida, Esperanza sintió que volvió a nacer. Desde entonces, no solo celebraba su cumpleaños en octubre, sino que también lo hacía todos los 6 de agosto. Decía, con el vivo humor que tuvo de pequeña y que había recuperado, que cumplía un año, o dos, o cinco.

Un sábado del mes de octubre, como siempre acompañé a Esperanza a Bellavista. Al doblar la esquina de su calle vimos a un hombre parado frente a su casa. Íbamos cogidos de la mano. Aquel sujeto se quedó mirándonos, y cuando faltaban pocos metros para que llegásemos a su altura se dio la vuelta y se fue. Ya dentro de la casa, me comentó Esperanza que era Amancio y que no había sentido absolutamente nada al verlo. Me lo dijo con una expresión de absoluta y definitiva calma. Siempre me he sentido muy seguro, jamás he tenido celos aun sabiendo que ella era deseada en la imaginación de muchos hombres, siempre he mantenido una confianza plena.

Nos casamos el 26 de mayo de 1968 en la parroquia del Salvador. Esperanza lucía la mejor obra de arte nacida de las sublimes manos de sus dos queridas Nieves. Bellísima, parecía

que toda la luz del mundo se había posado en ella aquella mañana. El padrino de bodas fue el Curri y la madrina mi querida madre. El banquete lo celebramos en el nuevo y muy de moda restaurante Robles.

Nos quedamos a vivir en el piso de mi madre en la plaza de la Alfalfa, pues ella ya estaba mayor y no podíamos dejarla viviendo sola. En 1969 nació nuestro hijo Juan Francisco, en 1972 Nieves y en 1974 nuestra pequeña Carmen, a la que le pusimos el nombre de mi madre.

Profesionalmente, me he sentido realizado y económicamente muy bien remunerado. Cuando cerró la clínica del doctor Guija pasé a la Seguridad Social donde he ejercido como psiquiatra hasta la jubilación.

En el año 75, Esperanza y Nieves abrieron una nueva boutique en la calle Francos. En los años setenta se normalizó el uso de pantalones en la mujer, acampanados y vaqueros, trajes de chaqueta y botas altas. Se llevaban los volantes en la pechera de las blusas, en los escotes, en las mangas y en los vestidos. En los ochenta llegaron las hombreras, volvieron las minifaldas, los pendientes muy grandes, vaqueros lavados y con pinzas, calienta piernas. En los noventa los vaqueros rotos, la ropa amplia y los pantalones piratas. Han pasado muchos años por Nueva Luz, pero nunca la moda ha sido tan terminantemente rompedora y liberadora como la de aquellos benditos sesenta.

Esperanza olvidó su obsesión por los títulos de las películas. Hemos asistido a alguna que en otros tiempos hubiera sido incapaz de verla. Para ella ha significado una liberación, amando tanto al cine como lo ama. Recuerdo que en el año 70 fuimos a ver *Confidencias de mujer*, una película de 1962 del director George Cukor en la que se relataban los problemas sexuales de cuatro mujeres. En España se estrenó ocho años más tarde que en otros países, con un doblaje que no tenía nada que ver con el original y que vació de contenido el guion. Su título original era *The Chapman report*. Fue entonces, como de golpe, cuando Esperanza comprendió que preocuparse por un título que podía ser cambiado según el país donde se proyectara la película era un absoluto absurdo.

Nuestros hijos, adorables los tres, han cursado estudios universitarios. Las abuelas nos dejaron ambas, dolorosamente, en el invierno de 2016. Nieves, que nunca se casó, vino a vivir con nosotros.

Hoy se cumplen nuestras bodas de oro. Puedo asegurar que hemos sido completamente felices, que nos hemos querido y compenetrado cada día y que el ambiente en nuestra casa ha sido siempre de alegría, de esa alegría que Esperanza ha sabido transmitir en cada momento. Unión incondicional, para lo bueno y también para los pocos momentos difíciles que hemos pasado, pues la vida, siempre caprichosa, ha tratado con benevolencia a nuestro matrimonio.

Yo no la rescaté, se rescató ella misma gracias a ese pozo de fortaleza que le quedaba de su divina niñez. No le hizo falta nadie, pero me gusta pensar que yo contribuí con mi infinito cariño, pues el amor es la terapia psicológica que todo lo cura. Quizá me engañe a mí mismo, pero adoro sentirme su príncipe azul.

Oro, cincuenta años casado con una mujer preciosa, graciosa, alegre, sencilla y amorosa que todavía, a sus setenta y ocho años, me atrae con su físico. Vamos a celebrarlo con la familia y con los amigos más íntimos.

Ayer, me llegó el paquete de un pedido que hice por Internet a Disneyland París. Hoy me ha llegado también el que hice a la floristería: cincuenta y una rosas amarillas.

Antes de acudir al restaurante, quiero que vayamos al parque periurbano de La Corchuela para depositar una rosa en el lugar donde su padre sufrió tanto padecimiento y donde hoy juegan divertidos y confiados los niños ajenos a lo que ocurrió en aquel lugar. En el restaurante, después de los postres, cuando se descorche el cava, quiero entregarle sus regalos: cincuenta felicísimas y maravillosas rosas, y un zapato de cristal.

**Fin**

La muerte desde el cielo

*A todas aquellas personas que han sufrido abusos  
sexuales en su infancia o adolescencia.*



